

Gerardo Ruiz-Rico Ruiz

Paisajes humanos



Universidad de Jaén

PAISAJES HUMANOS

Gerardo Ruiz-Rico Ruiz

PAISAJES HUMANOS



Universidad de Jaén

Ruiz-Rico Ruiz, Gerardo

Paisajes humanos [Recurso electrónico]/Gerardo Ruiz-Rico Ruiz. --
Jaén : Servicio de Publicaciones, Universidad de Jaén, 2017. --
(Desde Jaén ; 16)

154 p. ; 15 x 23 cm

ISBN 978-84-9159-162-7

1. Geografía humana 2. Jaén (España) I. Universidad de Jaén.
Servicio de Publicaciones, ed. II. Título
911.3(460.352)

© Gerardo Ruiz-Rico Ruiz

© De las ilustraciones: Maeva Martínez Olivares

© Universidad de Jaén

Primera edición, mayo 2017

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Servicio de Publicaciones

ISBN

978-84-9159-162-7

DEPÓSITO LEGAL
J-679-2018

COLECCIÓN
Desde Jaén, 16

EDITA

Publicaciones de la Universidad de Jaén
Vicerrectorado de Proyección de la Cultura y Deportes
Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca
23071 Jaén (España)
Teléfono 953 212 355
editorial@ujaen.es

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

*A mi hija Mercedes, sobran los adjetivos
para definir a una mujer con mayúsculas*

A MODO DE PRESENTACIÓN, O GUÍA CON LOS PUNTOS CARDINALES

Lo que viene a continuación no es otra cosa que un conjunto de reflexiones con un sello netamente autobiográfico, a partir de las cuales se pretende dibujar la geografía humana de una ciudad concreta de Andalucía (Jaén), desde la atalaya de un observador que busca, y acaba descubriendo, el alma que transpira en el paisaje de lo cotidiano.

Las composiciones que componen esta obra permiten construir en cierto modo un microcosmos existencial que trasciende las fronteras de lo inmediato. Delimitan también una biografía urbana que se podría proyectar en cualquier otro lugar anónimo o indeterminado, allí donde las historias se repiten y solo cambian los nombres de los personajes y las calles.

Todo comenzó el día, tan lejano en el tiempo que apenas se vislumbra ya en la memoria, en que el hoy director del Diario Jaén me hizo una propuesta que no podía rechazar, amante como he sido siempre de los desafíos en los que se practica la espeleología íntima y se puede descubrir el auténtico rostro de uno mismo. Se trataba de una oportunidad especial para socializar muchas de las inquietudes que formaban parte de la intimidad intelectual. Era también una ocasión para retratar, en prosa pero con un poco de ese carmín especial que tiene la poesía, las venas de esa humanidad silenciosa y desconocida que comparte con nosotros el espacio de una ciudad que parece sumergida en el tiempo.

El reto no era sencillo tampoco en términos de literatura periodística. Había que hacer un esfuerzo por miniaturizar las

secuencias y los actores, por condensar la filosofía de las ideas o bosquejar en pocas palabras —apenas mil caracteres con espacios— la descripción sustancial de unas realidades llenas de matices. El trazo, por tanto, tenía que ser grueso en sus formas, pero al mismo tiempo debía reflejar la sutileza que se esconde en las cosas más vulgares, aquellas en las que se solapa realmente el perfil del género humano.

La condición de profesor universitario, o lo que es lo mismo, la naturaleza inquieta y llena de curiosidad ante lo desconocido que en mi opinión debe siempre comportar aquélla, ha sido un ingrediente muy útil para buscar el punto de mira adecuadamente objetivo, la percepción no sesgada por fundamentalismos ideológicos; aunque sin renunciar al mismo tiempo a ese compromiso personal de aquellos académicos que enseñamos valores y libertades con el ideal de un mundo más justo y solidario.

En su estructura, la obra que presentamos se compone de unos bloques de contornos poco definidos. No podía ser de otra forma si aceptamos que el hombre y las circunstancias que le acompañan como titular y principal responsable, nunca puede ser encorsetado con patrones unidimensionales. Así, desde lo más próximo de una ciudad enmarcada en los puntos cardinales de su historia y geografía, se llega al universo imperceptible de los sentimientos que aquélla provoca en el espectador, a un mundo de los personajes que deambulan por sus arterias, protagonistas en definitiva que adquieren, tras la pluma y el papel, naturalezas diversas; desde héroes a villanos, de mujeres y hombres, del humilde al poderoso, todos en definitiva cómicos impertérritos del escenario que compone la vida misma.

ÉRASE UN LUGAR EN EL MAPA DE ANDALUCÍA
(sobre una ciudad llamada Jaén)



El granadino de Jaén

Cuando se ha nacido y vivido en Granada llega a ser difícil prescindir de esa ciudad. Al principio echas de menos la vitalidad de sus calles; no te olvidas del embrujo de ese horizonte urbano tan particular marcado por la sierra y la Alhambra. La sensación de ser privilegiado desaparece cuando, por motivos profesionales, tenemos que marchar fuera y, como muchos otros, acabamos echando raíces en la vecina Jaén. Lo difícil, desde luego, es romper ese “cordón umbilical” que nos unía con Granada. Hay quienes no consiguen desprenderse de la nostalgia y el anhelo de volver, y acaban siendo unos inadaptados. Sin embargo, otros sí que podemos; gracias a los hijos que nacen aquí, a la comodidad de una ciudad de pequeñas dimensiones y, sobre todo, a ese tipo humano de Jaén, siempre hospitalario. Lo certifico por experiencia: todo es cuestión de fijar de nuevo los puntos cardinales, aquellos que nos hacen buscar la felicidad en nuestra vida cotidiana.

Europeos de Jaén

Aparentemente en poco se diferencian de aquellos españoles preconstitucionales de antaño. Practican las mismas costumbres y tienen el mismo gusto por la conversación abierta. No han cambiado su gusto por el ágora y la dialéctica. Se deleitan todavía con la luz del mediterráneo y les encanta el sabor de los veranos a pie de mar. Mitológicamente abiertos a todo

lo foráneo, sin embargo conservan esa forma de ser peculiar y profunda, menos extrovertida de lo que indica la propaganda de las agencias de viajes. El español de hoy es ya un europeo de pleno derecho en la diversidad cultural del continente. Un tipo humano que hace gala de su carácter liberal y tolerante. Sin duda irónico consigo mismo y, por supuesto, con todo lo que le rodea. Magnífico representante del amor por la vida —a veces en exceso— ha dejado atrás los patrones de un pueblo acomplejado. Este europeo es el mismo que se asoma al espejo todos los días cuando nos ajustamos la corbata antes de salir de casa, o el que sale al campo para recoger la aceituna en los inviernos de Jaén.

San Antón y los corredores

Hay sensaciones verdaderamente extraordinarias que solo se viven dentro de la carrera. Una hermandad extraña se forma ya en la línea de salida. El calor que desprende esa masa humana no deja traspasar el frío de la noche. Las avenidas se han abierto poco a poco para quienes han asumido el desafío de la distancia. El vientre del pelotón genera solidaridades entre los corredores; amistades tan fortuitas como necesarias en esas tremendas pendientes. Nunca faltan las palabras de un compañero de viaje contra el desaliento. Pero además, desde dentro de la carrera se puede ver el espectáculo de una ciudad en carne viva. Un teatro cuyo escenario está en la luz que desprenden la antorchas o el saludo de los niños. Es un privilegio solo al alcance de los corredores. Enfilando la recta final se siente la voz reconocible de tus amigos; a veces también el ánimo bendito de algunos samaritanos con que se acorta el espacio hasta la meta. Al cruzarla, parece que se ha escrito un episodio más de la historia de cada uno, como un recuerdo imborrable que se añadirá a la siguiente Noche de San Antón.

El tranvía y los gallos

Érase una ciudad donde imperaba la falta de sentido común y se había perdido la conciencia del interés público. Evidentemente no eran los ciudadanos, sino los representantes de estos, a quienes al parecer les preocupaba más la imagen de poder que la autoridad moral misma. Una clase política que practicaba el infantilismo, jugando a ver quién era más fuerte en los pulsos institucionales que permanentemente se echaban. Estos dignos delegados de la voluntad popular ocupaban su tiempo en mirarse al ombligo o desafiar a cara de perro al contrincante, en lugar de velar por las necesidades de aquellos a los que decían representar. Cada vez más la batalla política se parecía a una riña de colegio o a una pelea entre gallitos de corral. Mientras tanto las tareas públicas quedaban sin hacer, anunciadas solo en el tintero de las declaraciones políticas. Hasta los semáforos de la ciudad dejaban de funcionar y el tranvía dormía el sueño de los justos a la espera de una futura chapuza.

El mejor regalo de reyes

Un jardín para los niños de esta ciudad. El parque soñado durante mucho tiempo. Una isla verde en medio de ese urbanismo irracional de calles estrechas y dictadura de las máquinas. Se estaba construyendo tan lentamente que apenas si era ya el espejismo de una ilusión. Contábamos el número de obreros que trabajaba a diario solo para calcular los meses que quedaban. Se medían las distancias en el tiempo con las próximas citas electorales. Pero llegó el día en que las puertas se abrieron para irradiar nuestra vida con una música nueva, hecha de voces infantiles y agua derramada entre fuentes. Esta navidad los más pequeños han tenido su propia lotería, el mejor regalo de Reyes. El espacio común donde simplemente poder correr y jugar, que no es poco en una ciudad como ésta. Pero ahora ha llegado el momento de cuidarlo. Lo decimos solo para recordar el ejemplo de otros parques abandonados a su suerte por los

responsables públicos. Es necesario darle la seguridad que piden nuestros hijos. Imprescindible mantenerlo en buen estado, para que siga siendo el patio de recreo en nuestra vida y cada domingo sea una fiesta.

El olivar sumergido

No se trata del resultado del último temporal que, al fin, riega abundantemente el campo de esta tierra endémicamente seca. Me refiero a esa forma de pequeña corruptela, socialmente abundante y políticamente ignorada hasta estos tiempos de crisis, con la que algunos se han beneficiado de la doble condición de desempleados agrícolas y productores de aceituna. No hacen falta mayores aclaraciones para saber a quién va dirigida esta crítica. Resulta incívico e insolidario beneficiarse de un subsidio social que todos pagamos, cuando al mismo tiempo se obtiene una ganancia empresarial. La contradicción es evidente e insalvable en términos de moral y de derecho. Por mucho que quieran presentarla algunos de una forma edulcorada. El fraude es incuestionable y, por ello también, las medidas que se han adoptado para perseguirlo aceptables absolutamente. Las amenazas de incendiar el “tajo” del olivar si se sigue adelante no reflejan sino una actitud antidemocrática y, además, poco respetuosa con aquellos ciudadanos que sí se encuentran al filo del precipicio.

Los niños de los Prados (hoy Residencia López Barneo)

Fue una de las primeras cosas que aprendí al llegar a esta ciudad. La referencia colectiva a un lugar extraño hasta en su nombre. Hablar entonces de Los Prados era una invocación a la locura, la referencia a un universo donde la demencia y el lunatismo marcaban la diferencia con el resto del mundo. Era, en fin, la frontera para los cuerdos ciudadanos que habitamos

en este mundo “normal”, a veces tan incomprensible como desquiciado. Con un tono demasiado coloquial se hablaba de sus moradores con ese título peyorativo, que merecen también no pocos de los que tenemos por honorables y juiciosos. Pero tras el muro invisible que nos separa de ellos hay una realidad compuesta de niños con rostro de adultos. En sus gestos se descubre aún la señal de una infancia definitiva, una humanidad de miradas errantes, a veces la fuerza incontrolable de la especie que nos define. Por fortuna, cuidan de su inocente existencia un grupo de profesionales que merecen todas las medallas imaginables. Verdaderos Ángeles de la guarda que, además, nos pueden dar la medida exacta de eso que llaman cordura y pocos saben de qué se trata.

Inseguridad ciudadana

Se pone tantas veces como ejemplo de ciudad tranquila, donde es posible criar a los hijos sin los peligros que tienen las grandes urbes; incluso donde se puede practicar el paseo nocturno sin temor a un asalto contra nuestra integridad. Y sin embargo esta ciudad ofrece una realidad muy diferente de esa otra que apenas se mantiene ya solo en nuestra imaginación o simplemente en el recuerdo. Lo que ocurre es que no se percibe a simple vista, esto es, en el deambular cotidiano por sus calles o en la práctica rutinaria de sus ciudadanos. Existe otro Jaén (se trata solo de un ejemplo de los muchos que podrían darse de ciudades y pueblos de esta provincia) que no solo es cuestión de percepción por quienes lo sufren; me refiero a los niños y a los adolescentes que salen a la calle con el miedo en sus rostros; a los adolescentes que acuden al botellón sin la seguridad que podría darles alguna patrulla de las varias policías que dispone este país. Con demasiada frecuencia necesitan que un adulto les acompañe a la academia de inglés, de un padre que los recoja para evitar males mayores. No se les está garantizando como debiera el derecho a vivir en paz y sin sobresaltos. La responsabilidad de esta inseguridad apunta a las autoridades

públicas, desde una policía que se hace muchas veces invisible hasta algunos directores de centros educativos que miran hacia otro lado, cuando todos ellos saben del riesgo que corren los nuestros.

La abuela de Jaén

A veces —muy pocas por desgracia— puede verse un programa inteligente y educado en la habitual televisión, donde rige el encefalograma plano y la complacencia colectiva por la violación de la vida privada de cualquier prójimo. La sorpresa además es mayor, si cabe, cuando en él contemplamos la imagen de una mujer elegante y con una finura exquisita que se parece a la abuela que todos hemos tenido. La misma que nos contaba las historias de una España en blanco y negro o nos entretenía con una versión no escrita de los cuentos de siempre. Quien sale en pantalla tiene el acento y la cultura sabia de nuestra tierra; el pelo blanco dice poco de su edad real, pues parece haber bebido un elixir extraño de madura juventud. Tiene una mirada especial que alumbraba la pantalla en esa hora casi irreal (cerca de las tres de la tarde). La botica de la abuela —que así se llama el programa— nos recuerda que en Jaén hay mujeres que son capaces de enseñar a vivir, invitando con su sencillez a buscar la cara amable de las cosas, para alcanzar con su ejemplo un poco más de aliento que necesitamos cada día.

Las andalucías

El hecho de ser poco amigo de conmemoraciones oficiales no quita la valentía de reconocer que el 28 de febrero tiene para los andaluces algo más que un valor simbólico. Es sobre todo una fiesta por la democracia; la celebración de una autonomía conquistada a base de voluntad popular, que no es poco. Pero esta especie de cumpleaños institucional representa al mismo

tiempo la afirmación de todas las Andalucías que existen dentro de ella misma: la que señalan los puntos cardinales (Oriental-Occidental), la marcada por los signos de la historia (nazarí, renacentista o califal), la que baila por sevillanas y se va de romería, la moderna Andalucía con pasaporte europeo, la sencilla y rural con recuerdos del pasado, la que se pone máscaras en febrero para engañar a los demonios. Esas Andalucías tienen en común la generosidad con que se “exportan”; porque estamos dispuestos siempre a compartirlas y éste constituye, quizás, nuestro mejor “hecho diferencial”.

Pateras en el olivar

La travesía no concluye en una playa desierta, al abrigo por fin de los vientos y la mar profunda que tantas vidas se lleva. Forasteros en una tierra falsamente prometida, su camino continúa hacia el sueño donde los hombres viven dignamente, en un mundo en que, por fin, la necesidad ha sido vencida. Llevan en su rostro el perfil de la pobreza, y con ella se presentan en nuestras vidas cada otoño, cuando los frutos de nuestros campos están preparados para una recolección que sin ellos es siempre difícil. Lo que no saben, o quizás solo intuyen, es que no pocos van a encontrar el recelo y la distancia en los pueblos donde van a trabajar. Es probable incluso que sus condiciones de vida sean parecidas a las del lugar de donde huyen. Y más paradójico aún, que esa incomprensión nazca de quienes tienen un abuelo o un padre emigrante. Precisamente el recuerdo del pasado debería servir de lección. Los que antes viajábamos en tren por el anhelo de una felicidad material, hoy recibimos las pateras de quienes nos reclaman el derecho a un poco de ese mismo bienestar.

Precampaña rectoral

Este curso académico va a estar marcado sin duda por las elecciones a Rector. Será un momento clave para la Universidad de Jaén, cuando habrá que adaptar las reformas legislativas y los nuevos modelos de planes de estudio. No me parece negativo que hayan comenzado ya los acercamientos de varios que se presentan como próximos aspirantes. Aunque la rumorología que se extiende por el campus apunta un número quizás excesivo —se habla de cuatro, a veces cinco “precandidatos”— la pluralidad resultará siempre beneficiosa para acabar con la atonía y el desinterés de nuestra comunidad universitaria. Que salgan muy temprano a la competencia electoral quienes están dispuestos a liderarla no deja de ser un buen síntoma. Hay propuestas y estilos diferentes de gobernar, y suficientes personas capaces para hacerlo; eso sí, siempre desde el respeto a la libertad y el pluralismo como máximas de la vida y política universitarias. Este curso va a ser, en efecto, fundamental en el futuro de nuestra Universidad.

Jaen, una ciudad destripada

Dicen que el progreso tiene un coste inevitable, que todo acabará un día, y en poco tiempo olvidaremos esta ciudad de calles abiertas en canal y jardines destrozados por imperativos ecológicos que aún no somos capaces de comprender. Y puede, en efecto, que tengamos que pagar un precio por ese futuro que pintan feliz, aunque ahora solo sea un sueño demasiado lejano e incierto. Las secuelas de la catástrofe en nuestra vida cotidiana quizás pasen una factura imposible de pagar para el actual gobierno municipal. El sacrificio ciudadano va a ser muy alto como para suponer que están ganadas las próximas elecciones. Demasiado tiempo en las trincheras pone a prueba la paciencia de cualquier hijo de vecino y administrado en suma. En fin, por ahora nos queda echar a andar la imaginación, inventar en nuestra mente una ciudad sin tripas, cosida al fin por la racio-

nalidad, sin esclavitudes que la sometan, cada cuatro años, a ensayos e ingenierías nunca se sabe bien a beneficio de quién.

Urbanismo acrónico

Esta ciudad no conoce la medida del tiempo. De forma lenta y cansina, se transforma perezosamente bajo la batuta de quienes gestionan el urbanismo más incomprensible y, muchas veces también, irracional. La indolencia con que no se acaba de asfaltar una calle, terminar una acera o plantar árboles de un jardín, coloca a nuestro Ayuntamiento en el ojo del huracán de una lógica contestación ciudadana. Como marioneta de unos desconocidos y autócratas poderes fácticos de la especulación inmobiliaria, o quizás solo para sacar la rentabilidad necesaria en las próximas elecciones, se ha empeñado en que sean nuestros descendientes los beneficiarios de las reformas que necesitan calles y plazas; porque las zonas verdes solo representan el sueño de una utopía. El tiempo parece no contar cuando presenciemos la parsimonia con que se acometen unas obras que pueden calificarse de “públicas”, pero solo por la forma que condicionan la vida cotidiana de toda una ciudad, la nuestra sin más.

Baños árabes

Acercarse a la otra orilla del Mediterráneo encierra todavía el misterio de sorprenderte en un mundo tan distinto y a la vez tan cercano. Sucede cuando se toma el camino de una ciudad que tiene aroma de pueblo y se pronuncia como la nuestra en el árabe (Xauen). El tiempo parece haberse detenido en un pasado ya remoto de nuestra historia, cuando el campo era dueño todavía de las ciudades y los hombres hablaban el lenguaje de la tierra. A pocos kilómetros de lo que algunos llaman erróneamente civilización existe un mundo donde los niños saludan

aún al forastero que pasa por la carretera, en el que los viejos están más arrugados por el peso de los años. En ese pueblo casi perdido en las montañas se conservan también espacios para el reposo y la mirada interior. Es necesario desprenderse de la indumentaria de una modernidad tantas veces absurda, y compartir con el otro un lugar que aquí hemos convertido en tarjeta de presentación turística. En la atmósfera casi irreal de unos baños públicos, el calor del silencio desliza hacia uno mismo la paz y un sentido del equilibrio hasta entonces olvidado. Entre la bruma tenue que produce el lenguaje del agua es fácil reconocer en esa gente sencilla, vestida con una piel solo un poco más oscura, un cosmos humano que se parece tanto al de esta tierra.

En segunda clase

En estas últimas semanas, y por motivos profesionales, he estado utilizando el transporte público para desplazarme a algunas capitales de provincia de Andalucía. Aunque mis amigos no me lo aconsejaban, consideré necesario hacer una pequeña contribución a la lucha contra el efecto invernadero. Pensaba de verdad que no iba ser tan crudo, y despiadado para la salud, coger el tren desde Jaén. Me equivocaba obviamente. La experiencia ha tenido no obstante algo de positivo, al menos para comprobar que uno de los objetivos básicos que marca nuestro Estatuto de Autonomía todavía no se ha cumplido. Me refiero a la necesaria cohesión territorial y la desaparición de los desequilibrios entre las diferentes partes de Andalucía. En efecto, la Junta tiene aquí una de sus asignaturas pendientes. Las diferencias son cualitativas aún entre ciudadanos de unas y otras provincias. Al volver a Jaén, en el apeadero de la estación, resulta inevitable tener la sensación de que existen andaluces de segunda clase.

Una isla en la noche

Era el tiempo aún en que las distancias se medían en carreteras de segunda, cuando los viajes tenían casi un aroma de aventura o esta era solo el reflejo inevitable de una juventud llena de sueños desconocidos.

Debió haber un destino extraño en aquella decisión de parar en Jaén, después de tantos kilómetros de travesía por llanuras casi infinitas y montañas que se cerraban a nuestro paso en una noche de otoño, tan oscura y gobernada por un viento frío sobre el que resbalaban las luces de la ciudad.

Tenía que ser muy tarde, sin necesidad de que lo decretaran los relojes, porque las calles se habían llenado de soledad y ausencia, abandonadas por una humanidad de la que apenas quedaba testimonio en las sombras que desfilaban tras las ventanas.

Alguien de nosotros propuso acercarnos a la Catedral. No había motivo alguno, y sin embargo aquella proposición hechizó nuestros pasos por un laberinto de angostos pasadizos cargados de una historia demasiado lejana, hasta una plaza donde solo quedaban huellas de niños jugando a la pelota y cuentos de viejos olvidados por las esquinas.

Estaba allí, como una gran señora embarazada de hermosos y equilibrados perfiles, reina indiscutible, soberana de piedra en una ciudad que se postraba a la belleza de sus torres. Más extraordinaria aún con aquel silencio acuchillado por un aire indomable, rodeada de aves insomnes y luciérnagas en el cielo, como un barco olvidado en el desierto de la memoria. Parecía mirarnos desde su alma de tierra virgen, lúcida y serena imagen de muros dorados y campanas dormidas; parecía beber el eco de nuestras palabras, tan desnuda en su rostro tallado de balconadas y santos. Bastaron apenas unos instantes para que aquella imagen quedara esculpida, eterna y sin paliativos, en el recuerdo de unos jóvenes con sus bolsillos llenos de tiempo e inocencia.

No sabía entonces que aquélla solo sería la primera vez de otras muchas en que me he acercado a contemplarla, para recordarla como la vi entonces, con esa música oculta que respira en sus entrañas, como un espejo en el que se ha mirado el hombre a lo largo de los siglos, el refugio donde una isla de luz alumbraba la noche de Jaén.

Aportación para ilustración en el libro *Convergencias - Catedral de Jaén*, de Miguel Angel Capiscol.

El rostro de los fantasmas

Desde hace semanas la ciudad se ha llenado de unos fantasmas con la piel algo más oscura que la nuestra. Nos dan algo de miedo porque caminan en grupo y sus caras no nos son familiares. Más que hombres parecen sombras. Carecen de apellidos, de dirección particular, de todo lo más elemental. Deambulan por nuestras calles con una expresión de cansancio por la intemperie en la que duermen todas las noches. Son de casi todas las edades, algunos apenas con la adolescencia recién cumplida; la mayoría malviven el mejor tiempo de su juventud. Carecen de sueños porque ya fueron devorados por toda clase de privaciones. Tienen el rostro moreno de los que vienen del Sur. Vinieron a trabajar desde la otra orilla y se encuentran al borde de un abismo que se llama indigencia. Son la mejor demostración de que el bienestar solo está al alcance de unos pocos; o quizás de que los Estados guardan la justicia para una mejor ocasión.

Jaén (o cualquier ciudad), viernes, 4:30 horas

Sin necesidad de edictos municipales, desde hace algún tiempo las sucesivas generaciones de adolescentes han decretado una costumbre en el fondo bastante antigua. Se trata, en efecto, de una versión "masificada" y probablemente despro-

porcionada de esa tradición que nos caracteriza como pueblo abierto al ágora y el brindis. No es fácil, por tanto, reprochar a los más jóvenes lo que está permitido a los más viejos del lugar. Y, sin embargo, llega a ser impactante sobre la morfología que adopta la ciudad la madrugada de todos los viernes. Se levanta así el telón de un mundo invadido por el plástico y cercado por constelaciones de botellas olvidadas. Aparece el perfil de un paisaje urbano distinto, donde las calles y plazas son tomadas sin violencia por una multitud de ruidos y de seres que tienen el rostro rejuvenecido de los tranquilos ciudadanos de la mañana. En ese escenario bullicioso y desconcertante, es inevitable sentir un poco de nostalgia y algo de envidia hacia una juventud que, de manera espontánea, impone nuevas señas de identidad a una ciudad a esas horas irreconocible.

Las entrañas de la ciudad

Las tripas de la ciudad afloran entre innumerables fosas y cavernas de hormigón; desde tuberías de desagüe y canalizaciones de agua, hasta sepulturas de antiguos vecinos que ya no podrán descansar en paz. Cirujanos especializados en disecionar el asfalto trabajan incansables, día y noche, para sacar a la luz sus entrañas. La historia intestinal del lugar aparece en forma de alcantarillas olvidadas y raíces de árboles que han dejado de existir. A la vista del paisaje urbano parece haberse declarado el estado de sitio. Innumerables barricadas se levantan en plazas y calles ofreciendo el espectáculo típico de una guerra no declarada. Por fin estamos ya en condiciones de comprender lo que significa vivir en un Sarajevo bombardeado o en el Bagdad víctima tantas veces de atentados. Una locura sistemática que no distingue entre tatuajes ideológicos se ha contagiado a toda la clase política de los ayuntamientos. Víctimas de esta enfermedad, los ciudadanos de a pie tenemos asegurado el sufrimiento hasta las próximas elecciones municipales. Después esperemos que llegue algo de cordura.

Alergia a la primavera (Jaén, cualquier mes de mayo)

No se trata de ninguna especie de espíritu de contradicción con el resto de la humanidad. Esta alergia a la que se hace referencia contra la estación del año que acaba de empezar no sería sino la constatación de un temor insoslayable; o de otro modo, la amenaza que se cierne sobre todos aquellos habitantes del planeta que sufren —sufrimos— el ataque de pólenes invisibles e “inocentes” floraciones de todos los colores. Para quienes ostentamos esa condición de alérgicos, la primavera, sobre todo la del sur, representa una etapa de recogimiento espiritual, ya que apenas si podemos salir de casa; estigmatizados socialmente, ocultamos nuestro rostro con esas mascarillas que nos delatan por la calle. Estos días, mientras que los demás contemplan el paisaje con deleite y sin prevención alguna, saboreando los olores de la madre-naturaleza, nosotros miramos con cierto rencor a todos los representantes del reino vegetal, echando de menos con no poca nostalgia los días felices del húmedo otoño.

Tras cuatro años

Esta tierra ya no está en el furgón de la cola de la economía nacional. Quienes rigen nuestra vida corriente de cada día se han dado por fin la mano para sellar acuerdos beneficiosos para todos. Un importante Museo tiene ya abiertas las puertas de una cultura milenaria. Tenemos un espléndido teatro que anuncia programas y actuaciones para todos los públicos. Entre la gente sencilla no se vive con angustia un porvenir decretado por esa Europa tan distante a veces de la felicidad de sus pueblos. Los jóvenes han dejado de sufrir problemas de ansiedad en la cola del INEM. Las mujeres maltratadas han encontrado la receta perfecta para afeitar definitivamente a todos los Barbazules de turno. Los paisajes se conservan intactos, que no es poco. Las ciudades y los pueblos no están en manos de los especuladores, públicos y privados. Los pequeños déspotas

que nos rodean han sido desterrados a la Isla maravillosa de Nunca Jamás. Entonces despiertas a la entrada del colegio electoral con las esperanzas totalmente intactas y una cierta sensación de quimera que suena al resbalar tu voto dentro de una caja que parece mágica.

ALGUNOS SENTIMIENTOS PERDIDOS
EN LAS CALLES DE LA CIUDAD
(o quizás simplemente la vida en algo más que prosa)



Amor otoñal

Son la demostración de que no todo está perdido. De que todavía es posible a una edad madura, cuando los cuerpos han perdido ya aquella belleza física de una juventud que parecía inagotable. Como representantes de la experiencia, ofrecen una lección impagable para quienes todavía combaten los designios de ese mal que llaman convivencia. Practican una ternura serena y ejemplar, donde no tiene cabida la lucha de sexos sino la comprensión por el otro. Tan sencillo en apariencia pero tan complejo en la realidad de lo cotidiano. Son la prueba evidente de que no existen fronteras para la pasión, ni siquiera al final del camino. Desde el delirio suave y apacible en las miradas de complicidad, hasta el amor aún al filo del amanecer. Nada de estos sentimientos están negados por razones de tiempo. Al contrario, pueden madurar creciendo en los corazones de quienes siguen enamorados, a pesar muchas veces de su condición de supervivientes. Ellos son de verdad el modelo contra los escépticos que cuentan los matrimonios bien avenidos, contra los que dejan pasar por ambiciones personales la posibilidad de rejuvenecer permanentemente. En el otoño de sus vidas hay quienes dan motivos para la esperanza, generando en nosotros una sana envidia por mantener las antorchas del corazón encendidas.

Año nuevo en septiembre

El término de las vacaciones estivales siempre parece levantar una frontera invisible en el tiempo de nuestras vidas. El regreso a una normalidad apacible y dulcemente rutinaria corre parejo a un impulso extraño que nos invita a hacer planes para el nuevo curso que empieza. Aparecen señales en el cielo de que es el momento para los cambios, para programar iniciativas y adquirir compromisos más solidarios; incluso para hacer aquellas promesas que, esta vez sí, estamos dispuestos a cumplir. Ciertamente, la existencia cobra en estos días una apasionante forma de expectativas y proyectos; surge una especie de afán por aprobar las asignaturas aún pendientes. Escolares con un inédito destino por delante elaboramos un manual de sueños y esperanzas, llegando a esculpir una imagen de lo que nos gustaría ser, sin duda mejores y más perfectos. Al empezar septiembre, en fin, tenemos la sensación de nuevas emociones a la vuelta de la esquina. No hace falta descorchar el champán para saber que tenemos por delante un nuevo año, con toda la fascinación y el placer por la aventura de la vida.

Año Nuevo

No es ingenuidad ni tópico, sino el sueño lógico de una humanidad siempre castigada por el absurdo que ella misma crea. La mañana del primer día del año tiene un sabor diferente. La ciudad apenas dormida y el silencio de las calles invitan a una cierta melancolía por el pasado reciente. El frío estrecha las venas pero el corazón se dilata con nuevos propósitos hasta ayer encerrados en el trastero del alma. Un ligero optimismo por el futuro que acaba de empezar alumbrando un catálogo de buenos deseos. Las mismas esperanzas de siempre pero imprescindibles para seguir adelante en el camino de la vida: que la paz deje de ser una noticia imposible, que los francotiradores de la intolerancia sean borrados del mapa de la humanidad, que nuestros seres queridos sufran solo el paso del tiempo, que

quienes nos gobiernan —y sus opositores— sean de una vez honestos con quienes los elegimos, que la tierra deje de estar en manos de todos sus especuladores, y simplemente que seamos capaces de ver el último atardecer de este nuevo año.

Catarsis colectiva

Todavía estamos soñando con una quimera que parecía imposible hace pocas semanas. Estamos aún impactados por una fantasía colectiva que, realmente, no estábamos en condiciones de asimilar cuando empezó el campeonato. Su desenlace feliz ha permitido acabar con los fantasmas que nos atenazaban desde décadas; como sociedad contraída por complejos de inferioridad ante selecciones que, en el fondo, no eran mucho mejores que la nuestra. Se ha desatado así la dulce locura de las masas, allí donde nos podemos reconocer sin necesidad de mirar al espejo, cada uno en su medida, pero gozando de esa extraña felicidad que transmite una inmensa mayoría. Quien no sienta esta alegría tan democrática se está resistiendo inútilmente a esa condición tribal que nos une en torno a una bandera o escuchando una música que impregnará siempre cada instante del recuerdo. Tal vez, o quizás seguro, es un sentimiento irracional e inexplicable. No encaja en el orden sistemático que nos rodea. La explosión de esta alegría instantánea, maravillosamente catártica en sus efectos, nos identifica como pueblo que se valora a sí mismo. Aunque mañana la humildad y el trabajo deben seguir siendo nuestra máxima ley.

Cerrado por vacaciones

El verano marca sus dominios sobre la vida cotidiana. Una frontera invisible señala el principio de otro tiempo. La humanidad busca refugio contra el bochorno de las horas. Se adormece la intelectualidad bien pensante. Tocan a su fin las duras

jornadas de combate contra los elementos más duros de una burocracia impenitente. El trabajo ya no lo es todo, sino solo una evocación entre el sol y la arena de la playa. Los niños comienzan a labrar sus recuerdos de infancia. El ritmo de la ciudad se vuelve lento y silencioso. La soledad se hace dueña de las calles los fines de semana. Los gatos caminan a sus anchas por las aceras. Es la hora de los poetas y los nostálgicos. Los atardeceres tienen un perfume dulce, el sabor imperceptible a una edad que no cesa de correr. Se masca la ilusión por esa porción de libertad que señala el calendario. Las vacaciones quizás son solo una invención del hombre moderno, acaso la aspiración de una felicidad siempre anhelada, posiblemente el sueño de una pequeña revolución contra nosotros mismos.

Chismología

Se me escapa un sueño entre las palabras. Imagino un mundo en el que la vida familiar del prójimo no se compre ni se venda en los mercados de un vergonzoso periodismo color rosa. Una sociedad donde las debilidades del ser humano se muestran en nuestros televisores como un escaparate de rebajas; la intimidad a precio de saldo. Lo queramos o no, hemos sido predestinados a la condición de *voyeurs*, simples y rutinarios mirones del carnet de identidad de famosos, sus parientes, los amigos de estos y, al final, de nosotros mismos. Como un círculo del que no es posible escapar, alimentan nuestra innata curiosidad hasta convertirla en burda morbosidad. El cosmos acabará siendo un patio de vecinos. Nada escapa al conocimiento del ojo público. En mi ilusión, quizás escasamente compartida, pretendo solo una ignorancia feliz; sin saber nada de operaciones faciales, de siliconas o de líos conyugales de esos personajes que tienen un asiento reservado en nuestra mesa, todos y cada uno de los días del año.

Cuarenta y tantos

Para no pocos es una frontera que cuesta traspasar. Hay quienes reciben el pésame por haber llegado a este punto de su existencia. En algunos produce depresiones, en otros la triste sensación de una juventud perdida para siempre. Un miedo a los espejos se contagia entre los infelices que reniegan de los síntomas inevitables del paso del tiempo. Pero también puede llegar a ser la edad indispensable para la madurez del espíritu; la señal de que hemos podido llegar a un punto de lucidez necesaria para guiarnos por los desfiladeros de una existencia plagada de riesgos. La época en que hemos dejado en la maleta las utopías imposibles, para practicar, si nos dejan, los sueños imprescindibles para mejorar la vida real. Es verdad que ahora duele más la soledad porque, muchas veces, se respira con mayor intensidad la distancia con los otros; sin embargo, todo es tan relativo que podemos todavía sentirnos privilegiados frente a quienes ya ostentan la condición de supervivientes.

Democracia en zapatillas

Esta vez desde el puesto de observación que proporciona una ciudad invadida por los peatones, la carrera de San Antón suena a pueblo llano y plural, sencillo como la vida misma. Las antorchas dejan ver el bosque de ciudadanos dispuestos a batirse consigo mismos. Ahí están nuestros amigos y familiares, vecinos y compañeros de fatigas. Todos en zapatillas de deporte; todos ellos iguales ante un mismo destino. Al principio son una masa compacta de hombres libres, soñadores que llevan la sonrisa reflejada en el rostro. Luego llega el esfuerzo extraordinario por subir hasta la cumbre de una villa que se muestra casi inconquistable. En esta tarea el pueblo es siempre generoso con sus héroes. Los recibe con aplausos; jalea sus nombres para superar un anonimato que hace más pesado el camino; les invita a imaginar que queda muy poco para una porción de gloria. Tiene lugar un extraño pacto entre corredores y ciu-

dadanía, una comunión de intereses que acorta las distancias y proporciona el oxígeno en los momentos difíciles. Después de varios kilómetros de expedición por una ciudad que huele a humanidad feliz, llega esa tremenda recta final donde todos, hasta los más fuertes, tienen el sufrimiento dibujado en el cuerpo. En ese instante la gente de bien arropa con el calor de sus voces a sus representantes, para que alcancen por fin la ilusión de un triunfo del que todos son partícipes.

Desamor

Se les puede reconocer por la palidez de su rostro y una inusitada delgadez, secuelas físicas quizás de las sombras que atenazan durante noches de insomnio. Las primeras semanas deambulan como fantasmas de sí mismos, intentando salvar la imagen social que cada cual lleva colgada en la solapa. Los hay a millares entre nosotros, cada vez más según las estadísticas que informan de los fracasos matrimoniales que produce nuestro estilo de vida. Estos hombres y mujeres necesitan más que nunca de la solidaridad de sus amigos y el cariño de la familia que les queda. Son las víctimas anunciadas de una soledad incommensurable, los destinatarios involuntarios del desamor o la indiferencia de quien fue el compañero o compañera de un destino hoy roto. Esas historias de rupturas y desencuentros generan también un temor ineludible, por si acaso somos los próximos en formar parte del anecdotario colectivo. No hay recetas mágicas, aunque quizás pueden valer como antídoto esas pequeñas porciones de amor romántico en la vida diaria.

Régimen hospitalario

Sucede justo al atravesar la puerta de Urgencias, cuando el desconocido a quien unas voces llaman celador conduce la camilla donde reposa tu cuerpo dolorido. Un corto viaje entre pa-

sillos con un techo vagamente iluminado y ese inconfundible olor a dispensario anuncian lo que parece ya inevitable. Hasta entonces no eres consciente del privilegio de una vida sin limitaciones, lejos de enfermedades traicioneras o de absurdos accidentes que convierten al ciudadano en paciente, y a nuestro mundo rutinario en un recuerdo borroso y anhelado. Afortunadamente para hacer más llevadero el tránsito hacia ese universo marginal hay unas personas que han hecho del cuidado y la atención a los demás una profesión sin duda impagable. Porque es en medio del sufrimiento físico cuando se valora en su justa medida la ternura o el afecto. A la hora de tutearnos, despojados por fin de estirpes o condiciones sociales; cuando simplemente nos llevan la medicación con una sonrisa; al despertarnos por la mañana entre atenciones casi maternas. En este otro mundo por el que sin duda todos pasaremos —tarde o temprano— el médico tiene una connotación casi divina; en sus manos está escrito nuestro futuro y una forma distinta de felicidad que el cuerpo necesita. Gracias a todos ellos la travesía por el dolor se hace más liviana; su humanidad en el fondo es la mejor medicación.

Disfraces y caretas

Las guardamos en el ropero todos los días cuando regresamos del trabajo o de una reunión social. Hay quienes tienen el armario lleno de esas otras personalidades con las que nos presentamos ante los demás, fingiendo que somos el otro o los otros con el que nos ven nuestros vecinos y amistades. En ocasiones representamos tan perfectamente el papel que dicen las etiquetas que el disfraz se pega a la piel y la máscara acaba siendo la prolongación misma de nuestra cara. Entonces nos convertimos en el hombre y la mujer con que nos piensan y describen ahí fuera, perdiendo así a quien de verdad se esconde entre tanto escaparate y escenario de sociedad. Para inmunizarnos contra esa enfermedad perversa y bastante hipócrita en el fondo solo queda buscar el refugio donde encontramos

al yo auténtico, pequeño y mediocre en dosis de humanidad, pero sin duda el único y real que llevamos siendo desde niños. Personalmente lo veo siempre en el espejo del pasillo de mi casa, cuando beso a mi mujer o escucho la conversación de adolescentes de mis hijos.

Extraños en el paraíso

Érase un país llamado “folklorandia” donde la fiesta no tenía fin. Sus gentes aprovechaban cualquier oportunidad para celebrar el principio de lo que sea o el final de cualquier cosa. El placer de la vida no se entendía más que con un cubata en la mano y una buena dosis de decibelios; quizás por ello la sordeza acabó siendo la enfermedad nacional de este lugar, por supuesto imaginario. El deporte favorito de los jóvenes eran los botellones en cualquier plaza o esquina de la ciudad. Algunos mayores protestaban contra esas bacanales espontáneas, sin recordar que en el fondo ellos hacían lo mismo pero en bares, pubs o discotecas. La juerga fue elevada a los altares más altos de la cultura. Existían, sin embargo, unos seres extraños que se encontraban algo incómodos en ese ambiente de diversión colectiva y santificada. Por fortuna eran una minoría, que se ocultaba silenciosa entre la multitud, como una especie de alienígenas inconformistas que preferían actividades más tranquilas o intelectuales, pero rechazados sin duda por la mayoría, buenos romanos adictos al “panem et circenses”.

Divino tesoro

No sé en qué estaría pensando aquel conocido poeta cuando resumía de este modo una época de la vida surcada por un océano de experiencias vitales todavía sin resolver. Sin duda la juventud representa el esplendor físico y romántico de la existencia, la expresión misma de la libertad a flor de piel; también

los años magníficos de la amistad y el descubrimiento. Pero tras ese escenario de atractivas postales se encuentra al mismo tiempo una puerta abierta a la incertidumbre, el temor por la pérdida irreparable de las esperanzas de cambiar un mundo siempre cruel y absurdo; en definitiva, la constatación de que la realidad de las cosas se parece mucho más a lo que nos decían los viejos del lugar. Con la juventud empieza la lucha por ser uno mismo frente a tanto idiota y autoritario de nuevo cuño que hay repartidos por doquier. Comienza una batalla por conseguir la verdadera independencia, la que te permite una vivienda propia, aunque sea humilde, y un trabajo donde la dignidad esté garantizada.

Dos iglesias

No es una afirmación categórica, pero sí la sospecha de que, junto a la Iglesia que avanza detrás de las pancartas contra los Gobiernos de izquierda y sus leyes tan contrarias —eso dicen— a la familia y la “buena educación”, existe una Iglesia más cercana a la gente sencilla. Aunque sin tanta repercusión mediática, su trabajo se deja notar en los hospitales y asilos de ancianos, entre los pobres y desamparados de ese otro planeta que está a la vuelta de la esquina. Esta Iglesia me merece mucho más consideración que la que se deja conducir por una jerarquía eclesiástica, que emplea los púlpitos para jugar a la política y denostar a los adversarios ideológicos. Prefiero la Iglesia que sabe a pueblo humilde, la que no comulga con estrategias de partido. Esa Iglesia, trabajadora y callada, es sin duda la imprescindible; la única además que permite superar el agnosticismo propio de una edad madura a golpes de una humanidad y ejemplo verdaderamente cristiano.

El curso político de la vida

Cada primeros de septiembre pinta una especie de año nuevo. Con la fórmula de un curso que parece comenzar, los políticos afilan su dialéctica, casi siempre simplista y empobrecida por las consignas de los mandos del partido, a fin de cuentas el verdadero poder enmascarado por una cierta, y siempre escasa, pátina democrática. En esas metafóricas aulas donde solo cambian el contenido de la injuria o la gravedad de la imputación, los ciudadanos apenas somos unos meros convidados de piedra, meros muñecos de trapo bailando al son de unos titiriteros profesionales que pretenden dictar nuestros designios. Pero más allá de esta realidad reside otro curso más auténtico, donde el tiempo transcurre rutinaria pero plácidamente y somos, o lo intentamos al menos, los verdaderos dueños de nuestro destino. Allí todos los pequeños déspotas de la vida cotidiana son condenados sin perdón que valga al más profundo ostracismo. En ese espacio impera solo la búsqueda de la felicidad tangible y las emociones positivas. En este otro curso de la vida siempre hay que llevar la cartera llena de buenas intenciones, y el cuaderno listo para escribir bellas historias.

El santo folklore patrio

Una vez declarada la confesión de agnósticos casi por naturaleza, se ha de reconocer también la admiración que sentimos por todo el simbolismo y la estética de “nuestra” Semana Santa. Difícilmente se puede localizar en el mapa de los pueblos y las culturas una mezcla tan extraordinaria de fe, arte y vitalidad colectiva. En efecto, haciendo honor a la condición de mediterráneos hasta las entrañas, sacamos a la calle los emblemas más profundos de nuestra religión; los enseñamos al mundo, los hacemos “bailar” en una procesión de color y perfumes de primavera; les cantamos el dolor que se dibuja en sus rostros. Pero siempre hay una pasión distinta que se vive en paralelo con la penitencia y la devoción más intensa; otro culto con el

que este país consigue que las Vírgenes participen de nuestro amor por la vida y transforma los santuarios en una excusa para gozar de los placeres humanos. Llevo más de cuarenta años contemplando esa metamorfosis y todavía no dejo de asombrarme.

Graduación

Sueños y nostalgia al borde mismo del verano crean ese instante cargado de ilusión por la aventura de la vida; momento de gloria que sabe a melancolía por la despedida inevitable. Una extraña combinación de sentimientos encontrados se respira en los institutos cuando una foto, fija ya para siempre, dibuje los rostros de todos esos compañeros de viaje en los inciertos años de la adolescencia. Seguramente es la primera vez que todos ellos, aún aprendices de hombres y mujeres, perciben al latido del tiempo en sus vidas. El final de una historia y el principio de otro mundo. Les imponen becas para conmemorar su primera victoria contra los elementos, porque han decidido engendrar su propio destino. Desde la distancia, la graduación parece el retrato de nosotros mismos, la expresión de un pasado que se repite ahora en la generación que nos seguirá. Puede que les guste una música muy diferente, o que vistan ropas extrañas para nosotros, pero sus esperanzas y anhelos tienen la misma fuerza de entonces. "Buen viaje para los guerreros" (Luis Llach).

Para Alfredo, Pedro, Gerardo y tantos otros

En Babel

Algunas ciudades de Europa son verdadero patrimonio de la humanidad; me refiero de esa humanidad sencilla que trabaja en los oficios más humildes pero, a la vez, imprescindibles. Metrópolis donde se hablan todas las lenguas del universo y,

por eso mismo, resulta difícil sentirse extraño en ellas. En los autobuses y el metro, en los supermercados y cafeterías, en cualquier esquina donde el turista se encuentra perdido, aparece algún buen samaritano que nos indica en nuestro idioma la dirección o el precio de las cosas. No se les puede reconocer entre la muchedumbre pero están ahí, sobrellevando una espuesta de soledad a veces demasiado pesada; son los mejores guías cuando se desconoce el camino o la lluvia no deja ver los nombres de las calles. Sin duda, la amabilidad de esta gente se mide en porciones excepcionales. Al acudir a sus ciudades adoptivas, para contemplar un paisaje para ellos ya indiferente, contamos así con una compañía tan invisible como inestimable.

Humanidad en vaqueros

Con el tiempo se han convertido en el uniforme de paseo del pueblo llano y sencillo. Marcan un estilo propio de quienes abandonan, aunque sea momentáneamente, el escaparate de los protocolos o el encorsetamiento de las recepciones institucionales. Uno de los grandes inventos de la civilización, tienen además un significado trasgresor de las normas y usos convencionales hegemónicos de la cultura oficial. Lo mejor sin duda es que no tienen asignación en ninguna de las clases sociales, porque todas los utilizan por igual; tampoco se reconocen en ninguna generación concreta, porque jóvenes y adultos comparten el mismo gusto por la informalidad que representan. Son el único común denominador que traspasa esa vergonzosa frontera que separa aún, de norte a sur, dos mundos dentro de una misma especie. Sirven para viajar más cómodamente en el camino transitorio de la vida, como una segunda piel que impone por fin la igualdad entre los hombres.

Juegos de niños

Cerca, pero a la vez tan lejos de nosotros, hay ciudades en las que los niños todavía juegan en las calles. Lugares donde el asfalto no ha invadido aún todos los espacios en donde habitamos los urbanitas modernos en que nos estamos convirtiendo. Dirán que es un signo de subdesarrollo, y quizás tengan razón si la única vara de medir son las estadísticas económicas o los PIB de nuestras pulcras y aseadas sociedades del Norte. Pero la percepción puede ser muy diferente si la mirada se torna hacia la felicidad que respiran esos niños jugando a la lima —es verdad, lo he visto— o imaginando estadios de fútbol en medio de las aceras. Indudablemente es una imagen que produce nostalgia inevitablemente a quienes pertenecemos a aquella generación ya perdida en los felices sesenta. Nos trae el recuerdo de un mundo en construcción, en el que había solares despoblados y edificios solo en el papel, cuando los niños eran los amos de un universo urbano en potencia, y sus juegos de calle dominaban la atmósfera de las ciudades.

La bandera de los vándalos

Un poco más en frío pero todavía con el mismo grado de indignación, resulta difícil olvidar la repugnancia hacia una violencia siempre gratuita. Recordando una muerte más, y como efecto colateral de esto que llaman deporte nacional, viene a la mente una escena antigua de leones y cristianos, para comprender que la intimidación hacia un imaginario enemigo es un mal tan endémico como popular. Un defecto colectivo que obliga para repartir también las responsabilidades entre una multitud de anónimos culpables, que quizás no lleguen a utilizar la fuerza bruta, pero que descargan todos los domingos dosis monumentales de agresividad dialéctica y practican el insulto como modelo de comportamiento. Me refiero a esos que desde un atávico machismo —algo hay de esto— o simplemente la secuela de las frustraciones diarias se lanzan a los

campos de fútbol, y sus alrededores, a repartir la cultura de los nuevos vándalos, con sus insignias de colores, enarbolando las banderas de un equipo que no es sino la excusa para maquillar la bestia que —no todos por fortuna— llevamos dentro.

Nuestro sur

En las coordenadas establecidas oficialmente Andalucía siempre está al Sur. De España o de Europa, se nos observa siempre como sociedad ligada a su propia geografía. Es esta ubicación en el mapa lo que nos ha marcado histórica y culturalmente, además de otorgarnos una seña de identidad frente otros pueblos más “septentrionales”. Incluso llegamos a venderla como imagen atractiva en los folletos de las agencias de viajes. Sin embargo, no somos demasiado conscientes de que hoy somos ya el Norte para muchos que viven en la otra orilla; obstinados en morir en las aguas del Estrecho, su pobreza enmascara lo cercanos que estamos unos de otros en el fondo. Todavía el clásico prejuicio de una sociedad opulenta es la regla socialmente dominante. Pero una corta visita a algunas de sus ciudades nos ayuda a destapar el parecido extraordinario que nos une en muchas cosas. Esos rostros que nos recuerdan muchas veces al de nuestras abuelas y hermanas; la misma forma en que un viernes por la tarde los jóvenes buscan el amor por las calles; unos niños que juegan al fútbol en la puerta de las mezquitas con las camisetas de nuestros eternos rivales; en especial, el calor de la gente sencilla en la Medina como una imagen viva de nuestros viejos mercados. Testigos de una vitalidad tan intensa, acabamos por descubrirnos a nosotros mismos en el espejo de ese otro Sur, tan nuestro a fin de cuentas.

(En cierto modo) Espejos de nosotros mismos

Sin duda son la mejor traducción de quienes llegamos a ser. Dicen que se parecen mucho a nosotros porque coincidimos en algunos perfiles físicos. En efecto, quizás tengan el color de nuestros ojos, la nariz que nos hacía inconfundibles, la misma sonrisa, algunos rasgos del carácter familiar. Es imposible no vernos reflejados de alguna manera en ellos cuando los vemos sentados a la mesa, mirando acaso la imagen de lo que serán en un futuro no muy lejano, expresiones todavía de una espléndida juventud o una indómita adolescencia. Los que están llamados a sucedernos indefectiblemente serán en buena medida hombres y mujeres con las virtudes que hayamos sido capaces de transmitirles, a base del comportamiento cotidiano y el ejemplo implícito que tiene a veces nuestra conducta; aunque también con los defectos que no hemos querido o no hemos podido superar. Cuando con el paso del tiempo vayan adquiriendo la independencia propia de los seres adultos, y la imperfección por tanto de cualquier humano, seguirán conservando el sello inconfundible de nosotros mismos. Pero eso lo sabrán quizás mucho más tarde, en el momento en que los papeles hayan cambiado en el escenario de la historia y solo seamos para nuestros hijos una fotografía en el aparador, una porción nostálgica de buenos recuerdos.

País en colores

Vivíamos hasta hace poco en una tierra dominada por un solo color racial. Un lugar donde sobresalían, entre multitudes de blanco, algunos pocos que procedían de latitudes lejanas, y donde por el contrario esa tonalidad de piel no existe, o bien representa todavía la de una élite minoritaria y pudiente. Allí los menesterosos tienen todavía un color diferente; abundan los negros y cobrizos, los tonos cercanos a esa tierra que, imparable, no deja de parir pobres de solemnidad. Algunos de ellos están hoy entre nosotros. Nos sirven a destajo en nuestras

casas; cuidan de nuestros ancianos; llevan a nuestros niños al colegio; alquilan su trabajo a bajo precio para que puedan sobrevivir los que se quedaron al otro lado del paraíso. Pero en domingo salen a los jardines y los parques para respirar la libertad que anhelaban. Entonces este país cobra la forma de una humanidad diversa, llena de matices, sencillamente igualitaria; mientras en la orilla del sur muchos otros esperan, junto a débiles barcos, la señal para partir.

Paisajes de ciudad

Forman parte de la identidad de cada uno de nosotros. Permanecen imborrables en la memoria, ajenos al paso del tiempo y una planificación urbana empeñada casi siempre en destruirlos; como imágenes grabadas en la retina del recuerdo de una ciudad que fue, como la esencia misma del pasado de nuestras vidas. La nostalgia es inevitable cuando comparamos las postales de ayer y de hoy, y comprobamos la impunidad con que se cambia la faz de la historia. Sin apenas un gesto de rebeldía ciudadana los castillos desaparecen víctimas de los edificios de hormigón, las playas se ahogan entre muros de cemento. Pero lo peor de todo es que todavía desaparecen del paisaje urbano —lo único que ha sido socializado verdaderamente— los monumentos que dan nombre a las ciudades, las catedrales que aspiran a reconocimientos internacionales, el simple aroma de unas calles cosidas con una arquitectura antigua. Todo sea en honor y gloria de una modernidad absurda y equivocada

Peter Pan

Lo llaman así para referirse al síndrome del hombre que se resiste a envejecer; lo hay también en versión femenina, conocido como complejo de Wendy. Ambos tienen en común la

negación de la persona a admitir el paso del tiempo, complementado con una buena dosis de narcisismo por una juventud imperecedera, o de rebeldía contra esa vida que se consume a una velocidad inaceptable. Este mundo globalizado está repleto de ellos, hombres y mujeres que no quieren admitir su condición de adultos, con las arrugas de la experiencia vivida o la belleza de un cabello plateado. Puede que, en el fondo, todos seamos un poco así, con nuestra obsesión por adaptarnos a una modernidad que fija patrones de perfección física inalcanzables para la mayoría. Pero también hay versiones singulares de una Wendy o un Peter Pan, cercanos quizás a nosotros, amigos o conocidos que intentan romper con su presente, para refugiarse en una existencia marcada por la eterna diversión o la huida de las responsabilidades cotidianas. Reconstruyen su pasado de jóvenes sin darse cuenta de que el tiempo pasa también por sus venas.

Red de secretos

Los secretos del corazón navegan por la red, a diario y desde cualquier rincón del universo. Como mensajes de amor o confesiones de una intimidad por lo general inconfesable deambulan en el vacío frío de las ondas, hasta que alguien los recibe al otro lado de la pantalla, muchas veces una pasión clandestina que no se llegó a tener en la realidad virtual y socialmente correcta. Hombres y mujeres que buscan el sueño perdido en el camino de la vida, que sacian la sed de ilusión a través palabras que expresan el sentimiento más fiel de sí mismos. Viven en la ansiedad de lo imposible, mientras luchan por romper la frontera de la distancia y el tiempo; con el deseo insoslayable de convertir en palomas mensajeras las letras que se dictan a un sordo ordenador, en noches de insomnio o simplemente cuando la soledad aprieta la sombra de nuestra alma. Miles de secretos se encuentran ahora mismo en un laberinto de amores perdidos, sin dueño reconocible, allí donde todo es silencio y gobierna la luz de la ciencia.

Renuncias libertarias

Hay renunciaciones que saben a libertad recobrada; existen momentos en que desistir solo significa el deseo de dar la vuelta a la esquina de una calle por donde transita la vida real. No se trata en absoluto de dimitir de los ideales básicos que nos identifican; tampoco de lo que es simplemente razonable y dicta el sentido común. Por el contrario, la deserción se refiere solo a los escenarios artificiales donde se practica el tiro al blanco contra el esfuerzo personal, a aquellas Cortes de los Milagros donde impera la vanidad y los Maquiavelos de turno tienen patente de corso para gobernar en nombre y representación de sí mismos. Allí trabajan a sus anchas las aprendices de brujas y sonríen engañosamente los prepotentes que nada saben del mundo. En estas circunstancias una dimisión es el mejor pasaporte para la libertad, proporciona el tiempo para reflexionar sobre lo auténtico, nos reconcilia de nuevo con un futuro que ahora tiene un color más humano.

Ropa vieja

La sociedad de consumo impone una acumulación de ropa desproporcionada y muchas veces inútil. La nueva estación es una buena ocasión para hacer limpieza de armario. En ese momento surge la necesidad de renunciar a las prendas pasadas de moda que desbordan los roperos; y de paso practicar un poco de caridad, donando todo lo viejo que ya no sirve para estar a la moda de la mayoría. Me resisto a pensar que se trata de verdadera solidaridad el acto de renunciar a todas esas cosas impregnadas de recuerdos personales. Sin embargo, el gesto de no arrojar al basurero esos vestidos antiguos, en los que ya nunca nos veremos reflejados, contiene en sí mismo una cierta generosidad. Significa que estamos dispuestos a aceptar que otros, mucho menos afortunados, se parezcan en parte a lo que fuimos; que con nuestros trajes de boda, los pantalones de varias temporadas o los zapatos que no llegamos a romper,

alguien pueda salir a la calle con un poco de dignidad. Esa ropa vieja servirá para contar una historia muy distinta, seguramente a muchos kilómetros o —quién sabe— quizás en el otro extremo de la ciudad.

Sentimientos de Navidad

Tiene que haber una forma distinta de celebrar estas fiestas, al margen de las pantagruélicas comidas o cenas de trabajo, en las que a veces nos sentamos con quienes nunca elegiríamos como compañeros de viaje. Debe existir un modo menos absurdo de vivir la Navidad, sin la agotadora sensación de un consumismo que no tiene medida ni concierto. Puede que haya una manera más personal de sentir estos días, en los que tenemos la oportunidad de ver al hermano o a la hija, alejados por la distancia y el tiempo. Me pregunto si entre tantos dictados comerciales y estereotipos caben aún los sentimientos más hermosos, o un poco de la solidaridad que necesitan todavía quienes pertenecen a una humanidad en harapos. Quizás más allá de la sensación de participar en un guión que se repite año tras año, la Navidad puede servir todavía para recordar a quienes ya no están con nosotros; los que permanecen en nuestra memoria con una evocación dulce y tranquila que no se extinguirá porque forman para siempre parte de nuestra vida.

Sobredosis de basura

Quizás no sea demasiado popular criticar abiertamente la “basura” con que los españoles alimentamos nuestro tiempo de ocio. Probablemente es un exceso de audacia por nuestra parte, o el último gesto de contestación juvenil, proclamar la irritación que nos producen siempre los intentos de manipulación cultural. Ciertamente, y no podemos negarlo tampoco para nosotros mismos, el ser humano necesita su dosis de chismo-

logía; es consustancial a nuestra especie intentar curiosear en la vida del prójimo, practicar el voyeurismo y la murmuración. Pero una cosa es el fenómeno universal del llamado “patio de gallinas” y otra muy distinta el acoso organizado de una programación que inunda los medios de comunicación, para intentar convencernos del valor informativo de las secuencias más morbosas de unos mortales que negociaban a bajo precio su privacidad. Cómplices de esta operación, pseudoperiodistas y profesionales del chisme se amparan en el derecho constitucional a la libertad de información para inyectarnos una sobredosis de basura con la que, día a día, somos más crédulos, o si quiere, quizás simplemente mas ignorantes.

Supervivientes de la maldad (después de los atentados de las Torres Gemelas)

El azar nos ha convertido en supervivientes. El monstruo que movió los hilos de la muerte podría haber fijado su atención, por qué no, en una tranquila ciudad de provincias. Pero sentirnos supervivientes de la tragedia no nos hace inmunes al dolor. Llevamos una sombra extraña que nos impide sonreír abiertamente, que nos obliga a suspirar de vez en cuando para evitar el recuerdo de aquellos que ya no están. Desde ese día fatídico algo nos inquieta al mirarnos en el espejo por la mañana. Es una extraña sensación que aflora en forma de tristeza suave y profunda. No es exactamente rabia, ni tampoco el deseo de una venganza, algo que nos pondría al nivel de aquellos crueles esperpentos de ser humano. Siempre que leemos la muerte injusta en las portadas de los periódicos surge inevitable el instinto más simple, la lógica de un Talión inexorable. En esos momentos es donde se pone a prueba la racionalidad perdida. Una receta nada fácil, hay que admitirlo. Contra la repugnancia que nos invade hay que buscar consuelo en lo más sencillo y natural de nuestra vida. Quizás en la imagen de unos niños jugando, el sonido de sus voces componiendo una música que suena a esperanza, ese pequeño milagro que necesitamos en

unos días que forman ya parte de la historia de cada uno de nosotros.

Hinchada talibán

Una especie de maldición, que no pecado original, parece haber condenado a la humanidad a una división en dos partes irreconciliables. Tirios y troyanos, moros y cristianos, los de este lado del telón y los perversos del otro, merengues y culés, todos ellos son solo una muestra del escarnio de la razón y la ausencia del sentido común. Precisamente las gradas de los estadios están repletas de este fundamentalismo tan antiguo como las luchas de gladiadores. El problema no es la afición a unos colores, siempre lógica y sana cuando se vive como una necesaria identificación con lo nuestro. Lo malo es cuando la hinchada pierde el sentido de la realidad por culpa de una obsesiva autocontemplación de las virtudes de los propios y el convencimiento de una maldad intrínseca —y otros defectos de fondo y forma— en los jugadores ajenos. Entonces es inevitable pensar en “los barbudos” que ofician en las montañas el réquiem por la tolerancia, mientras prohíben por indecente toda expresión de lo lúdico.

Tempus fugit

El tiempo huye, corre, vuela imparable desde nuestras vidas hacia un pozo sin fondo donde ya no habitan más que los recuerdos; se deshace todos los días imperceptiblemente; sin prórroga alguna se cuele ante nuestros ojos por las alcantarillas de una existencia con plazo de caducidad. Ese tiempo cruel y completamente humano marca la dictadura de los relojes, los auténticos amos del mundo. El tiempo transcurre de forma solidaria, sin consideraciones sociales ni de estilo; irrespetuoso e irreverente se burla de nosotros, nos muestra esa duda per-

manente sobre el más allá, es decir, la única esperanza de una victoria imposible. Sólo a veces es un buen compañero de viaje cuando, sentados en la peluquería de siempre, nos deja observar en el espejo el retrato de alguien que se nos parece mucho; una figura tan familiar que lleva marcadas en el rostro la imagen real de nosotros mismos, el autorretrato inconfundible de aquellas ilusiones y derrotas de otro tiempo que ya no es.

Terapia contra el estrés

Por desgracia no existen fórmulas mágicas contra ese mal que padece la humanidad que vive en la era de la tecnología punta. Estamos como al principio de los “tiempos modernos”, cuando el obrero era un simple engranaje en la maquinaria cruel que aplastaba la dignidad del individuo. La misma sensación de ansiedad recorre las venas del hombre de nuestros días. La dinámica irracional que fuerza la ambición profesional nos deja exhaustos al concluir la jornada de trabajo. No hay terapia milagrosa contra el estrés que nos provocamos a nosotros mismos con tanta competencia por llegar antes que nadie, con tanta obsesión por ser los mejores pero casi nunca los más buenos. Sin embargo, seremos optimistas; todavía queda la esperanza de descubrirnos en la sensibilidad por las cosas sencillas, en un instante de ternura con aquellos que amamos, o también quizás contemplando desde la nostalgia este dulce paisaje otoñal.

Traidores

Nunca dejan de estar de moda por desgracia. Los ha habido en todos los tiempos y presentan toda una gama de versiones. A la vista de cómo funciona el mundo nunca llegarán a construir una especie en peligro de extinción. Con expresión de lo peor que alberga la condición humana tienen una nutrida representación allí donde existen intereses que juegan en pro-

vecho propio. Se encuentran agazapados en cada lugar de trabajo, esperando medrar a costa de otro a quien llaman amigo. Ciertamente en la clase política son muy frecuentes —somos testigos— aunque tampoco faltan en cualquier espacio de nuestra vida cotidiana. Lo curioso es que estos renegados de la lealtad se dicen a su vez traicionados por aquellos contra los que conspiran. Necesitan justificar de algún modo sus vergonzosos patrones de comportamiento. Increíble síndrome de Judas con el que intentan tornarse de hipócritas en honrados. Pero las traiciones más dolorosas no son las de los tráfugas de la política, ni siquiera la de unos ambiciosos compañeros de oficio; duelen mucho más la de quienes mencionaban en su carnet de identidad el haber contado antes con la amistad o el amor ahora traicionados.

Un día mágico (6 de enero)

Hoy llevan una sonrisa más hermosa y un brillo especial en sus ojos. Después de una noche de ansiedad ocurre, como todos los años en esta fecha, ese milagro extraño que invade nuestras vidas. Muy temprano los pasillos se inundan de carreras alocadas; suenan junto al árbol de Navidad voces cargadas de felicidad. El mundo entero se deja contagiar por la ilusión que provoca toda esta fantasía hecha por fin realidad. Es un día para contemplar un paisaje extraordinario, colorista, invadido por millones de deseos complacidos, dominado por la magia fugaz dibujada en el rostro de los niños. Para quienes el paso del tiempo nos ha transfigurado en incrédulos o escépticos pobladores de este planeta, las mañanas del seis de enero nos devuelven siempre el recuerdo de aquellos anhelos que endulzaban nuestra existencia; cuando todavía creíamos en la bondad de las cosas y soñábamos con un mundo tan diferente al que luego estaba a la vuelta de la esquina. Pura nostalgia en fin, pero necesaria para sobrellevar con algo más de esperanza el año que acaba de comenzar.

Un futuro no muy lejano

Dictan las estadísticas que esta sociedad camina hacia un envejecimiento irreparable, que nos espera vivir en un mundo de octogenarias criaturas convenientemente medicadas con los últimos adelantos de la ciencia. Los análisis demográficos vaticinan una humanidad sin autonomía personal, dependiente de una legión cada vez mayor de cuidadores del tercer mundo. Quienes nos acercamos a ese estadio de la vida empezamos a observar con cierta preocupación el futuro que se avecina. No es difícil encontrar las secuencias cotidianas que viviremos como futuros protagonistas de una película de corta duración. Acaso sea un espejismo la visión optimista de una vida todavía entre los seres queridos; por el contrario, quizás sea más probable representar esas escenas de ancianos comiendo en bares o paseando por calles tan solitarias como ellos mismos. Al menos, abriguemos la esperanza de compartir esa incierta soledad con quien está hoy a nuestro lado.

Velos en el parque (Hyde Park, Londres, julio 1981)

Aquel viaje de juventud, hace ya tantos años que casi se pierde en las esquinas de la memoria, significó el descubrimiento de una Europa que no estaba en los libros de geografía. En un Imperio nostálgico aún por su fatuo pasado colonial, existía una ciudad llena de torres de Babel en la lengua de los miles de inmigrantes que trabajan en ella; una ciudad con un arco iris de colores en la piel de los hombres y las mujeres que la habitaban. Los fines de semana acudían a sus inmensos jardines grupos incontables de amigos y familias, con su libre albedrío en las ropas de una cultura diferente. Fue la primera visión de una diversidad que entonces era solo el futuro anunciado de nuestro mundo, todavía aquí uniforme y encorsetado. En aquellos parques llenos de hierba y árboles inmensos había niñas que jugaban detrás de las ardillas, con el aroma de una juventud a las puertas de su vida, felices y ajenas a leyes absurdas sobre

su manera de vestir, sin conciencia alguna de que el velo en sus cabezas fuese la señal de un daño contra nadie.

Mi yo femenino

Una parte femenina se esconde en el interior de cada hombre. Un yo de mujer, larvado probablemente en el seno materno, o transmitido quizás a fuerza de atenciones primarias y cuidados de nuestras madres, ante la ausencia milenaria de la figura paterna en la etapa crucial de la crianza de los hijos. Esa porción de alma femenina parece condenada al anonimato por los años de gregarismo adolescente, cuando la afirmación de lo varonil constituye la única regla aceptable para una cultura sexualmente unidimensional. Hasta entonces muchos juegos se compartían sin distinción de género. Una feliz utopía pasajera que da paso al imperio del balón y al espíritu de clan solo exclusivo para hombres. Afortunadamente, la mujer que llevamos dentro aparece en ocasiones para conducir nuestros pasos por la senda de lo razonable, por un sentido más común que nada tiene que ver con el que nos domina desde otros lugares de nuestro cuerpo. Deberíamos frecuentar más las reuniones del otro sexo; se aprende una forma de sensibilidad muy necesaria para mejorar la inteligencia.

Boulevard Pasteur

En una ciudad no muy lejana del norte de África las mujeres no podían sentarse en las terrazas de las viejas cafeterías. No estaba escrito en ninguna ley absurda que esos lugares estuvieran reservados en exclusiva para los hombres. En realidad se trataba de una tradición vetusta y patriarcal la que imponía aquella exclusión femenina. No había tampoco ningún letrado que señalara la prohibición, pero a ninguna mujer se le ocurría violar esa norma, impresa solo en la mente de una sociedad

anclada todavía en la hegemonía de lo masculino. Quiero imaginar que un día las cosas cambiaron cuando un grupo de jóvenes, vestidas como querían, se sentaron en una de esas terrazas a tomar café. Como valientes pioneras de la libertad decidieron ocupar un espacio público que hasta entonces las estigmatizaba. Aquel día comenzó una revolución pacífica que cambió la otra mitad del mundo. Fue en una ciudad real donde existe un boulevard que todavía simboliza el presente discriminatorio de la mujer.

PERSONAS Y PERSONAJES QUE DEAMBULAN EN LA
VIDA COTIDIANA



Abuelas

En una sociedad tecnológicamente avanzada son la representación del primitivo clan familiar, en donde la solidaridad de grupo constituía la regla máxima de la supervivencia. La función que desempeñan hoy tiene un valor que no se puede calcular en moneda de cambio. Responsables en parte de la crianza de unos hijos que no son suyos, aunque sí de su sangre, tienen asegurado un espacio en la memoria de sus nietos. Cuidadoras universales de los familiares dependientes y enfermeras para todo tipo de convalecencias, suplen a veces la irresponsabilidad de unos progenitores que no quieren renunciar a la vida ociosa de la juventud. Libertarias en el fondo, aplican con frecuencia la consigna de la autonomía de la voluntad con aquellos que están a su cargo. Seguramente gracias a ellas se experimenta por primera vez el significado de la independencia personal. Movidas por un afecto que no conoce límites, tienen la virtud de saberse querer sin hacer nada a cambio. Su forma de suministrar cariño y compasión es el mejor modelo a seguir para alcanzar la bondad en las relaciones humanas. Muy pocos se acuerdan de la labor impagable que realizan. Para su felicidad, sin embargo, es necesario convencerlas de que necesitan liberarse de nosotros, hombres modernos y en definitiva poco preparados para la generosidad.

(Para Carmen y Emilia, una magnífica representación del gremio)

Amadú

Ya no es solo la imagen de un hombre de color, apenas sin voz reconocible, que se acerca a nosotros desde de un mundo casi imaginario y clandestino. No es ese alguien sin nombre que recorre kilómetros de ciudad para ofrecernos mercancías al otro margen de la ley. No es ese inmigrante sin historias personales que hablan de un lugar muy lejano donde la justicia no pasa de ser un sueño. Amadú tiene al fin nombre propio, un nombre que suena a humanidad a golpe de martillo y sufrimiento. Un nombre tan distinto al nuestro, y sin embargo tan cercano cuando provoca la sonrisa de quienes, sin complejos, decidieron un día romper su silencio, superando estúpidas barreras marcadas por el tono de la piel o el signo de una civilización arcaica. Lleva en su nombre una música extraña que nos recuerda la materia prima del ser humano; Amadú forma parte ya de nosotros, como nosotros de él, en este paisaje cada vez más multicolor de hombres y mujeres que solo luchan por una existencia digna.

(Para Mari, Mercedes y esas otras aprendices de mujer que lo descubrieron felizmente un día)

Ángeles de la guarda

Llevan siglos haciéndolo sin el reconocimiento social que merece tanta generosidad. Sobre todo mujeres que de manera altruista dedican una parte de su vida a cuidar a nuestros mayores. Madres que asisten a abuelas cuando la edad resulta ya una condena implacable; hijas que velan por sus madres en esa enfermedad que las devuelve a una infancia mental irreversible. Personas en definitiva a las que no les duele el sacrificio porque tienen como lema la lealtad y el cariño. En una sociedad cada vez más envejecida su trabajo es inestimable; y sin embargo, parece increíble que todavía no reciban una mínima prestación por las noches de vigilia y la atención infinita que prestan a millones de personas dependientes. No podemos es-

perar que el cielo les otorgue esa recompensa. El hecho de que su filantropía les acerque a la condición angelical no debería ser obstáculo para que, desde la tierra, les demos solo algo de lo mucho que merecen.

La niña que vino de lejos

De nuestros colegios salen ahora niños que parecen ángeles de un mundo diferente. Pequeñas criaturas a veces de ojos rasgados, otras con el pelo rizado azabache o un rostro aceitunado que nos recuerda lugares remotos y extraños. Tan distintos en su historia, pero tan parecidos en el fondo, que acaban borrando las fronteras de lo nuestro. Esos niños con un toque especial de la fortuna por haber salido de un laberinto incierto, forman todavía un paisaje humano singular, aunque seguramente mañana se fundirá en nuestras calles, ofreciendo una pintura llena de tonalidades y colores variados en la piel de las generaciones que nos sucedan. Los hemos bautizado con los nombres de nuestra familia, acaso para borrar parte de su pasado más triste. Antonio, José o Elena, nos recordarán siempre el valor de la esperanza, y por qué no, también la capacidad que aún tenemos para generar humanidad sin pedir nada a cambio. Aunque la verdad es que tampoco resulta difícil con esa sonrisa tan dulce y la curiosa ternura de su mirada.

Marta y las sirenas

Ella es especial desde que nació; al igual que otros niños de mirada perdida que habitan en un mundo diferente al nuestro, en donde reina la inocencia y el silencio tiene forma de ternura. Las enciclopedias de medicina son incapaces de definir la extraña humanidad que destilan estos seres extraordinarios; establecen inútiles catálogos que hablan de síndromes o minusvalías, pero no alcanzan a descubrir las fantasías y la sensibilidad

que se esconde tras su sonrisa. En ellos el tiempo apenas pasará con el paso de los años; seguirán siendo los niños de ahora, con sus voces interiores y ese universo casi inalcanzable; un misterio que los hace vulnerables sin embargo al egoísmo de nuestra existencia de hombres y mujeres perfectos.

Este verano Marta bailaba con la sirenas en la orilla del mar. Era tan feliz que les cantaba canciones y jugaba a carreras por la arena. Todos sabíamos que ella siempre ganaba. A veces incluso nos daba un beso, de terciopelo y mudo, pero tan dulce que es imposible describirlo con palabras.

Muerte entre las flores

No es solo el título de una famosa película de gangsters. Hace unas semanas fue también la historia real de un joven que acabó víctima de sí mismo y posiblemente de una sociedad para él incomprensible. Era cuestión de tiempo, de poco tiempo en realidad, que su vida se extinguiera por una sobredosis de soledad inyectada en unas venas que apenas conocieron la ternura o la compasión. Acabó sus días entre las flores de un parque donde deambulaba desde pequeño con el rostro de un incipiente marginal sin ángel de la guarda. Como muchos otros niños inadaptados a las reglas sociales acabaría asaltando a sus propios compañeros de colegio en las esquinas de la ciudad. Su destino estaba ya escrito por unos dioses que dictaron para él una condena a muerte diferida en el tiempo. Es una forma triste, sin duda, la de morir cuando el esplendor de la vida está a la vuelta de la esquina, atrapado por un laberinto del que es imposible salir. Seguramente no hay culpables en esta historia, tampoco mitos que crear de la miseria humana. Al final todo queda en una anécdota más, en una inolvidable página de sucesos.

Mujeres de tierra

Existe una clase de mujeres que no aparece en los cuentos de hadas ni en las novelas románticas. Nadie las ha condecorado como heroínas oficiales de la comunidad, y sin embargo son verdaderamente revolucionarias en su condición de portadoras de una humanidad desbordante. En la sombra silenciosa y discreta de los líderes y poetas reconocidos, representan ese espejo en el que aquéllos necesitan reflejarse para guiar al resto del mundo. Ninguno de nosotros podría sobrevivir sin la fuente de generosidad que inspiran, porque sin duda son las mejores compañeras de viaje en esto que llaman vida. Sin ellas estamos perdidos y acabamos en los purgatorios de una sociedad absurdamente indolente. Son esas segundas madres que hemos perdido con el paso del tiempo; las amantes que nos regalan una pasión dulce y tranquila, la ternura que alimenta el espíritu para la lucha en estos días. Con una lealtad a prueba de nosotros mismos, estas mujeres saben a tierra húmeda, han echado raíces para siempre en el alma que un día les ofrecimos, sin saber entonces las primaveras que nos iban a regalar.

(Para TRS)

Náufragos

Viajan en la inmensidad del océano con la esperanza de llegar a un mundo donde dicen que la vida es mejor. Un éxodo inagotable de hombres de piel oscura atraviesan las aguas de nuestros mares, dispuestos a alcanzar una utopía que les haga más dignos. Resulta difícil entender su obcecación por pisar las playas que otros usan solo como pasatiempo de fin de semana. Quizás se trata de una reacción lógica frente a la miseria en todas sus formas. Seguramente merece la pena correr el riesgo por entrar en una civilización donde la pobreza ha sido desterrada por el consumo de las masas. Sin miedo a las tempestades y con un anhelo imposible de frenar, se embarcan en frágiles canoas que apenas resisten el peso de sus sueños. El

naufragio es solo una idea remota. Poco importa el peligro de morir perdido en el azul infinito, o ser derrotado por las olas a pocos metros de la costa. Para estos nuevos Ulises la travesía que comienza una noche estrellada representa la libertad que nunca tuvieron. Su valentía debería servirles de pasaporte.

Niña mora

Podemos imaginarla aquí y allá, en esta y en la otra orilla. Con sus ojos grandes que absorben la luz de un cielo único, sin parangón en las enciclopedias de geografía. Con un cabello negro y ondulado por la brisa de ese mar donde las fronteras todavía no están marcadas. Niña morena de tez clara que sonríe como una sirena enamorada de la vida. La veo en Nápoles vestida en vaqueros con un aire de doncella antigua; se la puede reconocer en las playas de Andalucía peinadas por el levante; la descubres en Tánger, paseando con otras amigas por el Bulevar Pasteur, burlándose discretamente de una sociedad de hombres que pretenden gobernar el mundo desde las terrazas de las cafeterías. Todas ellas son la señal inconfundible de una raza compartida, atesorada en esta tierra repartida entre civilizaciones envejecidas por siglos de convivencia y de distancia absurda. Todas pueden ser la misma mujer, esa niña mora que tiene nuestros apellidos y aparece en las fotografías de familia, la misma que llena con su aroma de azahar la primavera de tantos países hermanos.

Niños mayas

Caminan descalzos por los caminos de un país olvidado. Desde que apenas son destetados tienen que acompañar a sus madres en busca de leña y alimento. Niños mayas de Guatemala o del sur de México, para los que la vida será una aventura permanente contra la pobreza extrema. Pequeños en su estatu-

ra pero grandes y hermosos en la sonrisa que dibujan sus labios. Los mejores representantes de una humanidad perdida en el imperio de internet y el lujo innecesario. Tienen un ángel especial en su mirada, con la que desarman las distancias y rompen el silencio del forastero. Futuros campesinos de una tierra dominada por otros, cuentan al menos con una cultura que les hará siempre fuertes contra el poderoso. Resulta imposible no sentir por ellos la solidaridad y el afecto más puros. Pero no basta con los caramelos ni la limosna del turista afectado por la piedad. Para ser iguales a nosotros necesitan la oportunidad de una escuela y la comida básica para crecer sanos. Algo que en esta parte del planeta parece tan sencillo que apenas si le damos importancia. Aunque al otro lado de nuestro paraíso es el desafío cotidiano de estos niños, imposibles de olvidar.

Un buen juez

Siempre he pensado que el oficio de juez requiere de una vocación especial. La tarea de juzgar no resulta sencilla en absoluto. No solo por la complejidad técnica que supone aplicar un ordenamiento jurídico donde existen normas imperfectas y muchas veces ambiguas. Sobre todo, porque con frecuencia no resulta sencillo extraer de la realidad una solución basada en el valor de la justicia. Un buen juez debe reunir por tanto ambas condiciones. De un lado, una buena preparación jurídica, labrada a base de años de una formación que no concluye en toda en su vida profesional; de otra parte una actitud especial ante la responsabilidad que le incumbe. En sus decisiones están en juego los derechos de los ciudadanos, desde los intereses materiales a la libertad o la dignidad. Una sentencia judicial decide sobre lo que conviene a los niños cuando el matrimonio fracasa, resuelve el conflicto con el prójimo más cercano, puede determinar el futuro de nuestras vidas. Existen razones por tanto para congratularnos cuando en nuestros tribunales tenemos a un Juez con estas cualidades. Un Magistrado honesto y justo, dotado de una fina intuición para buscar la verdad en

los hechos, exigente con la imparcialidad y jurista como pocos. Desde los viejos tiempos de la Facultad de Derecho ha sido un amigo sincero; hoy es además un buen juez, en definitiva un privilegio para nosotros.

(Para José Requena, como felicitación por su nombramiento como Presidente de la Audiencia Provincial de Granada)

Vendedores de negro

Forman ya parte del paisaje humano de nuestras ciudades. Incluso podríamos reconocer a aquellos que se ganan la vida en el barrio, vendiendo una mercancía que rompe todos los moldes legales, pero al menos les permite sobrevivir en este falso paraíso que soñaban. Los expertos lo llaman fenómeno actual de las sociedades del primer mundo, aunque en realidad no son más que la consecuencia inevitable de la injusticia y la desigualdad de este planeta. Han llegado, seguramente, de cruzar mares infinitos donde algunos de ellos desaparecen para siempre, engullidos por las tempestades o perdidos sin rumbo por los senderos invisibles del océano. Su naufragio continúa aquí, cuando los observamos en una búsqueda incesante de algo de dignidad, hombres de color que se acercan con una misteriosa cortesía y prudencia para ofrecernos una música que ellos han dejado seguramente olvidada en la travesía de aquel desierto azul.

Mujeres para la historia

Todavía existen en una época donde la preocupación por la paridad se ha convertido en la regla de lo cultural y políticamente correcto. Me refiero a esas mujeres extraordinariamente enérgicas que combaten un destino absurdo, y a veces cruel, que ha dictado para ellas una vida sin complacencias. Las conocíamos por las historias de nuestras abuelas, habitantes de

un siglo que las consumió en una posguerra llena de desventuras y privaciones. Y sin embargo, forman aún parte de nuestro presente más cercano. Mujeres que se crecen contra las dificultades, que crían familias enteras únicamente con su trabajo, que poseen una fuerza de voluntad solo al alcance de titanes. Seres dignos de envidia, de una buena envidia por intentar emular su capacidad de sacrificio. Nada tienen que ver con aquellas otras que solo quieren parecerse al icono que se vende en los mercados. Hay que descubrirse ante este género de mujer. No hemos visto aún un monumento en nuestras ciudades a su tremenda humanidad. Algunas llevan mucho tiempo conviviendo con monstruos, esas son las que más nos necesitan.

(Para MariÁngeles)

Viaje de estudios

La juventud es una buena época para la aventura, una edad propicia para el ensayo de experiencias y el ejercicio de una libertad sin cortapisas. Por lo que cuentan los más viejos, la primavera enciende los motores de la pasión, como una fiebre colectiva que hace estragos entre los adolescentes. Todo este cóctel de emociones incontenibles y deseos de emancipación se concentran en la primera salida de casa sin el principio de autoridad a las espaldas. Se les ve con la felicidad en la comisura de los labios, disfrutando de un compañerismo posiblemente único e irrepetible, con la ansiedad de comerse la vida. Es seguramente su primer viaje al mundo en solitario. Apenas tienen importancia los monumentos y la historia que van a visitar, frente a la emoción de sentirse por unos días dueños de un destino sin escribir. Aunque el pasado todavía no existe para ellos, dentro de unos años lo contarán con un cierto sabor de nostalgia, porque quedarán para siempre en las pupilas de su memoria aquellas imágenes, cuando la juventud era un sorbo de éxtasis y las ciudades apenas si tenían nombre propio.

El buen funcionario

A veces detrás de la ventanilla se nos despide con algo muy distinto al “vuelva Usted mañana”. Observamos entonces al funcionario que nos atiende y comprobamos que no existe con él relación alguna de consanguinidad; tampoco forma parte del círculo de amigos y conocidos. Y sin embargo, le tenemos ya un afecto especial por habernos tratado simplemente como ciudadanos. Esta situación no debería crear perplejidad alguna en esa especie que llaman “el administrador”. A fin de cuentas los trabajadores de lo público están para servir a esa misma gente que paga sus salarios. Por desgracia, me parece —aunque de verdad me gustaría equivocarme— que son una minoría. Eso sí, cuando tropiezas con un “buen funcionario” hay que descubrirse cuando intenta resolver nuestros problemas burocráticos, en lugar de crearlos con interpretaciones puntillosas de las normas; o bien al cuidar los jardines y las fuentes de nuestras ciudades de los vándalos que los acechan; al darnos un poco de afecto en los hospitales, o dedicación a nuestros hijos en las escuelas. Tan mal remunerados, y sin embargo tan importantes para la felicidad de un pueblo.

El mejor amigo

Tiene dos piernas y la paciencia para perdonar nuestras debilidades y cobardías. Conserva hasta el fin de los días la lealtad necesaria para hacer frente a los adversarios y las inclemencias negativas de la vida. Tiene la más absoluta confianza para cuidar de nuestra familia en las ausencias y enfermedades. Es el hermano que hemos ganado a base de experiencias convividas durante una juventud casi gloriosa. Sus errores duelen pero no causan daños irreparables. El miedo a la traición es inimaginable; algo que no tiene precio. El día en que nuestro mejor amigo tenga cuatro patas significará que habremos arrojado la toalla, que habremos sido derrotados definitivamente por la soledad de los años. Para ganar ese pulso contra lo que parece

inevitable resultan imprescindibles los amigos; no cualesquiera de ellos, sino los mejores, los que están dispuestos a hacernos compañía incondicionalmente durante el resto de nuestra existencia. Con ello es suficiente en esta vida de perros.

Fauna urbana (los abandonados)

Me refiero a la de cuatro patas y no a la que, con solo dos, le basta y sobra para arrasar el mobiliario de una ciudad durante los fines de semana. Quiero decir esa fauna que sobrevive entre el asfalto y el humo, acampando en los locales vacíos o los solares abandonados; un animalario singular que toma posesión, sin permiso de la autoridad humana competente, de un espacio donde desde hace siglos está reservado el derecho de admisión. Quizás con el recuerdo en sus genes de un pasado natural cada vez más remoto, estas criaturas se aventuran a compartir su existencia con nosotros, forman parte del decorado de nuestros barrios, poseen seguramente una historia propia de perros abandonados o gatos que dejaron de ser el juguete de navidad. Tienen en común un inevitable recelo hacia aquellos, ingratos e insensibles, que los condenaron para siempre al olvido. La ciudad está llena de estas formas de vida ajenas a eso que llaman progreso, e incluso civilización. Aunque por fortuna también aparecen, a veces, como postales nostálgicas de una infancia perdida, hombres montados en animales de otro tiempo, que nos despiertan la memoria de quienes en realidad nunca hemos dejado de ser.

Viejos en el limbo

Se dice popularmente de los justos, aunque también habría que incluir en él a todos los pecadores que deambulamos por la tierra intentando buscar explicaciones a lo inexplicable. Pero hay limbos sociales que resultan más difíciles de digerir, sobre

todo cuando afectan a tanta gente en los últimos años de su vida, cuando las enfermedades crónicas son el sello de identidad personal y el incordio a los familiares se convierte en la pauta dominante de una existencia venida a menos. Entonces se produce una suerte de exportación de seres humanos a lugares que intentan paliar el dolor físico y la angustia de la soledad. El problema es que estas residencias parecen cada vez más guetos de una nueva casta de intocables. Por prosaicos motivos urbanísticos o razones económicas sin peso moral, alejamos a nuestros viejos de todo lo que representa la juventud aún no perdida; los colocamos a una distancia imposible de una ciudad donde se respira la vitalidad que aún necesitan; un poco antes de pasar al otro lado de la Laguna Estigia.

Los independientes

Se dice de esa raza de audaces que no temen decir lo que piensan; que defienden el sentido común a riesgo de indisponerse contra quienes ostentan el poder de mando de nuestra vida cotidiana; los mismos que asumen sus responsabilidades y dimiten para ser coherentes consigo mismos y sus ideales; aquellos —por desgracia, escasos— representantes del género humano que no practican las filias ideológicas o de grupo a costa de ocultar la simple realidad de los hechos. Conviene no obstante distinguirlos de aquellos otros sedicentes o falsos independientes de escaparate; los que solo lo son de cara a la galería complaciente, o que llevan ese signo de distinción en su tarjeta de visita. Un independiente auténtico es aquel que nunca se siente neutral ante la injusticia, que se rebela contra las comuniones impuestas, el hombre o mujer que no se proponen más que la libertad de sí mismos, es decir, probablemente el mismo sueño donde comienza la libertad de todos.

Los informáticos

Una nueva raza de hombres dirige desde hace poco los designios de nuestra existencia. Su poder es inconmensurable y, sin embargo, probablemente ellos no son conscientes de que una parte de nuestra felicidad depende de ellos. Sin insignias especiales, su aspecto es muy similar al del vecino de enfrente, llevan los niños al colegio o hacen la compra en el mismo supermercado que nosotros. No hay un estigma que los haga reconocibles a simple vista; léase un dedo meñique demasiado rígido o una mirada casi asesina cuando se le pregunta la hora que es. La única forma de saber que pertenecen a esta clase de nuevos poderosos es el lenguaje que emplean para comunicarse. Porque no hablan en cristiano, sino en un idioma totalmente misterioso, repleto de contraseñas y extrañas claves que resultan incomprensibles para el resto de los mortales. Aunque a veces nos sonríen, quizás con algo de lástima por nuestra ignorancia, cuando les pedimos socorro por ese ordenador que ya no funciona o un disco duro que se ha vuelto loco.

Muñecas (y muñecos) de plástico

La belleza del ser humano no es cuestión de silicona. Está a la orden del día, sin embargo, el empeño absurdo de mujeres, y de hombres por qué no, para negarse a sí mismos el natural paso del tiempo en sus cuerpos y rostros. Por ello buscan fórmulas mágicas que al final en nada mejoran la imagen de madurez que cada uno debería presentar al mundo. Se inyectan sustancias y gelatinas para dar la talla de una juventud perdida sin remedio; se operan para retirar aquello que casi siempre es producto solo de una pereza genética o ambiental; se estiran la piel hasta el límite de lo imposible. El resultado es una especie de muñecas de plástico que se repite casi industrialmente en las caras de famosas, todas ellas con la misma sonrisa trasplantada, perpetua y insustancial, con la que —estoy casi seguro— no podrán reconocerse en el espejo del baño cada mañana, donde

por el contrario sí que quedará constancia de la estupidez humana, esa que no es posible ocultar con *liftings* o estiramientos faciales.

Voluntarios

Son hombres que parecen hechos de una raza diferente. No es fácil reconocerlos a simple vista, ya que prefieren vestir el traje de faena para repartir solidaridad y aliento allí donde más se necesita. Parecen tipos normales, vecinos nuestros o conocidos de conocidos; pero tienen una marca inconfundible en su corazón que los hace irrepetibles. En su mayoría son muy jóvenes; este es un dato que debería ser analizado por los augures más pesimistas. Algunos incluso ejercen de abuelos o pensionistas que nos guían por monumentos o museos hacia la experiencia que dan los años. Los hay decididos que se van a hacer las Américas con una bata de médico; los hay también valientes que se enfrentan al lodo y los alquitranes de todos los océanos con una lección imborrable de generosidad. Son ellos quienes deberían encargarse de liderar nuestras vidas, mucho antes que los adocenados o los trepadores de la ambición egoísta. Porque, en definitiva, tienen el encargo de garantizar ese valor en principio innato que se llama humanidad.

En la memoria

Quedará siempre en la memoria de aquellos jóvenes a los que entrenó en el Club de Baloncesto de Jaén, ante todo como una buena persona, preparada en todo momento para apuntalar el espíritu ante las derrotas, o compartir generosamente la alegría de la victoria. Era con facilidad el colega imprescindible, el antídoto perfecto contra los nervios que surgen más allá de la cancha, el hombro perfecto donde reposar las incertidumbres de los adolescentes con quienes compartió una etapa

inolvidable de su vida. En suma, alguien en el que se puede reconocer la sencillez más generosa. Seguramente en todas las familias hay historias truncadas por un destino extraño e incomprensible, donde queda un dolor profundo por una ausencia de verdad irreparable. En estos casos, quizás la única forma de aliviar algo la pena y superar la fatalidad absurda sea compartir aquellos recuerdos que quedan en nosotros y mantienen vivo a quien por su calidad humana los merece.

En recuerdo de Andrés J.C.

LA RAZÓN Y LA POLÍTICA



Etiquetado constitucional

No se puede dividir la sociedad española con el etiquetado de la Constitución. Constitucionalistas somos todos aquellos que aceptamos las reglas de juego de la democracia; también cuando se defiende o se rechaza una reforma de la Constitución. La fidelidad constitucional no se mide por el número de mítines organizados para lucir banderas nacionales, mientras se lanzan mensajes que demonizan al adversario político. La lealtad a la Constitución nunca ha sido ni será patrimonio de un partido político. En absoluto resulta admisible apropiarse de la Constitución a la búsqueda solo de rendimientos electorales. Quienes reclaman hoy tras las pancartas el respeto a la Constitución parecen olvidar que esa misma Constitución proclama la igualdad en toda su expresión, social y económica, y permitió en su día el divorcio o algunos supuestos de aborto. Claro que entonces las concentraciones y las manifestaciones se promovían para rechazar esos cambios que exigía o autorizaba nuestra norma fundamental. La única etiqueta constitucional válida es aquélla que utilizan los que aspiran a la paz y la tolerancia, en un marco de libertades y derechos sin afiliación ideológica.

A pie de obra

A la legión habitual de pensionistas que ejercen una permanente inspección ocular sobre las obras de la ciudad, se añade

ahora otra no menor de hombres y mujeres todavía en edad laboral, últimos derrotados por esta inmensa crisis que algunos pronostican casi imperecedera. En los espacios comunes donde antes se relataban historias personales en color sepia, hoy se empiezan a reconocer también los rostros de quienes solo tienen un futuro indefinido por delante. Los que hasta hace poco eran el objeto de las miradas de espontáneos examinadores, se encuentran ahora al otro lado junto a los profesionales de una jubilación muchas veces anticipada a la fuerza. Sin respeto alguno por la condición social ni la edad de sus víctimas, ese fantasma innombrable, y sin fecha de caducidad, va señalando cada día a una muchedumbre de damnificados, dispuestos a engrosar las estadísticas que luego se arrojan como armas afiladas en los púlpitos de la política. Aunque parecen invisibles a simple vista, todos ellos deberían estar en nuestros pensamientos más fraternales y solidarios.

Abortistas, fariseos y cobardes

Hay demasiada hipocresía en torno al problema del aborto en España. Muchos que se rasgan las vestiduras con la Biblia en una mano, pero luego son demasiado comprensivos cuando les toca sufrir en carne propia el problema de una hija adolescente embarazada. Existe también una cobardía política, cruel e injusta, en los que no quieren arriesgar resultados electorales con propuestas legislativas necesarias y, al final, seguramente inevitables. Luego están los y las que hacen del aborto una cuestión ideológica o de principios, en el fondo tan sexistas como aquellos que critican. En medio de tanto hipócrita y cobarde se encuentra esa enorme cantidad de mujeres que acuden, todavía con el miedo en el cuerpo y una maternidad no deseada, a clínicas privadas donde unos médicos —quizás algunos de ellos objetores o trabajadores de la seguridad social— deciden con total impunidad sobre el futuro de una vida marcada ya para siempre por un destino roto.

Aire puro

A veces una ley puede cambiar la sociedad. No es frecuente desde luego, pero ocurre cuando el legislador, ese en quien depositamos cada poco tiempo nuestras esperanzas, toma una decisión valiente que sabe de antemano rechazada por una parte de aquélla. Y llegó por fin, apenas iniciado el año nuevo, una prohibición general que nos afecta a todos. Sin duda beneficiosamente porque la calidad de vida de los ciudadanos de este país sube algunos puntos. Por obra y gracias de la obligación de respetar a quien no fuma en esos espacios compartidos que no son patrimonio de nadie. Pero no se trata de la imposición de la mayoría, los no fumadores, sobre una minoría que decide voluntariamente perjudicar gravemente su propia salud —y no es solo un tópico publicitario— y de paso también la de sus vecinos, sus amigos, o lo que es más grave, la de sus propios hijos. No echaré de menos la escena de entrar en un bar y respirar un humo molesto y sobre todo dañino. Hoy el aire allí no tiene color ni sabe a demonios.

Banderitas

Todavía queda margen para el desconcierto. Aún es posible alucinar con lo que pasa en la vida política de este país, cuando algunos reivindican el patrimonio exclusivo de los símbolos nacionales. No hace falta decir de quién se trata, porque se dedican a vanagloriarse públicamente de su condición de patriotas de primera; simplemente porque están dispuestos a airear su condición de devotos monárquicos de última hora, o colocarse en la solapa de la chaqueta la insignia de un Estado que es de todos, incluso de los que defienden el sueño republicano o no se sienten cómodos con tanta parafernalia nacionalista. Es tan absurdo como irresponsable intentar dividir a la sociedad entre auténticos españoles y esos fulanos semiapátridas que no les gusta asistir ni participar en los desfiles; cuando el verdadero patriotismo reside en asumir nuestra cuota de responsa-

bilidad individual para crear una sociedad más justa, racional e igualitaria.

Clase de idiomas

La sonrisa se traza en los labios del pueblo cuando escucha hablar a sus Presidentes en una lengua que no es la suya. En esto no hay color político; de derecha a izquierda, los líderes que nos representan hacen gala en público de un nivel bastante deficiente en el uso de otros idiomas. No falta tampoco quien, por su amistad pregonada con los grandes estadistas mundiales, se atreven a balbucear en conferencias un inglés de andar por casa. No sabemos qué pensarán los altos dignatarios de otros países cuando platiquen en la sobremesa con nuestros jefes de gobierno, cuando nuestros ministros tengan que quedar para el día siguiente en los encuentros internacionales. En un mundo globalizado como al actual, estar en condiciones de hablar otro idioma debería ser también un requisito para integrar las listas electorales; sin que quepan aquí “cremalleras” de salvación para los inadaptados. Más que una cuestión de marketing, representa un valor añadido en la tarjeta de presentación de quien es profesional de la política. Pero en honor a la verdad, y no es complacencia, antes del próximo chiste deberíamos usar la ironía con nosotros mismos. A fin de cuentas la mayor parte de la clase política pertenece a esas generaciones de españoles que contemplábamos aún Europa a larga distancia. Su ignorancia en todo caso es la misma que la nuestra, algo irremediable, quizás, sin unas buenas clases de idiomas.

Curso político

Septiembre marca un tiempo especial para los proyectos de futuro. No solo los niños tienen que asumir de nuevo su condición de escolares. También es un buen momento para echar la

vista adelante los que tenemos la condición de ciudadanos de pleno derecho. Y es que este nuevo curso político no va a estar exento de emociones referendarias y electorales. En primer lugar, la consulta popular sobre el nuevo Estatuto andaluz; más tarde, las elecciones municipales. Estos acontecimientos anticipan inevitablemente un doble tipo de exámenes. De un lado, sería deseable que nuestra clase política superase el listón mínimo de la dignidad como representantes del pueblo. Lo tiene difícil desde luego porque en el curso pasado hubo demasiadas lecciones de insultos y frivolidad. Pero no olvidemos que ellos no son más que la prolongación política de nosotros mismos. En este sentido, tendremos dos buenas oportunidades para demostrar, con nuestro voto, que hemos alcanzado una mayoría de edad, y somos algo más que los pasivos destinatarios de la demagogia fácil.

De tripulaciones y barcos

A pesar de todo siguen existiendo diferencias, no solo de contenido, sino también en el estilo de hacer política. Afortunadamente, los ciudadanos podemos escoger todavía entre "tripulaciones y barcos". La expresión nos sitúa, quizás, en un clásico escenario de piratería, representado siempre por personajes con escasa talla moral. En ocasiones, sin embargo, hay proyectos de interés general para los que no cabe la ley corsaria. Nos referimos a aquellos objetivos que sirven para desarrollar una provincia; pongamos por caso, un museo internacional, un buen teatro, la conexión con el AVE. Aquí es donde se mide verdaderamente la responsabilidad de nuestra clase política. Con estas aspiraciones colectivas no sería aceptable tender puentes para el "abordaje" que mira solo al rédito electoral. Esos puentes se deben lanzar para llegar al consenso, a través de un pacto de lealtad institucional del que todos —políticos incluidos— saldremos beneficiados.

Delincuentes anónimos

En tiempos de crisis afloran como nunca esos ladrones que viven de lo ajeno y practican la especulación financiera como actividad profesional. No se les conoce con nombres propios ni dirección familiar donde se pueda presentar una queja por tanto latrocinio impune. Se les llama de manera eufemística “mercados” para ocultar su verdadera naturaleza. Aunque parezcan una simple sombra de lo que son, tienen una eficacia demoledora para arrastrar hacia el precipicio la economía de los países, y con ello la esperanza de una vida digna de sus habitantes. Por ahora no hay Código Penal que se les resista, ni escrúpulos que los detengan. Su Biblia debe ser la ganancia inconfesable a costa del hambre en el mundo o la destrucción del planeta. El caso es que esos “mercados” deben tener nombre y apellidos, vivir en palacios o viajar en *jet* particular. Tienen que ser reconocibles por la sociedad. Ojalá fuera así; al menos para que se les pueda exigir la vergüenza de la que carecen y la responsabilidad por la ruina a que nos están conduciendo.

Democracia municipal

En la línea de salida de las elecciones locales se concentran los candidatos a alcaldes que quieren regir nuestras ciudades. Las hostilidades dialécticas han empezado a encontrar amplio eco en los medios de comunicación. Ahora no hay tregua posible para escenarios de consenso. Es el momento de hacer valer la capacidad y el atractivo de los líderes seleccionados por los partidos. Aparte de los índices carismáticos, que por regla general no parecen excesivos en ninguno de los “nominados”, conviene recordar lo que está verdaderamente en juego. Es en esta dimensión municipal donde se mide la calidad de nuestra vida cotidiana; en cuestiones tan cercanas y a la orden del día como los atascos de tráfico, el ruido y la limpieza de las calles, o simplemente ese derecho elemental a pasear bajo la sombra de los árboles. Por eso no caben actitudes pasivas ni excusas

injustificables para la abstención. Necesitamos conocer a fondo los programas; saber cómo quieren resolver los pequeños problemas que determinan, sin embargo, parcelas importantes de nuestro bienestar como ciudadanos.

Derecho de opinión

La imaginación al poder y, si no llega, al menos a la oposición; ésta podría ser la consigna que inspirase a los líderes del partido que ocupa en cada legislatura la segunda posición política. La tiene sin duda, aparte de un notable grado de insensatez, cuando decide convocar una consulta popular para pedir nuestra opinión. Con una pregunta que todos —salvo una contada minoría— estaríamos dispuestos a responder afirmativamente, si no fuera porque nuestra respuesta se utilizaría sin duda con fines partidistas o puramente electoralistas. Lo peor es que con esa iniciativa se pretende dar una lección de lealtad constitucional, aunque sea rompiendo las reglas de juego del sistema democrático implantado por la propia Constitución. Quizás esto explica que algún déspota nada ilustrado, de pasado golpista, se haya sumado rápidamente a quienes apoyan el singular referéndum. Mala señal en estos tiempos en que se pone tanto empeño para deslegitimar precisamente a quien mejor representa nuestra opinión como pueblo; me refiero por supuesto al Parlamento.

Derechos en rebajas (2011)

Se ha producido ya el cambio anunciado, aunque todavía no del todo las consecuencias previsibles que se ocultaron antes de las urnas. En todo caso, resulta incuestionable que la ciudadanía haya hecho una apuesta mayoritaria y sin condiciones por otro estilo de gobierno y unos líderes políticos de nuevo cuño. Pero aparte de fullерías electorales y vaguedad premedi-

tada en las palabras de los líderes de la nación, lo cierto es que se abre un tiempo en que hablar de derechos puede resultar políticamente incorrecto. Ciertamente que en momentos de crisis la responsabilidad y el sentido del deber tienen que ser la señal de identidad imprescindible para todos nosotros. Sin embargo, no ha sido fácil la conquista, histórica y contemporánea, de muchos derechos que ahora se exponen en las vitrinas de los mercados a precio de saldo; como para renunciar ahora, y sin oposición alguna, al precio de nuestra libertad. Sobre todo de aquella libertad con la que intentamos ser iguales en oportunidades y esperanzas para el futuro.

Desafección política

Esta empieza a ser la palabra clave que lo explica casi todo. Dicen los sondeos, esa nueva biblia de la sociedad de la comunicación, que en este país son ya multitud los ciudadanos que practican el escepticismo ante la vida política y sus actores de opereta. La llave que conduce a este misterioso desencanto no es otra que el cansancio por tanto profesional de la vida pública apoltronado en los pedestales del poder, así como la incompreensión también por ese oportunismo irresponsable de una oposición que quiere obtener aquél a cualquier precio. El antídoto contra tanta indiferencia puede ser, en efecto, la renovación. Bonita palabra mágica que, sin embargo, debería ser cierta para poder convencer a propios y ajenos. Porque renovar implica construir nuevos puentes a la ciudadanía, abandonando las inercias que han convertido después de tanto tiempo a la Administración en el rehén y patrimonio exclusivo de un partido. Renovar significa un verdadero cambio generacional, de hombres y de sentimientos, dispuestos a hacer de la política un servicio temporal y desinteresado a la sociedad.

Declaracion de intenciones

Un buen amigo me invita siempre a prescindir de la moderación cuando escriba sobre el cretinismo político y social. Quizás sea un buen consejo para empezar el año. Quizás, en efecto, no se pueden tener contemplaciones con lo que nos parece injusto o arbitrario. Posiblemente tenga que afilar la pluma para elevar la crítica que merece tanto hipócrita que hace de la libertad o la igualdad solo un slogan de campaña. No se merecen mucho más los que llenan su boca de grandes valores religiosos pero no los practican en su vida privada. Ya está bien de complacencias en plena democracia con los “comisarios del poder”. Ha llegado la hora de destapar el cinismo indecente, la irresponsabilidad con aspiraciones de gobierno, el victimismo inmoral de quienes manipulan a las víctimas de una tragedia nacional, de tanta semántica absurda con la que se pretende defender los derechos de la mujer, de la intransigencia colectiva y latente contra el extranjero. Buenos propósitos, en fin, para seguir en las trincheras.

Después de ayer

O lo que es lo mismo, a partir de hoy, debería empezar una nueva etapa en la todavía corta vida política e institucional de Andalucía. Se acaba, por fin, el tiempo de los discursos, tan utópicos y simplistas, y empieza la hora de la verdad. Me refiero al momento en que hay que ponerse el mono de trabajo para que las promesas estatutarias no acaben en el cajón de los burócratas o, como moneda de cambio, en el bolsillo de unos políticos tantas veces irresponsables. El Estatuto de Autonomía no representa la panacea que remedia todos los males de nuestra sociedad. Aun cuando se harten de decirlo, ninguna norma jurídica, por muy fundamental que sea, puede obrar milagros. Estamos hablando de una aspiración, real y no quimérica, por conseguir el progreso que otros ya tienen. En efecto, se ha avanzado mucho desde aquellos no tan felices años ochenta;

pero aún hay bastantes cosas hechas a medias, sin la solidez y la seriedad necesarias que marca, ahora con rotundidad, el nuevo Estatuto andaluz.

División de opiniones

La teoría de las dos Españas parece estar cada vez más presente en la vida política de nuestro país. Un paso atrás sin duda, pero especialmente grave cuando trasciende y se proyecta sobre el conjunto de la ciudadanía. Los motivos de la discordia ya no son exclusivamente deportivos. La sociedad española no está únicamente dividida entre “merengues” y “culés”; bendita fractura futbolística a la vista del panorama actual. Hoy, por desgracia, estamos asistiendo a la historia de siempre, la que separa al país en dos facciones ideológicas, sin posibilidad alguna de concitar los consensos necesarios que exige cualquier democracia moderna. Los medios de comunicación, según la afinidad partidista, contribuyen a convencer de la maldad sistemática del contrario. En definitiva, tenemos la impresión de vivir en un país totalmente distinto al que se observa desde la otra acera política. Los bandos han alcanzado a las relaciones familiares, imponiendo la ley de las barricadas. Como no soy neutral, tengo claro quiénes son más responsables que otros.

Dulce derrota

No deja de ser paradójico que los vencedores en las últimas elecciones se sientan derrotados, a pesar de lo histórico —como dicen— de su victoria. Tampoco es normal que los derrotados reflejen en sus rostros la alegría inmensa por haberse salvado del precipicio que auguraban, como siempre erróneamente, las encuestas. Esta felicidad no puede, sin embargo, obviar la defección y alejamiento de su electorado natural. Mala estrategia sería ahora practicar la autocomplacencia, eludiendo el signi-

ficado real de esta derrota. Ha llegado el momento de asumir la imperiosa necesidad de transformarse en verdadera alternativa de sí mismos, o al menos de quienes han llevado al socialismo andaluz a una posición también histórica de vencido. No hay más remedio que asumir un nuevo liderazgo social, como nuevas deben ser las políticas y la actitud contraria, de forma rotunda, al endémico clientelismo. Pero la lección de estas elecciones también debería servir a la propia sociedad andaluza para modificar algunos patrones de comportamiento colectivo que no son exclusivos de su clase política.

El dedo de Dios

El dedo de Dios está a punto de señalar a unos pocos para gobernar la felicidad de todos. Dentro de unos días ese poder casi omnipotente surgido tras la contienda electoral pondrá rostro a quienes serán responsables del bienestar de nuestras vidas durante los próximos cuatro años. Aún no han sido confirmados por el supremo Hacedor político pero aparecen ya en las quinielas de los medios de comunicación, mientras se propaga su nombre en las tertulias y los pronósticos de la opinión pública. Ciertamente viven momentos de tensión ante la perspectiva de no ser nombrados para un cargo de relieve en algún Ministerio o Consejería. Con las expectativas a flor de piel muestran su disposición a ser tocados por un Leviatán que los convertirá en elegidos para una gloria sin duda efímera. Esperan un destello que ilumine su camino hacia el palacio del gobierno, donde por fin podrán estar sentados a la diestra del poder. Es la historia de siempre, aunque el guión cambia democráticamente de autor.

El huevo de la serpiente

El peligro acecha mucho más cerca de lo que parece. Se hizo palpable hace poco en la cuna de las libertades. Por fortuna no triunfó en Francia ese virus de la democracia que tiene en el Lepenismo su mejor emisario; pero sin duda dejó en evidencia una seria enfermedad de la política y los políticos tradicionales. Aunque todavía más amenazador me parece el enorme ascenso popular de la extrema derecha en Holanda, tras un abominable atentado de quien había sido hasta entonces su líder y único activo electoral. Preocupa que bajo la apariencia de un educado radicalismo no se llegue a vislumbrar el riesgo de que acabe por triunfar un nuevo fundamentalismo ideológico. Por eso no podemos caer en la trampa de la autocomplacencia y proclamar que esto es problema de otros. La serpiente está posiblemente anidando entre nosotros; ya no solo en las compañías de esos nuevos guerreros que llevan el estandarte ultra como símbolo de batalla. La intolerancia habita quizás en nuestra propia casa y aún no hemos sido capaces de darnos cuenta.

El rostro de Fuenteovejuna

Por desgracia parece que este pueblo no está dispuesto a renunciar a una de sus tradiciones más antiguas. Desde hace siglos la ha practicado contra quienes la opinión pública, o simplemente una parte de ella, responsabiliza de los males de la sociedad. No es suficiente por lo visto que haya desaparecido el analfabetismo, ni que nos encontremos por fin dentro de una civilización democrática. En este país el uso del linchamiento colectivo sigue siendo una costumbre a la carta de los radicales y fundamentalistas. Porque no es necesario, en efecto, viajar a las montañas de Afganistán para reconocer el rostro de los intolerantes. Son los mismos que se esconden cobardemente entre una turba enfurecida, lista para el atropello moral o físico. Convencidos aún de la existencia de las dos Españas, insultan y agreden a una persona aprovechando el anonimato

que les ofrece una manifestación. Desde la ocultación que les proporciona la masa, carecen de sentido de la vergüenza. Estos agresores de la libertad viven entre nosotros, forman parte de nuestro vecindario; quizás un día seamos nosotros mismos. Se acercan tiempos difíciles en que se nos va a poner a prueba. Para conjurar el peligro hay recetas sencillas; como sacar a la luz esa otra parte del género humano que hace de la moderación responsable la mejor forma de defender los principios, reconociendo en el adversario político su parte de la verdad.

Electos

Acaban de recibir el mandato más importante de todos, con el que van a representar una ciudadanía dispuesta a confiar en su honestidad y eficacia. Les vamos a permitir ordenar ese espacio vital de lo público, definido por fronteras territoriales de pequeñas dimensiones, pero donde se ejercen de manera cotidiana nuestros derechos fundamentales; me refiero a esos derechos con los que se adquiere el verdadero sentimiento de libertad y se asegura la calidad de nuestras vidas. Aunque formalmente no se les haya dado un cuaderno de instrucciones con el que guiar su conducta moral y política, saben que todos estaremos pendientes de sus actos; para comprobar que, efectivamente, cumplen las promesas adquiridas con la comunidad que los elige. Su labor debe ser apasionante si tiene siempre en el interés general el principio que oriente sus decisiones. Sin embargo, hay tanta corrupción en nuestros municipios que el riesgo de fraude es inevitable. Quedan cuatro años por delante para comprobar la decencia de nuestros electos.

Espacios para la democracia

La verdadera libertad se mide también en aquella dimensión donde transcurre nuestra vida cotidiana. No es solo cues-

tión de programas políticos que propugnan una —hoy— necesaria regeneración democrática. Estoy convencido de que los derechos más elementales que nos corresponden como ciudadanos tienen su enemigo real en unos espacios mucho más triviales y comunes; allí donde desarrollamos nuestra actividad profesional o ponemos en práctica la convivencia familiar y social básica. Es este nivel micro de la biografía de cada uno de nosotros el que refleja con mayor veracidad la calidad de una Democracia. Las señas de identidad, por otro lado, son bastante evidentes: la tolerancia y el respeto hacia quien no opina igual, el trato basado en la dignidad y la consideración hacia los que ocupan una posición inferior, la libertad en definitiva para actuar sin el temor a represalías de ninguna clase. Parece fácil, y sin embargo quedan muchos escenarios sociales e institucionales en los que esos valores son aún la excepción. Hoy prefiero no nombrar ninguno.

Fobias territoriales

A veces, los ciudadanos no tenemos la clase política que nos merecemos. A veces, quienes nos representan pierden el norte y se afanan en diseñar quimeras imposibles para contentar a una minoría. Más allá del sentido común y lo razonable, nos presentan proyectos que dividen la sociedad. Conviene no obstante recordar —por si alguien se sentía ya exculpado— que la responsabilidad está tan repartida que su imputación es solo cuestión de grados. Unos han dado muestras de miopía gubernamental cuando no han sabido frenar lo que ahora ya es casi imparable. Otros se dedican a practicar el tiro al blanco desde los bancos de la oposición, pensando más en los beneficios electorales de este entuerto constitucional que en los efectos de su crispación sobre la convivencia pacífica. Desde luego la principal responsabilidad la tienen esos aprendices de brujo que practican la política en un territorio del Estado, embriagados por una dosis de egocentrismo nacionalista que —creo sinceramente— poco tiene que ver con las opiniones de la ma-

yoría de la gente que allí vive y que, en buena medida, sigue todavía formando parte de la historia familiar de emigrantes y exiliados económicos de una tierra olvidada. Lo peor es que, con sus errores, van a conseguir despertar un monstruo demasiado clásico en España, ese que tiene forma de fobia colectiva contra lo que llega del Norte.

Golfismo

Dentro de poco, la ardilla prehistórica y viajera que podía cruzar la piel de toro de punta a punta sin bajar de un árbol realizará esa extraña peregrinación saltando entre las banderas de cientos de campos de golf. Nuestro país se habrá convertido en una inmensa residencia de golfistas europeos; ricos jubilados que buscarán, junto a un cálido sol mediterráneo, verdes llanuras artificiales con las que superar la nostalgia de un paisaje familiar. Los españoles habrán creado buenas escuelas especializadas de recogepelotas y cadis para amenizar, con nuestra típica gracia sureña, esos largos recorridos entre hoyo y hoyo. En los colegios, los campos de fútbol desaparecerán y los niños jugarán a ser Severiano Ballesteros. El golf en fin se habrá convertido en deporte nacional. No se trata de una ironía soñada sino de una posibilidad cierta a corto plazo si alguien no pone antes remedio; alguien con el poder político y la voluntad necesaria —por desgracia todavía no es así— para evitar que el medio ambiente y la naturaleza esté, como casi siempre, en manos de unos especuladores.

Guerra de niños (Irak y la inocencia)

Como a nosotros, esta guerra los tiene confundidos. Andan algo perdidos intentando descifrar un código moral que otros decidieron ya enterrar entre sofisticadas bombas de precisión. Han llegado a identificar a los actores principales del reparto,

pero no saben distinguir exactamente quiénes son los buenos y quiénes, los malos de esta película extraña. Preguntan lo que todos nos preguntamos, es decir, el porqué de las batallas, el para qué de la lucha contra un país definido hoy por el rostro apenado de otros niños en medio de la devastación. Al igual que nosotros, no comprenden muy bien el sentido de las estrategias ni las razones insensatas de la política. Llevan días debatiendo pacíficamente en clase entre recortes de periódico. En su imaginación, la solución sería tan sencilla como poner frente a frente a los señores de la guerra, para que se suiciden si así lo desean, porque, a fin de cuentas, son únicamente ellos, y no los pueblos, los verdaderos responsables de ese Absurdo, con mayúsculas, que no debería siquiera tener un nombre en los diccionarios.

Hacer los deberes

Después de tanto predicar con el mal ejemplo de los otros y el bueno propio, ha llegado el momento de demostrar lo que tenían de cierto las promesas electorales de quienes han vencido en la contienda. En el escenario de la política, donde diferentes actores se van turnando en la representación de los mismos papeles, la hora de la verdad comienza cuando se ocupa el asiento todavía caliente de los predecesores en el cargo. Entonces quizás se produce el vértigo de la duda y el temor a que un día no muy lejano haya que rendir cuentas de lo que no se ha hecho. Aunque, probablemente, quienes han alcanzado la meta tan anhelada del poder ahora se encuentran lamiendo la miel de la victoria, disfrutando del instante sublime de saberse ganadores; quizás sin ser conscientes del todo de la responsabilidad que tienen en sus manos. Porque detrás del slogan y la propaganda residen los sueños y las esperanzas de los ciudadanos; en definitiva, esa felicidad colectiva que se construye únicamente con la responsabilidad de quien nos representa.

La bola de cristal

Anuncia ahora el Gobierno lo que estaba escrito pero nadie se atrevía de contar. Es fácil ahora, después de haber derrotado por goleada a quien ya es principal oposición, sin haber explicado a aquellos ingenuos ciudadanos entonces lo que ya sabía de antemano. A no ser que además de poner cara de tontos, lo seamos de verdad para creer que la dirección política del partido gobernante no conocía ya esto del déficit, con más razón aún si una parte importante del mismo lo habían cocinado en sus propias casas autonómicas. Y lo peor es que la poción mágica que proponen encierra una contradicción difícil de superar con un poco de sentido común. O sea, que hay que eliminar los derechos de los trabajadores y crear más paro para que éste disminuya; o que hay que recortar en bienestar de la sociedad y llegar a la recesión para que desde el fondo del abismo podamos crecer al fin. Debe ser que en las cavernas de palacio las meigas y los brujos del poder han comprado una bola de cristal donde no se ve la pura realidad de los hechos.

La crisis y el síndrome

Debemos estar en crisis a la vista de las estadísticas con que nos amenazan los sabios de la economía. Quizás no tanto, sino más bien lo contrario, cuando se anuncian —aunque no a bombo y platillo, por disimular la vergüenza— las cifras de ganancias de algunos banqueros; digámoslo así, sin nombres y apellidos, pero sabemos que tras los dividendos se esconde el botín de unos pocos, en absoluto afectados por la inflación y las galopadas del petróleo. En fin, esto forma parte de la injusticia de nuestro amado Mercado, dueño y señor de nuestras vidas, y, por supuesto, también de la hacienda particular. El caso es que a punto ya el disparo para la salida vacacional, preparados para ingresar de nuevo en la masa inagotable que invadirá carreteras, playas y el resto del universo, este año, sin embargo, llevaremos con nosotros un viajero nuevo. Sentado en la playa

junto a nosotros o paseando por ese campo ya no tan solitario, un algo en forma de síndrome enojoso y pegadizo nos recordará los despilfarros excesivos de otros tiempos, aquellas épocas en que todos éramos ingenuas cigarras de un cuento feliz, con un final que estaba ahí mismo, al borde de la página siguiente.

La hora de los predicadores (campaña electoral, 2011)

Se acerca el momento en que la ciudadanía anónima depositará su voluntad en un pedazo de papel donde se contiene una buena parte de su soberanía y sus esperanzas. Pero hasta entonces sufriremos esa periódica invasión de predicadores y profetas mediáticos que anticipa el momento electoral definitivo. Sólo que esta vez las ofertas de unos y otros carecen de un mínimo de sinceridad. En un caso, porque no pueden convencer ahora cuando, durante cuatro años, solo han demostrado su inutilidad como líderes de una sociedad que hoy está al filo del abismo. Pero al otro lado se encuentran quienes añorando el poder no proponen hoy más que silencios cobardes para solucionar los problemas; una actitud que anticipa solo la incapacidad futura de los nuevos gobernantes. Apenas quedan, pues, márgenes para soñar lo imposible e imaginar que todavía quedará un espacio para la justicia social y la solidaridad, unos valores que en tiempos de crisis se venden ya en el mercadillo de la política, y a precio de saldo.

La otra mitad (fronteras nacionalistas)

La propuesta del Plan Ibarretxe merece ser rechazada por su inconstitucionalidad manifiesta y rotunda. No se trata solo de una reforma estatutaria; es el proyecto de un nacionalismo sectorio que pretende imponer un nuevo proceso constituyente al resto de los españoles, sin preocuparle los efectos perjudiciales que pueda tener en el País Vasco. A todas luces se puede ima-

ginar que ese Plan va a dividir profundamente una sociedad ya fragmentada y golpeada por el terrorismo. Precisamente ésta es —a mi juicio— la mayor preocupación que genera esa iniciativa política, absurda además porque intenta crear nuevas fronteras en un planeta cada vez más globalizado, donde el hombre acabará siendo ciudadano del mundo. Resulta fácil generalizar desde la distancia, haciendo partícipes a todos los vascos de algo que no comparte una gran parte de ellos mismos. Por ese motivo imagino la inquietud y el miedo en que está sumida ahora aquella otra sociedad vasca, la que no comparte el dogma de un nacionalismo fundamentalista. Pienso en los ciudadanos y ciudadanas que, sin renunciar a su identidad nacional, anteponen el pluralismo y la tolerancia al proyecto de una sociedad “unidimensional”, donde un día todos los vascos tendrán que comulgar cada domingo con la Biblia de un Sabino Arana. Esa otra mitad de la sociedad vasca necesita más que nunca de nuestra solidaridad.

Las cigarras y las crisis

Una vez más el cuento se hizo realidad, a pesar de los buenos augurios de quien anunciaba desde un gobierno miope que esto no iba con nosotros, que teníamos una economía sólida y una banca a prueba de convulsiones financieras. El invierno de la crisis nos ha cogido a este país cuando pensábamos que la vida era difícil solo para otros. Nosotros no necesitaríamos la ayuda de ninguna comunidad de hormigas trabajadoras; no era en absoluto negociable modificar el estilo de vida tan turístico que vendemos en los mercados del ocio. Excelentes cigarras y maestros en el saber vivir no éramos capaces de comprender que el frío estaba a la vuelta de la esquina, amenazándonos con recortes y colas en las oficinas del desempleo, dictando una ley férrea e inhumana contra los humildes y los jóvenes. Este cuento parece la historia permanente de un pueblo —y su clase política— que nunca ha aprendido a vivir con la seriedad y responsabilidad de otros, los mismos que quizás hoy nos mi-

ran desde lejos sin comprender la extraña felicidad de nuestra autocomplacencia.

Las otras víctimas

Me refiero a aquellas que todavía no lo saben, las que un día dentro de poco pueden estar en el punto de mira de las pistolas o convertirse en el blanco de una dinamita asesina. Por todos los que todavía no hemos sido víctimas pero estamos en la lista de un destino amargo habría que hacer algo. Con el respeto más absoluto por los que ya lo han sido directamente o en la carne de sus familiares, creo sinceramente que hay que trabajar por la paz. Por una paz sin condiciones ni concesiones políticas a los verdugos. La paz no se puede vender a ningún precio, ni se comercializa con ella para obtener rendimientos electorales. Sería indigno por parte de quien lo intentara. Pero también es cierto que todos los gobiernos de este país tienen la obligación de hacer algo por quienes vivimos aún al margen del sufrimiento. Deben convencer a esos maltratadores de la libertad de que no tienen nada que hacer, que su lucha es inútil frente a los demócratas. Si para lograr ese objetivo es necesario sentarse en una mesa, habrá que hacerlo a pesar de las vísceras y los sentimientos más humanos que nos despiertan las víctimas presentes. No se trata de negociar con la humillación recibida, sino de buscar una fórmula para acabar con la trinchera de la intolerancia. No me parece leal ni razonable entonces llamar éxito a la división de los representantes del pueblo. La mejor arma contra la crueldad injustificada sigue siendo la unidad de quienes, sin saberlo, ya somos parte de una lista de espera elaborada por los guardianes del terror.

Lealtad institucional

Seguiríamos en un estado de barbarie irracional si las relaciones humanas no se basaran en la buena fe. El hombre sería todavía una criatura salvaje que piensa solo en su propia subsistencia. La confianza mutua es esencial para la convivencia entre las personas. Pero una vez los hombres deciden vivir en sociedad, las instituciones y los representantes de esos ciudadanos deben actuar sobre la base de una mínima lealtad. Sin esta elemental regla de juego, ninguna democracia podría sobrevivir. Por eso, no podré entender nunca la agresión dialéctica que recibe un gobierno —éste o cualquiera de los anteriores y futuros— cuando fracasa en su política antiterrorista. Me parece desleal con el conjunto de los ciudadanos, que asistimos perplejos al triunfo del insulto sobre la sensatez, a la persecución de los que nunca serán verdugos; mientras imaginamos sonriendo por esta actitud indigna a los que sí practican el tiro al hombre o emplean bombas como moneda de un imposible diálogo.

Mareas negras

Los petroleros se deberían hundir en época de veda. Es necesario fijar un calendario de hundimientos, ajustado por fin a los compromisos cinegéticos de nuestras autoridades encargadas de la protección civil y las catástrofes marítimas. Se debería editar también un manual para echar las culpas —por si cuela— a antiguos gobiernos de los oponentes políticos; todo vale para lavar la mala conciencia por una incompetencia demostrada. Claro está, la culpabilidad se debería repartir en el espacio y en el tiempo, ya que no es exclusiva de los aludidos, sino también y mucho de una Europa “farisaica”, que dice estar preocupada por el medio ambiente, pero a continuación deja manos libres a sus principales agresores. Las imágenes de una playa manchada de petróleo nos traen irremediabilmente el recuerdo de aquellas otras “mareas negras” que convertían

los ríos de Andalucía en un gran estercolero paraalmazaras irresponsables y pasivos mandatarios de otra época. Por todo ello, nuestra absoluta solidaridad hacia un pueblo castigado hoy por la desidia de los gobernantes

Mercado electoral

Hace ya algunas semanas que nos miran desde todos los puntos cardinales. Allá donde vayamos, el rostro de los líderes está omnipresente en las esquinas de nuestra vida cotidiana. Sus ojos nos vigilan cuando paseamos al perro. Están ahí, con una sonrisa levemente marcada, cuando cogemos el autobús; como pacientes efigies nos acompañan a la compra a la espera de nuestro voto. Las imágenes van acompañadas de mensajes que anuncian un mundo más feliz y perfecto. Se ha abierto un mercado de ofertas para todos los gustos; algunas a precio de saldo. Aquellos que detentan el poder intentan convencer-nos de que esta vez sí, que por fin van a hacer aquello que ha sido solo un sueño estos cuatro años. Para los que aspiran a gobernar, se trata de vender los restos de una utopía. Los que llaman minoritarios solo aspiran a conjurar el riesgo de no ser insignificantes. En este mercado de las ilusiones se postulan las mejores ideas, como un gran bazar donde por fortuna somos nosotros quienes tenemos la última palabra. Antes de darla deberíamos quizás reflexionar sobre el grado de verdad que hay detrás de tantos iconos con gesto amable.

Tontos plebeyos (no somos tontos)

Seguramente se trata de un efecto más de la crisis y de este gobierno central que hemos parido hace poco en las urnas. Lo primero porque quieren hacernos comulgar con este cruel neoliberalismo con explicaciones simplonas, cuando ya no quedan argumentos ni inteligencia para abordar los problemas. Inten-

tan convencernos entonces de que toda la culpa de nuestra angustia colectiva es del Gobierno anterior y de esa especie de fantasma que hoy es su presidente. Nada dicen claro del fraude electoral que cada semana se comete con un nuevo recorte que prometieron nunca iban a llevar a cabo. Debemos ser un pueblo analfabeto en política, o al menos así deben pensar. Lo de plebeyos viene a cuento por la forma en que nos hacen tragar continuamente sus decisiones, aplastando cualquier posibilidad de participación y de consenso, a fuerza de sacar su mayoría absoluta y maltratar a unos ciudadanos reconvertidos de la noche a la mañana en siervos de gleba de un moderno señor feudal, insensible e indiferente ante los humildes, los trabajadores y los jóvenes.

Pacto de caballeros

Los pactos deben ser cumplidos. Esta es la regla que rige desde el antiguo derecho romano en los contratos entre particulares. Pero tan simple en las relaciones privadas, sin embargo resulta difícil de cumplir en los compromisos que se adquieren entre los ciudadanos y sus representantes políticos, y más aún entre los propios partidos. Por esa razón conviene recordar que el acuerdo entre Gobierno y oposición para consensuar un nuevo Estatuto de Autonomía en Andalucía significa también que están dispuestos a apoyarlo, sin ambigüedades calculadas, en el próximo referéndum. Está en juego la credibilidad, primero de la oposición, cuando tenga que pedir el voto para un Estatuto que hasta última hora no le convencía. Después será el momento de valorar si la decidida voluntad del Gobierno autonómico en aprobarlo se corresponde con una verdadera intención de desarrollar los nuevos derechos y compromisos estatutarios. Lo contrario, en uno u otro caso, nos dejaría a los ciudadanos con una sensación de que el "pacto entre caballeros" no era más que la escenificación mediática de un interés puramente electoralista.

Palabras necias

No se puede hacer oídos sordos ante tanta necedad expandida a los cuatro vientos por este país. Los desatinos abundan ya en casi todas las esferas institucionales del Estado. La penúltima, y ésta con mayúsculas, ha sido protagonizada por el Presidente del Tribunal Supremo, al comparar el catalán con las sevillanas. En primer lugar, no sé si deberían en adelante plantearse la enseñanza de este baile típicamente andaluz entre los jóvenes jueces que ingresan en la escuela judicial. Lo grave del asunto es que la estupidez no proviene en este caso de un político; algo que resultaría normal por otra parte, cuando estamos acostumbrados ya a un debate nacional en la que las descalificaciones son la regla imperante. Preocupa más cuando el disparate proviene de personas que representan a instituciones que, como el poder judicial o el ejército, deberían ser siempre neutrales en las polémicas entre partidos. Y aquí no caben justificaciones ni medias tintas como las que hemos oído recientemente en boca de una parte de la clase política, que no es necesario nombrar porque se conoce de sobra su procedencia.

Palabras y hechos

Después de las urnas siempre llega la hora de la verdad. No de la verdad a medias que apenas se vislumbraba en los mensajes encendidos de la campaña electoral; ni de la verdad oculta en los silencios del líder de turno y efímero como todos. Se trata del momento en que los ciudadanos podrán comprobar la auténtica capacidad de quienes han elegido y sobre los que se han depositado tantas esperanzas en estos malos tiempos. Es la regla de oro de cualquier democracia, el derecho inalienable que otorga al pueblo la capacidad para someter a examen a todos los que ocupan responsabilidades públicas. No nos merecemos a partir de ahora el discurso fácil que intente culpar de los males de hoy a los que ayer ocupaban ese mismo poder. Sería un error de estilo semejante a las múltiples equivocacio-

nes que cometieron sus predecesores. La crisis actual tiene una profundidad de tal calibre que ha situado a nuestra sociedad en una encrucijada histórica. Sin duda, ya no valen solo las palabras.

Pistoleros

Hace poco han decidido levantar su particular veda contra los que aceptamos las reglas elementales de la democracia. Con la cobardía que les caracteriza están dispuestos a asesinar a todo aquel que no acepte su fanatismo. Para lograrlo se esconden entre quienes un día quizás sean sus víctimas. Se han puesto la máscara de ciudadanos normales y pacíficos; sin embargo su rostro verdadero es aquel que emplean para dar comunicados llenos de amenazas y odio. Deben tener madres, hijos y amigos, pero su ceguera es más fuerte que cualquier sentimiento de compasión. Sus pistolas exhalan fascismo en estado puro. Sus bombas son la nueva representación de la tiranía. En fin, solo espero que a nadie se le ocurra hacer política en los funerales; que nadie invente divisiones partidistas en los pésames inevitables que se avecinan. Sería darles motivos para que se rían de nosotros, con esa oscura maldad que destilan sus pasamontañas.

Razón y política

Aún faltan algunos meses pero las trincheras electorales están ya dispuestas. La dialéctica del simplismo y la descalificación están a la orden del día, intensificadas al máximo como el arma arrojadiza recurrente de la clase política. Las tribunas esperan a esos oradores de fin de semana que con sus pegadizas ocurrencias brindan la mejor oportunidad al adversario para devolverlas por duplicado. Y así hasta el día de una reflexión necesaria después de tanta trifulca y banalidad. Sería necesario

que esa misma reflexión estuviera presente ahora en nuestros pensamientos sobre la política y sus actores. Quizás deberíamos intentar elevarnos sobre tanta irracionalidad y crispación superflua e inventada muchas veces. Cada uno desde sus propias convicciones, desde la derecha a la izquierda, sopesando lo bueno, pero también lo malo que hicieron los nuestros; aunque siempre con la tolerancia imprescindible de los demócratas.

Razones de penúltima hora

Las hay, en efecto, para votar el próximo domingo en el referéndum sobre la Constitución Europea. Y por lo que a mí respecta para hacerlo positivamente; aunque sin desmerecer por supuesto cualquier otra opción. Porque a pesar de las dudas y críticas que pueda generar un texto que requiere varias tardes para concluir su lectura, lo cierto es que en él nos podemos sentir perfectamente retratados como ciudadanos de una Europa cada vez más nuestra. Sin duda, no faltan contradicciones y lagunas, objeciones ideológicas cuando pensamos en lo que nos gustaría que se hubiera dicho allí. Todos estos defectos quizás no sean sino el resultado de nuestra propia diversidad; aquella que además de hacernos libres, también obliga a buscar los consensos para encontrar el punto de encuentro. En la Constitución que vamos a votar faltan, posiblemente, las utopías que en el pasado movían montañas; sin embargo, se encuentran indicados los mejores sueños del hombre moderno y civilizado. Somos europeos de pura cepa y no tiene sentido despreciar esta oportunidad para constatarlo públicamente.

No puedo pensar de otro modo. Cuando vuelven a Jaén mis alumnos que han estudiado un año en universidades europeas llevan en su mirada el signo inconfundible que da la libertad y el humanismo del viejo continente. Los valores que —creo— inspiran esta Constitución.

Reformas estatutarias

La madurez institucional de una Comunidad Autónoma se mide por su capacidad para defender los proyectos que interesan al conjunto de sus ciudadanos. Al margen de lo que otras Comunidades decidan o propongan, y sin que la secuencia temporal que fija una de ellas sea la pauta obligada a seguir por el resto. La cuestión tiene que ver, por obvio casi no hay que decirlo, con la reforma de los Estatutos de Autonomía. En efecto, los “melones estatutarios” se están abriendo en casi todo el país. Pero, sin duda, Cataluña es el espejo en que todas las demás Comunidades se miran. Una actitud incomprensible especialmente en Andalucía, donde todavía no se sabe a ciencia cierta quién llevará la batuta de mando en su reforma estatutaria. En un sistema parlamentario como el nuestro, sería inaceptable que la dirección política del proceso estuviera protagonizada desde San Telmo, como una propuesta “graciosamente otorgada” por el Presidente de la Junta. Tampoco sería coherente con el autogobierno de que disponemos, que nuestros parlamentarios aparcaran silenciosamente el tema a la espera de lo que se hace en Cataluña. La reforma del Estatuto andaluz debería respetar la memoria histórica de una ciudadana valiente, que hace muchos años apostó por la igualdad solidaria como norma básica del Estado de las Autonomías. Ese espíritu colectivo exige un proyecto propio, alternativo quizás, pero esencialmente andaluz.

Sin vergüenza

Se puede decir por separado, o como una sola palabra, para expresar lo inadmisibile en la vida pública; aquello que ha superado los niveles de corrupción que el resto de la ciudadanía toleramos como un mal endémico de nuestra clase política. Cuando se acepta o se mira para otro lado, cuando se practica el “tú también lo hiciste” o se reacciona con complacencia o vulgar complicidad, un partido pierde su legitimidad para gober-

nar este país. Hoy le toca a quien todavía reside en la oposición —aquí y en Madrid— atravesar el desierto de la vergüenza por haber amparado a tanto ladrón de guante blanco y corbata de pajarita en bodas y salones de lujo. No tienen excusa para hacer la penitencia que les toca. Sería más inmoral incluso buscar a los estafadores fuera de los límites de su partido. Pero contra esta enfermedad que supera la historia de la picaresca nacional nadie está inmune; por supuesto no lo están tampoco quienes la llevan admitiendo en pequeñas dosis, en la sociedad civil y las instituciones que controlan ya desde antaño. Por desgracia, la vergüenza ajena es patrimonio de muy pocos.

Talibanes

No hace falta viajar al lejano oriente para comprobar que existen múltiples formas de fundamentalismo en nuestra sociedad. Basta con observar la realidad cotidiana más cercana para descubrir en ella a esos talibanes del mundo occidental, verdaderos representantes del integrista en todas sus posibles vertientes. Se les puede reconocer por su dogmatismo radical a la hora de defender sus ideas; es imposible en ellos el menor asomo de autocrítica. No tienen signo político porque pueden votar a cualquier partido. Exigen lealtades incondicionales, y a cambio solo son capaces de servir despotismo. Tratan a quienes están subordinados a su autoridad con un absoluto desprecio hacia su libertad de criterio. Se sienten víctimas ante cualquier intento por censurar la arbitrariedad de sus comportamientos. No se puede esperar de estos fundamentalistas de pacotilla la consideración del interés ajeno, porque el mundo debe girar en torno a sus ombligos. Estoy seguro de que si ahora miramos a nuestro alrededor estamos reconociendo ya a alguno de ellos. Visten como nosotros, pero esconden por dentro la semilla de un egoísmo integral.

Tambores de guerra

Poderes sin sombra de humanidad parecen haber dictado los designios de una guerra absurda. Mueven un imaginario tablero con soldaditos de plomo, planeando invasiones, bombardeos, operaciones de castigo contra un pueblo que, para colmo, tiene que soportar los caprichos de un tirano. Al fin y al cabo —se justifican— todo sea por acabar con el Mal; aunque nunca piensan en ese mal mucho mayor que van a provocar. O quizás no sea así; quizás esos poderes que se ocultan bajo el rostro de presidentes elegidos democráticamente saben a la perfección el precio en vidas y destrucción que se ha propagado indefectiblemente. Claro que nosotros tampoco podemos negar que conocemos ya los intereses que en realidad defiende la nueva Cruzada que se avecina. Así, el silencio se vuelve complicidad al resignarnos a una guerra injusta; porque en ella algunos de nuestros jóvenes llegaron a convertirse en simples peones intercambiables, dentro de un juego de batallas ganadas de antemano por quienes nos están gobernando desde aquí y allende los mares.

Tierra prometida

La metáfora bíblica puede ser útil para intentar explicar la idea de un país donde las promesas electorales se cumplan, en el que acabe haciéndose realidad lo pactado con el pueblo soberano. Probablemente en un ejercicio de ingenuidad por nuestra parte, no sería difícil imaginar cómo sería la sociedad hipotética de un futuro inmediato, de cumplirse la mayor parte de las ofertas que nos propone nuestra clase política en vísperas de unas elecciones generales a cambio únicamente de un voto. Sin duda, un precio mínimo, en teoría, para todo lo que se podría obtener a cambio. Veamos: una España sin paro, un mundo donde exista justicia social, mujeres sin sombra de maltratadotes, libertad para quien quiera usarla, familias de todos los colores, inmigrantes tratados con dignidad, un medio am-

biente protegido contra especuladores, y tantas otras ilusiones que, sin embargo, no todos proponen con la misma convicción. La cuestión es averiguar quiénes lo hacen más sinceramente. No es fácil, pero tampoco imposible.

Torturadores de la dignidad

Desde hace algún tiempo los profesionales del dolor llevan a cabo su macabra tarea en nombre de la democracia. Impunemente y con la complicidad de quienes portan la bandera de la libertad, encierran a hombres inocentes en los calabozos del terror; se divierten a su costa en un espectáculo lamentable de cuerpos desnudos y amontonados. Nos hacen sentir vergüenza por el género humano cuando encadenan como perros a sus cautivos o les hacen comer en las letrinas de la infamia. Estos engendros de hombre se sienten felices al limpiar las prisiones con la dignidad derrotada de sus rehenes. Las televisiones nos ofrecen la imagen de simios vestidos con el uniforme de soldados. Pero al otro lado se encuentran los verdaderos culpables, los que se llaman patriotas y dicen defender nuestros valores más sagrados; aquellos que cómodamente deciden las guerras desde sus despachos. Contra estos especuladores de la justicia, y quienes los que jalean desde aquí, debería levantarse algún día un muro, el único y necesario, como culpables de un crimen que no tiene nombre.

Travesía del desierto

La referencia bíblica puede servir para anticipar la realidad política del partido socialista dentro de unos meses, cuando el disparo de salida de las elecciones municipales señale el principio del declive, quizás del desastre anunciado hoy como algo ineludible. La pájara electoral va ser histórica casi con seguridad; seguramente merecida por las contradicciones generadas

en estos tiempos difíciles. Mientras, la oposición se limita a esperar que la crisis hunda un gobierno sin rumbo; con una comodidad pasmosa, practica una permanente deslealtad, irresponsable no solo con el gobierno, sino en definitiva también con la misma sociedad. Ante tanta insensibilidad por el interés general, la ciudadanía se desmarca, poco a poco, de una clase política que, sin duda, no se merece. Tanto escepticismo puede resultar letal para una democracia joven todavía. Tanta indiferencia política puede crear los monstruos que hagan imposible gobernar este país a los que hoy, como mañana, ven el poder como una simple ambición medida en número de votos.

Una libertad necesaria

Hay libertades que duelen más que otras a los detentadores del poder. Es la única explicación que encuentro al revuelo que ocasionó un grupo de actores cuando se atrevió a decir "No a la guerra". Con ello no hacían sino defender, con otras palabras, lo que todos los niños de este país habían ya postulado en forma de celebración por el día de la paz. La irritación del Gobierno contra los artistas solo se explica por la "mala influencia" que pueden llegar a ejercer sobre la ciudadanía. Como verdaderos representantes de nuestros sueños y emociones, tienen la posibilidad de marcar una diferencia con los argumentos de la política; como nosotros, nada les impide ser contestatarios de la injusticia. Quizás es una señal de que la libertad no se ha ganado definitivamente. Aun cuando pueda resultar paradójico en estos tiempos, todavía existen trincheras en nuestra democracia donde necesitamos parapetarnos contra los que quieren que pensemos al dictado de falsos pragmatismos, detrás de los cuales no se esconde sino la expresión más burda de la estupidez humana.

Vértigo colectivo

Una sensación de incertidumbre se ha colado en nuestras vidas desde hace meses. Hemos aprendido a la fuerza un nuevo lenguaje hecho de números vacíos y palabras sin piel, dictado por esos fantasmas que habitan al parecer en los llamados Mercados. Los mismos seres anónimos que gobiernan sin escrúpulos el destino de una pobre humanidad. Así nos han llevado a un punto en que el miedo alcanza ya nuestra vida cotidiana. Es un temor que se hace con recuerdos de un pasado cuando la pobreza y la desesperanza inundaban las calles de este país; los años en que los españoles deambulábamos por el mundo en busca de mejor fortuna. El precipicio está ahí, posiblemente a la vuelta de la esquina. No hay conjuro contra él porque llevamos demasiado tiempo en una realidad imaginaria, llena de becerros de oro y balances ficticios. Sólo queda acaso el valor que infunde el sentido de la responsabilidad y el trabajo, la sensación de que todo es pasajero en la vida, hasta los monstruos que hoy nos amenazan.

El final del túnel

Predice el Gobierno de la nación en boca de sus más ilustres representantes que estamos llegando al final del túnel; que acabará al fin esta dura época de eufemismos en que la pobreza progresiva de la sociedad solo es culpa de los anteriores. Pronostica que dará comienzo el final de las restricciones de los servicios básicos para la ciudadanía. Augura que seremos el país que la mayoría quiere ser, esto es, un lugar con prohibiciones a flor de piel, con mujeres —si pueden, claro— que tendrán que salir al extranjero para abortar, con los derechos de los trabajadores en el cubo de la basura y los jóvenes todavía practicando turismo laboral. Con estas perspectivas, así nos recomiendan, es necesario ser optimista y sonreír a las estadísticas. Quizás tengan razón, pero solo si queremos dejar de pensar en que,

de nuevo, se impone la necesidad de reivindicar lo público, el verdadero bienestar de todos, las carreras populares gratuitas.

El lobo que viene (a propósito de Podemos)

No escarmientan los que pretenden ahora infundir el miedo en la ciudadanía. Les asusta el auge extraordinario de un partido que no es sino la consecuencia lógica de tantas promesas incumplidas y una corrupción intolerable que lacra a los partidos tradicionales. Así que la endogamia y los paños calientes deberían quedar en estos momentos fuera de lugar, si se quiere recuperar algo de la confianza perdida. Por eso, me parece absurdo intentar desacreditar al nuevo adversario con argumentos inaceptables sobre el riesgo de éste para la democracia. Resulta populista y demagógico de verdad, cuando los voceros mediáticos y algunos Popes de nuestra clase política critican hoy lo que en otros tiempos era connivencia con quienes, desde una posición elitista, han contribuido en muchos países a la pobreza moral y económica de la mayoría de su sociedad. Esperpento en suma, o simple falta de un *fair play* imprescindible para salir de un túnel en donde todavía huele a cloaca.

El salacot del gobierno

No dejan de sorprendernos los juegos de palabras de quienes dirigen este país a golpe de decreto-ley. Es inagotable su insistencia en reinventar la lengua patria para adaptarla al mensaje políticamente correcto, o al menos para evitar efectos colaterales perniciosos a sus próximas expectativas electorales. En este sentido resulta ejemplar la última creación literaria con la que quieren encubrir la próxima subida de impuestos. Gramática del buen gusto que pretende no llamar a las cosas por su nombre, ya que de lo contrario quedarían al descubierto sus verdaderas intenciones. Se ha prohibido reconocer el futuro in-

minente que nos espera, como gesto de buen vasallaje hacia esa Europa de los mercaderes. Hay que reconocer no obstante que la metáfora tiene algo de chiste, si no fuera por lo que llevara consigo de mayor empobrecimiento de nuestra sociedad. Van a “explorar” —dicen— un posible incremento en algunos tributos. Y no cabe sino el temor a que esa sesuda investigación conduzca a lo inevitable. El Gobierno se ha calado el salacot y está dispuesto a lo que sea por llegar a las fuentes del Nilo.

Fronteras interiores

Alguien debería asumir la responsabilidad de que este país se encuentre al borde de una escisión irreparable. Han sido muchos años de demagogias nacionalistas, amparadas unas veces por las pistolas y otras por un absurdo sentimiento de agravio que solo existía en los libros de historia. Pero no se puede olvidar tampoco el permanente error en que han incurrido los partidos que han gobernado desde las instituciones del Estado, incapaces siempre de alcanzar los acuerdos imprescindibles que necesitaba la diversidad, en todas sus expresiones, que emana de nuestra nación. Unos y otros nos han llevado por desgracia a un punto de posible no retorno, en el que parece irremediable la división de España y la de Cataluña en sí misma. A esta altura de los acontecimientos va a resultar difícil encontrar una vía de consenso entre tantos desencuentros, tras los muros que poco a poco se construyen con banderas e himnos que cantan glorias del pasado. Aunque no queda otra que sentarse en la misma mesa con quienes no quieren, o no saben quizás cómo compartir un futuro común.

Ilusiones colectivas

No es necesario sustituir los calendarios para saber que este país necesita aferrarse a la idea de que algo debería empezar a cambiar, aunque sea por el bien de nuestros hijos en un futuro indeterminado. Pero produce vértigo saber que aquellos

que detentan hoy el poder con mayorías absolutas no saben de verdad cómo solucionar los problemas; en realidad todo indica que tampoco lo sabían cuando pidieron la confianza de los ciudadanos. Sólo esperan que llegue por fin un tiempo sin tempestades sociales ni crisis económicas para intentar convencernos de nuevo de su falsa inteligencia política. Por ahora les basta arrojar la basura a quien gobernó también con escaso acierto, o asegurar que no se puede hacer otra política porque los dioses del mercado lo impiden. Y así comienza un año, con la vista puesta en una mínima esperanza de que los depositarios de nuestra soberanía sean capaces de ofrecernos algo más que palabras torpes y fatuas, para que el bienestar de los ciudadanos sea algo más que un titular de prensa.

La otra inquisición

No parecía posible después de tantos siglos de oscurantismo religioso; habíamos olvidado la larga noche en el tiempo de un régimen sin libertades ni derechos. Nos creíamos ya inmunes a cualquier forma de inquisición, con nuestro carnet de europeos de segunda. Pero ahí está la crisis para certificar que hay formas de autoritarismo solapados en decretos y normas dictadas por falsas razones de urgencia y necesidad. Se presentan a veces con eufemismos de una clase política que se dice dirigente, pero en el fondo incapaz de dirigirnos como sociedad; los mismos gobernantes que intentan depositar en otros la responsabilidad de su propia negligencia, aquellos que actúan como simples comisarios a las órdenes de los verdaderamente poderosos; los que criminalizan por sistema, desenfundando la amenaza de la prevaricación contra rebeldes y disconformes con la autoridad. Hablan de democracia pero acaso son la nueva versión de una Inquisición, esta vez laica y oficial, pero igualmente injusta e intolerante.

Republicanos

Algo de sangre republicana debe correr por la venas de este país, cuando brota espontánea en las masas la filia por la tricolor en el instante mismo de conocerse la renuncia del titular de la Corona. Frente a una silenciosa y acomodada mayoría monárquica, sale a las calles de nuevo aquel sentimiento histórico que llevó al exilio a dos reyes incompetentes e insensibles con sus ciudadanos. Hoy seguramente son otras las razones que apoyan la eliminación de cualquier forma de patrimonio familiar en la institución que simboliza el conjunto del Estado. Pero también es muy diferente la concepción que de la monarquía tenemos y exigimos varias generaciones de españoles, nacidos ya en un régimen de libertades y derechos. Aunque quizás sea cuestión de tiempo que se extinga por la lógica, aplastante e irrefutable, que en democracia exige la necesaria representatividad y la caducidad de quienes lideran a los ciudadanos. España, probablemente, mañana será republicana.

UN POSIBLE MANUAL CON LECCIONES DE
CIUDADANÍA



Adolescentes

Apenas mencionados en los grandes catálogos de derechos humanos de las Constituciones y los Tratados Internacionales, olvidados hasta hace poco por los partidos tradicionales en sus programas electorales, estigmatizados socialmente por su permanente rebeldía generacional, tuvieron que hacer algunas revoluciones en el 68 para que se les reconociera como los agentes espontáneos del cambio político y cultural. Sin embargo todavía siguen marcando la diferencia con los demás miembros de la ciudadanía. Debe ser quizás porque, a pesar de sublevarse contra cualquier regla impuesta o irrazonable, son quienes marcan las pautas de la evolución del género humano, empujado constantemente por las tendencias y las modas que ellos mismos universalizan. Esos seres tan difíciles de sobrellevar en las instituciones socializadoras, las familias o los institutos, son los legítimos representantes del futuro que esperan a la vuelta de la esquina. El conflicto generacional está garantizado para padres y educadores, por más que se flexibilicen las reglas de la vida cotidiana y ya no exista hora de llegada los viernes por la noche. Quizás los envidiemos en el fondo por esa eterna primavera en la que viven, amándose sin disimulo por las calles, apasionados por una libertad que alguien les arrebatará un día a golpe de responsabilidades y guerras contra lo absurdo.

Amistad on line

No solo el amor clandestino viaja en los invisibles caminos de la Red. También se mantienen vivas otras llamas menos pasionales, pero igualmente cordiales e imprescindibles. Hay quien señala los riesgos que, en efecto, existen cuando se utiliza esta forma de comunicación *on line* para manipular a niños o adolescentes con fines inconfesables. Pero sin duda, las ventajas superan al peligro de los pederastas y otras bestias. La ciber-amistad permite conservar las relaciones personales a pesar de la distancia y el tiempo. Las imágenes y los mensajes corren como la luz por los ordenadores y los móviles de última generación para poner en contacto a quienes la vida separa por motivos familiares o profesionales. Hace años, los amigos se perdían fácilmente cuando se cambiaba de casa o de colegio, en el transcurso de las pequeñas migraciones que hacían cambiar el rumbo de nuestro destino. Sólo la casualidad nos permite recobrarlas provisionalmente. Por el contrario, los padres del mañana seguirán teniendo como compañeros de viaje a quienes hoy hablan y ríen desde la pantalla del portátil.

Barricadas de mayo

La primavera siempre ha sido una buena época para la revolución. Parece como si la humanidad agotara su paciencia con las tiranías en ese momento del año, cuando se enciende una especie de señal imperceptible con la que comienzan las rebeliones populares y se iluminan los ideales más hermosos. Parece como si hubiera un instante idóneo en el que el pueblo, cansado ya de tantas servidumbres e injusticias, se dispone a cambiar las reglas del juego que dictaron los poderosos. La historia cuenta relatos de estas insurrecciones protagonizadas por esos auténticos hombres y mujeres humildes, gente sencilla que un día decidió vestirse con los claves de la esperanza, blandiendo solo la espada de su propia soberanía. Afortunadamente no se trata de efímeras leyendas que se enseñan en la

escuela. Como demuestran las experiencias que están teniendo lugar hoy en el mundo, todavía sigue formando de nuestra carga genética la capacidad para montar barricadas y plantar en ellas la bandera de la dignidad.

Buenos ciudadanos

Vaya por delante que me parece necesario educar a las jóvenes generaciones en aquellos valores y principios propios de una democracia. Quienes recibimos aquella versión heroica, mitificada y por tanto falsa de la historia de este país, tuvimos que reciclarnos a marchas forzadas en un lapso muy breve de nuestra vida. De verdaderos analfabetos de la política, formados en un Espíritu Nacional redentor de las libertades más peligrosas, debimos adaptarnos para llegar a ser ciudadanos de una España moderna y europea, organizada en torno a una Constitución elaborada por todos y para todos. La educación política no puede confundirse con el adoctrinamiento simplista y excluyente. Pero con esta precaución lógica, la enseñanza de unos ideales democráticos, basados en el pluralismo y el respeto a cualquier credo e ideología, será siempre un instrumento pedagógico imprescindible para construir una sociedad tolerante y comprometida con la justicia. Hablo de conceptos que son más que palabras; hablo de que los futuros ciudadanos empiecen a comprender una lección que será esencial para ellos mismos.

Campos contaminados

En un paisaje de olivos perfectamente alineados apenas si queda espacio para la vida. No son necesarios exhaustivos estudios científicos para constatar por nosotros mismos que los animales están desapareciendo, víctimas de un uso irresponsable de insecticidas, herbicidas y otros venenos. Dirán que es

el precio del desarrollo económico, pero no es cierto. Se trata solo de explotar al máximo y de manera irracional los recursos naturales para obtener la ganancia que se mide en euros. Sin tener en cuenta que ese patrimonio natural no pertenece solo a los propietarios y empresarios de explotaciones agrícolas. Su verdadero titular son nuestros hijos y nietos; las generaciones que, quizás, en un futuro no muy lejano, censuren nuestra imprudencia por no intentar evitar este daño a la naturaleza. Como siempre, se tomarán medidas cuando ya sea irreparable, cuando se extienda la alarma social por el envenenamiento de las aguas que consumimos en nuestras casas. Entonces nos acordaremos de que los gorriones y las liebres no eran solo unos actores de comparsa, bonitos elementos decorativos de los campos, sino la esperanza de una auténtica calidad de vida.

Carbón de reyes

Afortunadamente no son muchos los que se lo merecen, pero se cuentan como multitud por el efecto continuado de su maldad en la historia de la humanidad. Merecen, sin duda, el carbón más negro aquellos déspotas con medallas que atraviesan a cañonazos la esperanza de quienes piden justicia. Lo merecen también esos otros tiranos, más cercanos, e incluso vecinos o conocidos, que practican la intolerancia como estilo de vida en la existencia cotidiana. Sin duda hay que castigar con enormes sacos de carbón a quienes engañan o se aprovechan de los hombres de buena fe, a los que se ven a sí mismos como ejemplo de una perfección inalcanzable; tampoco podemos olvidar a los pistoleros que pretenden decidir el fin de los días para los que no piensan como ellos; a los cobardes que hacen daño a sus compañeros de trabajo o a sus amigos, por no dar la cara y decir basta. Hoy, sin duda, deberían llevar carbón a quienes se adornan con las esquelas de los muertos en ese Oriente tan necesitado de una paz que parece imposible.

Charanga y pandereta

Mes de abril cuando llueven las sevillanas en los tablaos de la Feria. Mayo florido que engalana los patios cordobeses y adorna con cruces las esquinas del Albaicín. Andalucía toda vestida de gitana y a la grupa de los corceles más briosos de esta tierra. El pueblo sencillo, en fin, convertido en muchedumbre que se desborda por las romerías de la sierra. Y todo lo anterior nos deja esa sensación desapacible e irreconciliable con lo que parece ser la genética de una España dedicada todavía a ejercer de eterna charanga. La España que sigue encontrando sus más claras señas de identidad en la idea exclusiva de una fiesta permanente y colectiva. Superficial y tan lejana a esa otra España, como decía Machado, de la rabia y de la idea; la única que queda por descubrir entre los renegados de tantas tradiciones globalizadas y reconvertidas a un sistemático *panem et circenses*, o lo que es lo mismo, la mejor receta a fin de cuentas para mantener idiotizado a quien se quiere gobernar.

Civismo saludable

Debería estar recomendada por prescripción médica. Sea en el formato de simple educación vial o en el de cortesía para ceder el asiento al más necesitado. Una buena dosis de civismo mejora sin duda la salud mental y, por añadidura, infunde energías positivas para soportar esa cantidad enorme de absurdos que rodean nuestra vida cotidiana. La reacción es inmediata cuando se deja pasar a los peatones por el paso que les pertenece por derecho. El resultado terapéutico es sobresaliente si se evitan los diálogos de sordos o las conversaciones no se convierten en un campo de batalla donde impera la regla del que más grita. Las secuelas de una conducta amable no solo elevan la autoestima personal; tienen además la propiedad de contagiar a un prójimo cercano. De manera que se produce lo que podríamos llamar como un efecto en cascada de cordialidad ciudadana que beneficia a la sociedad en su conjunto. La

hipótesis que aquí se lanza puede ser contrastada cualquier mañana; por ejemplo, al llegar a la Universidad y tratar a los alumnos como verdaderas personas (algo que por desgracia no se hace con frecuencia en el gremio); o con el saludo franco de quien intenta comprender una humanidad llena de defectos; o bien sencillamente con el propósito sincero de dotar de reconocer los méritos del ajeno. Actitudes todas ellas que mejoran la higiene mental y nos acercan a la idea de un buen ciudadano.

Consenso generacional

Aunque la regla dominante es la del conflicto, las relaciones paterno-filiales no siempre tienen que estar marcadas por las murallas del desencuentro. A veces ocurre, y sucede más conforme se va superando la dictadura de las hormonas, que los hijos sorprenden por su capacidad para discernir lo razonable, para entender la necesidad de actuar de acuerdo a reglas en cuya fijación ellos no han participado. Éste es el síntoma incipiente de una madurez que va cuajando poco a poco, con altibajos por supuesto, pero hacia la dirección correcta. De todos modos, y mientras llega, seguirá todavía a la orden del día esa especie de lucha sindical por obtener cuotas de libertad contra una patronal de la edad y la experiencia. A veces, con efectos colaterales entre los contendientes de un mismo bando porque, en efecto, no siempre se comparte una misma visión de lo que es justo y necesario sobre normas y sanciones. La educación tiene un margen de error personal que es inevitable; no hay varitas mágicas, pero el hecho de ser conscientes de ello siempre abre las puertas a un futuro consenso generacional.

Cromañon al volante

Una metamorfosis letal se experimenta a veces al mando de esa máquina que define al hombre moderno. Se cierra capítulo

en la evolución para regresar a la época de las cavernas, cuando la civilización era todavía un sueño lejano y la mentalidad del simio apenas se diferenciaba de las otras bestias que cazaba. Como una concesión a ese pasado no tan remoto, el ser humano al volante de un automóvil puede trasmutarse en un troglodita de la carretera. Dominado por la prisa o inyectado por la adrenalina de la velocidad acaba por perder los escrúpulos y el sentido más común. Proyecta su atávica ferocidad contra los lentos y los ancianos que conducen a un ritmo sensato. Se desprende de años de educación cuando alguno osa recriminar un adelantamiento peligroso. No hay campaña publicitaria que lo detenga, por más imágenes de una realidad cruel que se le acerca a los suyos, pobres desgraciados que confían su futuro a un irresponsable, a un monstruo potencial con capacidad para decidir sobre la vida del prójimo. Este nuevo centauro de las autopistas galopa sin conciencia de su poder, apenas un fantasma del padre de familia o el amigo que dice su tarjeta de presentación en sociedad. Alguien que no se reconocería a sí mismo en el espejo cotidiano de la vida, cuando la imprudencia es solo el recuerdo de un fin de semana al volante de un loco corcel metálico.

Crónica deportiva (antes de un sueño hecho realidad)

Implacablemente, como ese dios menor de la mitología griega que engullía a sus descendientes, acabamos de manera “crónica” siendo víctimas de nuestras quimeras deportivas. En secuencias estipuladas de tiempo, sufrimos una ansiedad colectiva por los encuentros de fútbol de esa selección que representa todavía la sociedad premoderna que fuimos. Con una actitud acomplejada, donde se hace patente todavía un histórico complejo de inferioridad, nos enfrentamos —y por lógica acabamos perdiendo— con rivales que saben de esa especie de maldición que nos atenaza. Lo peor es que esto sucede en una sociedad que ha superado por fin las desventajas atávicas que nos separaban del resto del mundo desarrollado. En lo depor-

tivo, sin embargo, y muy especialmente con una selección que encarna el deporte nacional por excelencia, seguimos anclados en la mediocridad más absoluta. Se trata de una enfermedad fantasmagórica e inexplicable, pero real y perceptible a través del sentimiento general de incredulidad que se nos queda en la cara. El lado oscuro que aparece crónicamente en el espectáculo de una impotencia futbolística y, quizás también, de nosotros mismos.

Cueva de macacos

Hay lecciones que seguramente no se enseñan en la escuela ni tampoco se inculcan en familia. Por desgracia ya no se aprenden en la vida de adultos teóricamente responsables. La conclusión se adivina al echar una mirada a nuestras calles y jardines y comprobar que estamos viviendo en el planeta de los simios. Toda una constelación de residuos invade la ciudad. De origen animal y humano, cantidades extraordinarias de excrementos y desperdicios se acumulan durante días para pintar el paisaje urbano. Están en todas partes como ejemplos del poco civismo que nos caracteriza al parecer. Mientras tanto, esos que se llaman servidores de lo público tendrían que visitar al oculista o recibir alguna sesión de terapia ocupacional. Leemos que algunos ciudadanos se han organizado, hartos de tanta suciedad, para limpiar por sí mismos las aceras donde los contenedores rebosan de una basura insufrible. De los árboles que se plantan para luego dejarlos morir habrá que hablar en otro momento. Hoy toca algo de penitencia —estamos en fechas adecuadas— por vivir en una “Cueva de macacos”, aunque esta especie de monos quizás nos podría educar sobre cómo cuidar nuestro entorno más vital.

Custodia compartida

Entonces la figura del padre era un desconocido para los hijos, únicamente el representante del principio de autoridad. Mientras, el espacio doméstico seguía siendo, por tradición y cultura, una responsabilidad exclusiva de la mujer. Hoy la igualdad entre los cónyuges ya no está impresa solo en la letra de la ley. Es evidente que todavía no se ha llegado a alcanzar esa situación ideal donde los actores pueden intercambiar los papeles en el escenario familiar. Pero es cierto también que el hombre-varón ha empezado a asumir su cuota de responsabilidad en la crianza de los niños, algo absolutamente necesario por otro lado para asegurar una pareja equilibrada y con futuro. Por ese motivo, no se pueden hacer demasiadas objeciones a una reforma del Código civil que solo intenta adaptar la norma a una realidad distinta y versátil. Si el padre ha superado su "irresponsabilidad" atávica en las tareas domésticas, y en concreto, en el cuidado de los hijos, parece lógico que tenga derecho a reivindicar su afecto más allá de dos fines de semana al mes. Hasta ahora el divorcio era la antesala de otra separación aún más dura para quien resultaba perdedor en los litigios. Sabemos de las dificultades que implica compartir la custodia, pero también debemos recordar que la igualdad exige un esfuerzo por alcanzar la solución más justa.

De bobos y cacos

Se nos pone cara de bobos muchas veces, en efecto, cuando nos piden mucho a cambio de poco. Cara de tontos por esos pequeños latrocinios que no conculcan la legalidad vigente, aunque resultan insoportables a cualquier examen de proporcionalidad y justicia. Pagar por ejemplo el servicio de un reparador de los muchos electrodomésticos que conviven con nosotros; unos pocos minutos a precio de diamantes y el desplazamiento hecho a medida de provincias. Un sutil carterismo invade nuestra vida cotidiana, desconociendo el valor real de las co-

sas. Bandoleros vestidos de intermediarios que sangran al que labra la tierra y recoge sus frutos. Tan ingenuos somos, tan estúpidos que llegamos a pagar el pan como oro en paño. Pero lo paradójico de esta parábola es que, a veces, lo incomprensible resulta explícito, absurdo además para el sentido común, cuando nos impide comprender cómo una iglesia pretende cobrar a quienes visiten algo que aspira a ser patrimonio de todos, es decir, de la humanidad. Sobran los comentarios.

Derechos de fumador

Vaya por adelantado que me refiero a los derechos del fumador pasivo y no de quienes ejercitan su libertad individual a veces de manera descortés e incívica. Cierto que hemos de comprender esa esclavitud a la que están sometidos los fumadores activos; reconocer también en ese vicio un tormento casi insoportable, sobre todo cuando se fracasa en los intentos por abandonarlo definitivamente. Es verdad que no se les puede convertir en los nuevos apestados de la sociedad moderna, y que no parece aceptable, en fin, arrojarlos a la vía pública para que allí consuman el pitillo con el que calman su ansiedad. Pero por otro lado, no se puede admitir que ellos olviden los derechos de quienes no padecen esa dependencia. Mucho menos en lugares públicos donde la salud de todos es el derecho fundamental que debe respetarse en todo caso. Ser conscientes de este límite es una obligación para cualquier fumador; y su cumplimiento sería el mejor argumento para rechazar prohibiciones absolutas.

Detritus

Estamos rodeados de ellos por desgracia. En cualquier ciudad española, y en la nuestra como es lógico también, abundan por las calles todo tipo de residuos que ponen en evidencia

nuestro nivel cultural. Enormes cantidades de plástico vuelan por las calles de la ciudad en los días de viento, como imparable fantasmas que dejan constancia de un desarrollo insostenible. Representan, en efecto, la expresión más contundente de nuestro civismo, o mejor, de las carencias que tenemos en este ámbito. Podemos culpar a quienes tienen la responsabilidad pública de mantener limpias nuestras calles. Pero el Ayuntamiento no puede ser la doméstica que recoge servilmente la suciedad que queda en los parques tras el fin de semana, ni tampoco podemos considerarlo como el criado que tiene la obligación de barrer los restos orgánicos que dejan nuestros perros en plena acera. Cualquier representante del género animal —y esto es lo verdaderamente triste— es más cuidadoso con su entorno inmediato que esta raza, tan maleducada y antihigiénica muchas veces, que llaman ser humano. Entonemos, pues, un *mea culpa* colectivo, y a partir de ahí llevemos en el bolsillo una bolsa para recoger los que son nuestros. Esta es la mejor lección que podemos aprender.

Diferencia de género

Quizás ha llegado el momento de plantear una reivindicación lógica, aunque sea a riesgo de incurrir en lo que resulta políticamente incorrecto y está al margen de los discursos oficiales. Se ha avanzado por fin en la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres. Incluso se han tenido que adoptar oportunos criterios de discriminación positiva para el género menos favorecido socialmente. Había que hacer justicia, sin duda, para quienes han soportado durante tanto tiempo reglas desiguales y costumbres absurdas. Pero esta preocupación ha derivado a veces en obsesión por los plurales masculinos de nuestra lengua, por una cultura de la uniformidad que llega a ser insoportable ante la pura evidencia de que somos distintos, unas y unos, afortunadamente. La igualdad no puede ser incompatible con la profunda diferencia que nos une en razón del género. Es algo más que una cuestión fisiológica y de hor-

monas, y por eso mismo paradójica e inexplicable; al menos para mí.

Doble moral

A riesgo de quedar señalado como objetivo de inquisidores, me resisto a mirar hacia otro lado cuando se trata de conductas ejemplares; aunque en este caso no por lo que enseñan de virtud y modelo a imitar, sino más bien por todo lo contrario. No hay duda posible sobre la calificación que merece el comportamiento de un sacerdote condenado recientemente por abusar sexualmente de un menor. Pero más allá de la condena jurídica y del reproche ético, la noticia que impacta igualmente ha sido la actitud claramente protectora de una jerarquía eclesiástica que parece eludir sus responsabilidades. Al menos la tienen —a mi juicio— desde el momento en que no se pronuncian sobre la carga de inmoralidad que encierra la acción, poco cristiana desde luego, de aquel representante de la Iglesia. Más aún, la forma en que esta última evita una declaración, siempre embarazosa al reconocer públicamente la indecencia de uno de sus miembros, contrasta con la decidida defensa de “otra moral” en asuntos de divorcio, matrimonios homosexuales o ese diabólico pecado que llaman aborto.

Por desgracia la dualidad en asuntos de conciencia está a la orden del día. A veces, quizás como resultado de una cobardía muy propia de nuestra especie; a veces, solo es la estrategia para obtener buenos réditos en la vida social o profesional. Una práctica deshonrosa a fin de cuentas.

Educación política

El vacío que existe en las escuelas de este país en materia de educación política no puede augurar nada bueno para el futuro de la democracia española. Esta ausencia es, quizás, resultado

del temor en incurrir en los vicios de aquella inefable “Educación del espíritu nacional”, asignatura tan opaca como llena de fantasía cuando describía las excelencias del viejo régimen franquista. El caso es que las jóvenes generaciones de españoles apenas si tienen contacto con la explicación de un sistema político basado en la libertad y la igualdad, principios interpretados de manera plural pero compartidos por todos más allá de las diferencias políticas. Quizás con algo más de educación política estaríamos en condiciones de entender mejor lo que significa aprobar un nuevo Estatuto de Autonomía; llamarse nación, nacionalidad o cualquier otra cosa con la que el pueblo andaluz se sienta identificado; la importancia que, sin duda, tiene dotarse de unas reglas de juego para ejercer nuestra autonomía, como ciudadanos soberanos de nosotros mismos y libres en definitiva para decidir lo que queremos ser en el futuro.

El peaton que llevamos

En algunas ciudades como Nápoles o Bogotá es, sin duda, alguien que no teme el riesgo de una aventura incierta; allí, para cruzar la calle, hay que encomendarse a los dioses. Afortunadamente, en nuestras ciudades atravesar el paso de cebra no exige tanto entrenamiento ni esa dosis de sangre fría ante el peligro. Viene a cuento porque, aunque todavía no se ha redactado en ninguna Declaración Internacional, ni consta en nuestras constituciones modernas, los “derechos del peatón” se encuentran presentes en el sentido común de todo ciudadano que se precie. Son, en realidad, los mismos derechos con los que se llega a dibujar un paisaje urbano más lúdico y equilibrado en sus formas, los que dan calidad a nuestra existencia como “urbanícolas” y hacen que en el espacio donde vivimos tenga un ligero tono verde en la línea del horizonte. Por eso la “peatonalización” de una calle siempre me ha sonado a conquista de una porción de libertad.

Elecciones en la universidad

Con la venia, y sin ánimo de generar susceptibilidades, no me resisto a proponer una reflexión para el día después. Porque hoy estamos convocados en la Universidad para elegir a la persona que mañana, como Rector, tendrá en sus manos el reto de dirigir una comunidad tan heterogénea y especial como la universitaria. Una responsabilidad difícil cuando, además, se generan expectativas y deseos de mejorar esa posición que en algunos análisis nos sitúa en la cola del pelotón. Sin embargo hay un desafío mayor, como es la necesidad de modificar la tendencia hacia eso que podríamos llamar como síndrome de la “burbuja” —o de la urna de cristal, o del armario— por el que nos alejamos de la política universitaria para buscar refugio en nuestros despachos y laboratorios. Quizás se trate solo de una impresión óptica, pero al menos es una sensación compartida por no pocos. Ningún Rector comprometido con el futuro universitario de Jaén debería permanecer ajeno a la potencial indiferencia de quienes va a gobernar.

Elogio de mediocridad

En primer lugar, se ha de tomar la palabra en su aceptación positiva, esto es, como sinónimo de común o mediano; y no con el significado —que también lo tiene— de mezquino o insignificante. La aclaración parece necesaria a la vista de tan célebres conciudadanos que están desapareciendo últimamente. Con la sensación de pertenecer a otro género humano, el denominado “común de los mortales”, la comparación con los próceres de nuestra cultura nos convierte en “mediocres” exponentes de una imperfecta creación divina. Pero todo es producto de nuestra obsesión por los mitos. Detrás de un gran hombre siempre se esconde el mismo ser corriente que se refleja en nuestro espejo cada mañana. Estoy seguro de que no fueron los grandes amantes que se dice, ni las personalidades irrepetibles que entraran en un más que improbable Olimpo. Tan solo los mismos

tipos sencillos, y a veces vulgares, que se cruzan diariamente con nosotros por la acera.

Evocar el pasado (o érase una huelga general)

Nos ha dejado seguramente una extraña sensación de vulnerabilidad. Esta última huelga, y quizás alguna más que pueda llegar, nos ha dado una lección de historia. Creo que ya sabemos lo que significa sufrir la penuria de lo más básico. Como nuestros antepasados, hemos tenido que buscar alimentos donde ya escaseaban, o habían desaparecido simplemente por la voracidad de ese miedo a no tener lo indispensable para vivir. Algo de túnel del tiempo ha tenido este paro de quienes depende nuestro bienestar cotidiano, sobre todo cuando las carreteras parecían casi desiertas, víctimas de un holocausto por fortuna solo imaginario, y los hombres buscaban desesperados esa fuente de nuestra civilización que llaman gasolina. Una huelga como ésta ha puesto en evidencia la debilidad de una sociedad que parece estar fundada en el consumo permanente de lo superfluo, en un mundo marcado por la dictadura de un mercado que unos pocos, casi siempre desconocidos, gobiernan a golpe de especulación.

Excomuniones vergonzosas

Hay noticias que provocan una incredulidad e indignación fuera de lo normal. Hemos leído esta semana que una niña nicaragüense de nueve años quedó embarazada como resultado de una violación; sus padres consideraron entonces que lo mejor sería practicarle un aborto en vista de su corta edad y el peligro que ese embarazo suponía para ella. Una decisión que no estuvo exenta de presiones mediáticas, sociales y sobre todo religiosas. No solo la Iglesia Católica de aquel país, sino también algún alto dignatario de esta última en España, han alzado

rápidamente su docta palabra para calificar de crimen contra la humanidad esta difícil decisión, y proceder contra la excomunión de los progenitores, los médicos y el personal sanitario que intervino en la operación. Creo que faltó por excomulgar a todos aquellos que apoyaban esa misma idea, a quienes valoramos como vergonzosa e inmisericorde la sanción de estas instituciones religiosas, a las que solo les preocupa aplicar mecánicamente sus propias reglas, sin pensar en las consecuencias que pueda tener para una familia humilde esa penitencia injusta.

Simple felicidad constitucional

Hace casi dos siglos la Constitución de Cádiz señalaba como obligación fundamental del Gobierno procurar la felicidad de la nación. Poco tiempo antes, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos había proclamado la búsqueda de la felicidad como un derecho inalienable del hombre. Sin duda, impresiona esta preocupación de los ilustrados padres del Estado moderno por el bienestar colectivo. Incluso puede resultar algo ingenuo en una época donde la libertad era todavía un sueño y la igualdad una utopía lejana. El caso no obstante es que ese buen propósito tan constitucional tenía sentido en una sociedad dominada por la incultura y la pobreza; representaba la esperanza de un mundo más “justo y benéfico”. Otra cosa es esa felicidad individual que cada uno busca ante el destino que le ha tocado vivir. Un bienestar interno que no depende de los dígitos de una cuenta corriente ni las ambiciones satisfechas, sino únicamente de esa delgada línea donde reside el equilibrio de una buena vida familiar y la salud de quienes estarán siempre a nuestro lado. Tan simple pero tan difícil al mismo tiempo.

Hombre lobo

Es difícil evitar un sentimiento de vergüenza a la vista de algunas imágenes que nos recuerdan el estado de naturaleza más salvaje del ser humano. Me refiero a la secuencia de un soldado disparando a un hombre desarmado y herido en un país muy lejano, descargando su arma con la gélida crueldad de quien se ha despojado de toda condición moral. Estos uniformados, con los últimos avances de la ciencia militar, son solo los instrumentos del dolor de los anónimos déspotas de siempre; los mismos que se ocultan tras los representantes elegidos por un pueblo que se dice soberano. Han sido adiestrados para ser eficaces en la producción del número de muertos; para ellos es solo un escrúpulo absurdo preocuparse por la dirección de sus balas, la inocencia de los niños o el terror de unos ciudadanos inofensivos en una ciudad sitiada. Lo verdaderamente importante es alcanzar un objetivo decidido por otros que desean aumentar el medallero de su carrera. Ciertamente que al otro lado los hay también que han hecho de la muerte una profesión en nombre de un Dios que debe estar horrorizado por lo que están haciendo para exaltarlo. Todo conduce, en fin, hacia una triste licantropía que convierte al hombre en un lobo para sus semejantes, cuando ya las leyes de la guerra solo valen para legitimar la impunidad de los asesinos y sus cómplices.

Intransigentes y trogloditas

Sin duda, los hay todavía en este país; después de algunos años en que la libertad se respira sin temor a ser estigmatizado socialmente o condenado por intentar ejercerla sin objeciones ideológicas. Por desgracia, hay quienes se rasgan aún las vestiduras, o mejor dicho las sotanas, cuando se habla de educar a los jóvenes en aquellos valores que nuestra Constitución proclama como base de nuestra convivencia. Pero no olvidemos tampoco a los representantes de las cavernas, cuando la civilización no era más que una utopía en el sueño de la huma-

nidad. De esos otros hay muchedumbres, masas de honestos ciudadanos que contemplan, con regocijo cultural, el maltrato de animales en las plazas de los pueblos. Fiestas sagradas e intocables en que se lancea, se les prende fuego, o simplemente se les tortura para cumplir con un rito irracional. Incluso a veces a esto se le llama arte.

La ciudad al otro lado del espejo

La ciudad cobra una vida extraña los fines de semana. Pandillas que se concentran en espacios sin horarios al público y muchachos casi niños que se agolpan a las puertas de las discotecas en busca de sensaciones ya no prohibidas. Para quienes somos casi de otro planeta no es fácil comprender lo que está pasando. Hay adolescentes que asaltan colegios sin temor a soportar después el peso de la ley. No faltan jóvenes rebeldes cuya única causa consiste en beber unas copas después de las cuatro de la madrugada. Entre quienes todavía celebran navidades y cumpleaños en familia aparecen comportamientos irracionales y una agresividad inexplicable hacia sus propios semejantes; o mejor, contra los más débiles de su propia generación. En las calles se va imponiendo, en fin, una ley de silencio frente al miedo que provocan algunos. Esa otra ciudad desconocida está ahí, al otro lado de un espejo público que nadie quiere mirar; mientras se intenta inútilmente averiguar responsabilidades, la inseguridad acaba convirtiéndose en el simple slogan de una campaña.

La máscara de los fascistas

Siempre me han parecido tan peligrosos o más que quienes actúan a cara descubierta, escupiendo insultos y amenazas contra el que no comulga con su opinión o el hombre sencillo de tez africana. Son peores incluso porque se ocultan entre no-

sotros, disfrazados con el aspecto de normales ciudadanos o vecino ejemplares. Pero su verdadera naturaleza se descubre rápidamente en el trato inhumano que dispensan a sus subordinados, dueños como se sienten de la vida y la felicidad del prójimo, profesionales de la injusticia y el agravio contra el más débil o el desprotegido. La humillación es la regla en su vida profesional. La adulación es el precio que exigen por una fatua compasión. Estos tipejos —no merecen otro nombre— quieren hacernos creer que son buenos padres de familia y, a veces, amigos sinceros (una ingenuidad imperdonable). Sin embargo, hay que conseguir desenmascararlos para el bien de nuestras vidas. Conviene estar atentos, ya que estos fascistas de nuevo cuño están presentes en cualquier lugar, encargados de obra, gerentes, directores, o por qué no el Decano de una Facultad.

La otra igualdad

Nos hemos acostumbrado a reconocer la discriminación en el rostro de una mujer maltratada. Nadie discute hoy que los niños deben ser protegidos contra todo tipo de abuso. Se comparte como valor universal el derecho a la igualdad de oportunidades. Incluso más, esta igualdad se torna a discriminación positiva para quienes la naturaleza o la sociedad ha maltratado especialmente. Pero junto a la igualdad de género, la que reclama el emigrante “sin papeles” o algunas minorías sociales, hay otra igualdad que, pese a carecer de apellidos, tiene forma de paisaje humano. Me refiero a esa justicia distributiva que reclama la comunidad local sin apenas servicios, la comarca o la provincia en el baremo de calidad de vida del Estado. Es la igualdad vista desde su dimensión territorial, la que queda muchas veces solapada tras los grandes titulares, pero donde está comprometido el bienestar diario de los ciudadanos.

Los pastores del rebaño

Sin ánimo alguno de ofender a nadie que se considere aludido. Sólo se trata de la reflexión de un observador que intenta comprender el significado de las cosas. Llevamos muchos días de conflicto dialéctico y mediático entre la Iglesia y el Gobierno a propósito de la pastoral de los obispos vascos. Nada apunta por ahora hacia un posible armisticio. Léanse las penúltimas declaraciones que se han hecho en contra de la otra nueva Ley de Extranjería; aunque en este caso no hay reparo alguno para afiliarse a ese catecismo más humanitario que defiende algún obispo del Sur. Detrás de todo este fuego cruzado no resulta difícil reconocer una genuina actitud de "clientelismo". La Iglesia se debe a su público, interpreta las leyes morales e incluso la política para agradar a sus parroquias nacionalistas. La historia sugiere muchos ejemplos de esta complicidad con intereses "mundanos", solo para justificar, por razones más ideológicas que cristianas, lo que piensa parte de su clientela y lograr así la tranquilidad de sus espíritus.

Madres del miedo

Se parecen tanto a las nuestras que apenas si podemos comprender por qué están ahí, siempre en primera fila de las manifestaciones que defienden o justifican el terror fanático. Tienen el mismo rostro de las madres de toda la vida, tan familiar y cercano que al principio nos resulta enigmático y comprensible, el motivo de esta complicidad. En verdad su protesta únicamente tiene sentido si se interpreta desde el amor y la sangre, quizás los argumentos más elementales, y sin embargo los más cruciales para entender el sentido de las cosas. Sin embargo, al contemplar a estas mujeres surge en nosotros la rabia por el miedo que —a ellas probablemente también— les impulsa a comulgar a la fuerza con una causa que nunca habría sido la suya. Seguramente en otra realidad donde primara el respeto por la libertad de quienes no pensamos como sus hijos, estas

madres serían como las nuestras, vivirían como las nuestras, con la sola aspiración de enseñarnos el camino hacia la felicidad y la paz en nuestra existencia.

Matrimonios sin nombre

No pasarán muchos años cuando algunos de esos niños y niñas que acompañaban a sus padres en la manifestación de Madrid se sonrían, desde su condición de homosexuales, por el espectáculo al que habían contribuido de manera inocente. Quizás en ese día del mañana ya no serán necesarios los armarios y las máscaras para ocultar la verdadera condición sexual. Quizás entonces esta sociedad en la que vivimos haya asimilado por fin una idea de igualdad mucho más generosa, sin condicionamientos religiosos ni argumentos jurídicos más que discutibles. Porque analizo con detalle nuestra Constitución y no llego a encontrar un artículo donde se diga que el concepto de matrimonio sea propiedad exclusiva de la iglesia, ni de quienes siguen sus dictados para provecho político particular. Por supuesto que los nombres tienen importancia, sobre todo cuando se utilizan para conservar restos de marginaciones culturalmente superadas. Si se tratara solo de una cuestión de palabras, la discusión habría terminado hace mucho. Pero me temo que detrás de esta movilización política y religiosa se oculta en el fondo una evidente discriminación, contra esa minoría de seres humanos que tienen que convivir aún con sensaciones de repugnancia y una cierta presunción de peligrosidad social que no admite —para algunos— prueba en contrario. Espero que esos niños del mañana puedan celebrar sus matrimonios sin sufrir ninguna estigmatización.

Memoria y recuerdos

En este país muy pocos pueden escapar a ese pasado cada vez más lejano, pero todavía presente en los recuerdos de familia. Es muy difícil olvidar las historias que nos contaron en la infancia, sobre una humanidad dividida y enfrentada consigo misma. Había entonces bandos de buenos y malos españoles, según donde había tocado vivir una guerra absurda y cainita. Todos agraviados, todos verdugos y víctimas a la vez, se confundían los destinos y el color de las banderas. Pero la secuencia del tiempo no ha permitido enterrar la memoria de quienes desaparecieron entonces y perviven aún en los divanes y los viejos retratos de una época gris y dolorosa. Quizás no resulte comprensible que se quiera ahora desenterrar lo que en otro momento fueron personas con un destino por delante. Siempre es mejor pasar definitivamente la página más terrible de nuestra historia oficial. Sin embargo, seguramente no se puede hacer sin permitir que los sentimientos más íntimos y personales de quienes han sufrido puedan de verdad descansar en paz.

Recíproca solidaridad

La historia se empeña en darnos lecciones sobre el destino de un país condenado a romper las raíces de quienes lo sustentan. Demasiadas veces la necesidad ha hecho que muchos de sus hombres y mujeres vean la esperanza más allá de sus fronteras. Hasta hace poco vivíamos confiados en que aquello era solo un cuento de abuelos, leyendas de quienes viajaron a otro mundo con la ilusión por una vida más digna; fábulas que sonaban demasiado lejanas a un presente de comodidad y bienestar. Y sin embargo, la realidad vuelve a ser ingrata y despiadada; en especial con aquellos que tienen aún que construir su propio futuro. Ahora ya no se alzan las banderas contra los que llegaron a nuestra tierra pidiendo un poco de esa solidaridad con su pobreza; todo lo contrario, pedimos algo de esa generosidad con los nuestros que se marchan, jóvenes de un

tiempo que fue mejor; solos por primera vez ante el desafío de aprender que la vida se construye con una dosis de sufrimiento que seguramente no supimos enseñarles a tiempo.

Reinas y princesas

Este país lo necesitaba sin duda. No solo para acabar con una tradición histórica que había llegado a adquirir rango constitucional en un Estado que se dice democrático y pone a la igualdad entre los emblemas capitales de su ordenamiento jurídico. También para dejar en evidencia, sin margen para la duda, que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre, incluso para heredar el trono. Y por supuesto, para dejar constancia ante la historia de que somos un pueblo civilizado y moderno, donde no tiene cabida la preferencia por motivos simplemente de sexo. Produce una satisfacción enorme imaginar a una mujer en el trono de España. Como Jefa de Estado en una sociedad donde una tradición machista todavía subsiste a pesar de lo que diga la Constitución. Para que sirva como ejemplo definitivo de que el género de las personas nada tiene que ver con la capacidad o la inteligencia.

Sueños en las barricadas

Fue en mayo hace muchos años, cuando París era el escenario de la imaginación. De aquella imaginación que nunca llegó al poder, aunque sí a las barricadas con las que los jóvenes intentaron cambiar un mundo arcaico y absurdo. Aquella revolución apenas duró unas semanas, y sin embargo los sueños de sus protagonistas perviven todavía en la memoria de nuestra civilización. Quizás por eso veo con cierta nostalgia los tiempos en que la Universidad era una fuente de batallas contra el autoritarismo y la sinrazón. Pero ayer, quizás, fue el punto de inflexión de tanta apatía por una sociedad que los mecía en

su regazo de opulencia. Los jóvenes bachilleres y universitarios han empezado al fin a rebelarse contra la prepotencia de unos gobernantes que solo piensan en la imagen de sí mismos, contra la idea de una sociedad insolidaria y profundamente desigual, contra la desesperanza que decretan cada viernes sin compasión alguna con su futuro. No es la misma juventud de entonces pero se parece mucho a la que necesitamos ahora.

Tótem constitucional

Desde hace algún tiempo practican con ella un fetichismo absurdo con el que quieren hacernos comulgar. La han convertido en culto obligado para todos, ocultando sus verdaderas intenciones. En efecto, la Constitución de todos, la del consenso ganado en un pulso extraordinario contra el fanatismo de otros tiempos, ha sido colocada en el altar para veneración y protección de la tribu. Lo curioso es que está allí gracias a quienes olvidan con demasiada frecuencia sus principios más fundamentales. Creo que no es necesario señalar a quien me refiero. Como un Becerro Sagrado que castiga a los infieles que quieren modificarla, se ha erigido en religión oficial y mandamiento apremiante para la sociedad. Cualquier intento de adaptarla razonablemente al presente se considera un pecado imperdonable, el estigma que señala en sus frentes a quienes deseamos una vida larga para ella. Por todo ello, y más que nunca, hay que evitar que la Constitución sirva solo para dividir a un país que se había reconciliado con la historia, adoptada como bandera y contra los intolerantes.

Tricornios y flores

Hay espacios en nuestra sociedad donde la libertad de un Estado democrático despliega sus velas con serias dificultades. Nadie se debe sentir ofendido cuando afirmemos que una de

estas reservas del pasado han sido hasta hace poco los cuarteles de nuestras fuerzas e institutos armados. Debido a su estructura "genéticamente" jerárquica el valor de la igualdad apenas si cuenta en las relaciones humanas que se entablan en su interior. Las personas se miden y valoran por sus galones y pocas veces por sus cualidades individuales. Por eso la noticia de que la Guardia Civil va a admitir en sus casas-cuartel a las parejas de hecho homosexuales nos parece una señal inconfundible de que, al fin y efectivamente, la democracia se ha consolidado en uno de los bastiones más difíciles de tomar. Al principio será difícil imaginar a dos hombres o mujeres vestidos de uniforme y paseando cogidos de la mano. Al cabo de un tiempo —escaso, seguramente— no resultara tan extraño ver junto al tricornio de algún agente una flor que simbolice el amor hoy ya no prohibido.

Un deber fundamental

No está escrito en la Constitución pero entiendo, sin duda, que se trata de un deber fundamental para cualquier ciudadano. La participación en unas elecciones donde se juega nuestro bienestar no es solo un derecho básico cuando se vive en democracia. El acto de depositar un voto en las urnas significa un ejercicio de responsabilidad cívica ineludible, que nos proporciona además la legitimación necesaria para exigir cuentas después a quienes nos han gobernado. Hay que vencer las falsas apariencias; a fin de cuentas un sufragio entre millones puede parecer superfluo e inofensivo. Y sin embargo, llega a ser un arma implacable contra la arbitrariedad o la irresponsabilidad de quienes lo solicitan. Incluso para los que no están convencidos de ninguna de las ofertas electorales, depositar una papeleta en blanco representa una forma útil de protesta. En todo caso siempre nos permite superar la condición de meros súbditos del poder, alcanzando así la dignidad política que exige un ser humano.

Universidad de provincias

No estamos adscritos a ningún club de fans de Julio Iglesias, quien en su última gira realizó un verdadero panegírico de la provincia española. Reivindicamos solamente las ventajas de estudiar o trabajar en una de las muchas universidades de provincias que existen hoy en España. Pero conviene no confundir la Universidad de "provincia" con otro tipo bien distinto que podríamos llamar "Universidad provinciana". Esta última no ambiciona otra cosa que ser la academia del lugar; apenas si defiende su singularidad frente a poderes públicos y jefaturas académicas; la "provinciana" apenas si se marca horizontes de futuro. Por el contrario, la Universidad de "provincias" tiene una dinámica propia; consciente de sus limitaciones presupuestarias intenta superarlas con una extraordinaria dosis de voluntarismo científico y personal. Esta es precisamente la Universidad de la que se olvidan siempre los legisladores míopes y los gestores poco dialogantes

Vendimia en Alemania

En realidad es solo el anticipo de un futuro no muy lejano. La secuencia una vez más de los españolitos atravesando las fronteras de un país maltratado por la negligencia de sus gobernantes, desahuciado por la avaricia desmedida de sus banqueros; un lugar donde empieza a repetirse la diáspora histórica de quienes salen al encuentro de la vida y no reciben más que una dosis de desesperanza. Esa libertad que anhelan nuestros jóvenes hoy es solo un sueño lejano entre estadísticas de vértigo que constatan la ausencia de lo más básico. Lo llaman trabajo pero es algo más que eso; es la posibilidad de construir su propio destino, el medio imprescindible para llegar a ser hombre o mujer sin paliativos. Pero unos fantasmas anónimos a los que llaman Mercados han decretado una nueva tiranía, de porcentajes incomprensibles y deudas infinitas; mientras muchos recuperan las maletas de sus abuelos y reservan ya un

vuelo hacia la vendimia industrial y rica de una siempre joven Alemania.

Vida perra

No puedo dejar de admirar a aquellos que se preocupan por los desamparados de cuatro patas que deambulan por nuestras ciudades; a los que se solidarizan —también— con esos otros espectros que atropellamos en la carretera o encerramos en los corredores de una muerte casi siempre anunciada. Ellos son los que nos recuerdan la ilimitada crueldad de que es capaz el ser humano, solo que esta vez contra los que pertenecen a ese otro mundo animal. Para estos valedores de la razón y la ternura ha aparecido un nuevo desafío. Me refiero a la lucha contra la irracionalidad de algunos ayuntamientos que dictan bandos contra los animales peligrosos, sin percatarse —o peor, quizás todo lo contrario— de que están poniendo en peligro precisamente la vida de muchos animales que nos acompañan como fieles escuderos de nuestra existencia. Irresponsables por las consecuencias que pueden acarrear, alegan normas y decretos sin preocuparse de los abandonos masivos que están ya provocando.

Burla necesaria (tras el atentado contra Charlie Hebdo)

No es posible entender la libertad sin ese derecho, consustancial a la naturaleza humana, a burlarse de todo lo que pueda resultar ridículo. En la lista habría que incluir, desde luego, al poder, las religiones y el prójimo con el que vivimos. En definitiva, todos aquellos comportamientos que merecen una buena dosis de sátira, como medicina de purificación contra lo absurdo. No se ha incluido en las Constituciones pero seguramente debería estarlo. Tampoco se enseña en las escuelas, y sin embargo debería aprenderse como una lección obligatoria

frente a la intolerancia y el fanatismo. La ironía como un bien de interés social a través del cual se descubren las debilidades personales y colectivas, pero también el mejor antídoto contra el pensamiento único que quieren imponer los tiranos. Por eso a éstos y sus secuaces no les gusta la forma en que nos reímos de todo lo intocable y sagrado, si bien la burla más difícil es la que tiene su objeto en nosotros mismos.

El género y los espacios

Como si se tratara de un instinto ancestral, casi genético, hombres y mujeres parecen inclinados a buscar espacios de complicidad y momentos en donde solo es posible entrar en razón del género y no de la especie. Apenas tendría mayor importancia si no fuera porque esos encuentros marcados por la afiliación sexual ponen en evidencia una regla cultural muchas veces excluyente para ambas partes, y a la recíproca. Para unos hoy resulta casi ridícula la afirmación de una estereotipada virilidad en vías de extinción. Aunque para ellas tampoco a estas alturas parece necesario reivindicarlos como sinónimo de la autoestima de la que fueron privadas en la historia de las civilizaciones. Siento disentir quizás de la mayoría, pero siempre he pensado que esos espacios unisexuados solo son una metáfora de la vieja frontera de la desigualdad entre hombres y mujeres, condenados a vivir en ese otro ágora común donde, ahí sí, se imprime la libertad.

El muro (Cualquier madrugada en la ciudad de Melilla)

Hay murallas que no sirven para detener el hambre y la desesperanza. Por muchas cuchillas afiladas ni alambres de espinas con los que se intente frenar tanta miseria acumulada en siglos de colonización. Siempre habrá hombres y mujeres dispuestos a arriesgar su vida por un poco de dignidad, a pe-

sar de que tengan que escalar una valla tras otra superando las barreras gigantes de un planeta desconocido. Esas criaturas anónimas nos dan una lección auténtica de cómo se pueden derribar las fronteras de la vergüenza para alcanzar un paraíso solo real en sus sueños. A pesar de que sus cuerpos heridos parecen espectros venidos de un país lejano donde reina la injusticia, sin duda son la demostración palpable de que el desaliento no forma parte de su alma, el mejor ejemplo de una humanidad invencible. Cuando llegan a nuestra civilización su mirada transpira una tristeza inconmensurable, mientras en sus labios se dibuja la sonrisa de una victoria efímera.

Entrevista de trabajo

Todavía queda distancia por recorrer en el camino hacia la igualdad de la mujer. Todavía se conservan fórmulas tradicionales de discriminación que parecían en vías de extinción, o caducadas ya en una sociedad a la que repugna la injusticia basada en el género de las personas. Solapadas en los escenarios de la vida cotidiana, allí donde el poder se oculta en sus manifestaciones casi imperceptibles o capilares, la mujer sigue siendo objeto, a veces, de un trato humillante que se vive en la normalidad de las relaciones sociales. Parece inaudito y, sin embargo, hay empresarios que siguen preguntando por aquellos ámbitos más personales de la condición femenina; como si la maternidad fuese una condición insalvable para conseguir un puesto de trabajo; como si la forma de vivir en pareja formara parte del *curriculum vitae* de quien solicita un empleo. En esas entrevistas de trabajo la cortesía y las buenas formas solo son la máscara, una vez más, de la inmoralidad más inaceptable.

Filantropías

Al menos una vez al año tenemos la oportunidad de ejercer como filántropos de esa humanidad que deambula por las calles, marginales de todos los colores y razas, afiliados a la soledad de los cajeros automáticos donde se encuentra el refugio necesario en la noche. Una casilla mágica en el formulario de la declaración de la renta nos ofrece una pequeña porción de nuestras obligaciones fiscales a quienes se preocupan generosamente de aquel que llaman prójimo. No acabo de entender, sin embargo, por qué una determinada Iglesia debe ser la otra alternativa. Sin duda, la caridad cristiana es una manera de altruismo; pero los intereses de la institución eclesiástica se apartan con demasiada frecuencia de la piedad que emana de su doctrina. En todo caso, la mejor forma de filantropía quizás sea la que cada uno pueda practicar en su vida cotidiana, con la sensibilidad necesaria para comprender el sufrimiento de los otros y algo de acción en favor de éstos que se necesita tras las palabras.

Instinto de supervivencia

El más imprescindible de todos los sentidos para sobrevivir en estos tiempos de caos y confusión. Triste época en que los derechos de los trabajadores empiezan a ser un bonito recuerdo del pasado; cuando la libertad se mide en dosis comprimidas por imperativo de un orden dictado por los dioses del mercado y sus políticos de turno. En estas circunstancias apenas quedan motivos para soñar con un futuro en el que nuestros hijos puedan vivir en el mundo donde han crecido. Es cierto que entonces resulta difícil levantarse cada día sin pensar en aquella felicidad ingenua de unos días de vino dulce y rosas plateadas. Y sin embargo, no queda otro remedio que despertar como hombres nuevos, hombres más honestos para dar la lección que merecen los innombrables y sus miopes defensores; es necesario sacar las armas de la solidaridad y la compasión por

quienes apenas tienen; ahora más que nunca la austeridad de los poetas y la abundancia de espíritu de quienes reclaman con palabras y hechos un poco de la utopía que necesita un país de iguales y no de meros súbditos.

Ítaca

Hay demasiados Homeros por el mundo, forzados viajeros en busca de un regreso al hogar que anhelan desde el primer día de su partida. Esta situación resulta especialmente dolorosa por su número en un país como el nuestro, con miles de jóvenes que buscan una oportunidad del destino en países en los que jamás soñaron como segunda patria. Hoy hablan las estadísticas de un futuro mejor, o menos malo que el presente. Pero de poco sirve el lenguaje de los números si no existe una voluntad política y decidida de quienes nos dirigen para recuperar a todos aquellos que se fueron. Y no para devolverlos a la lista de los desempleados sin esperanza, sino para proporcionarles la posibilidad de vivir una vida digna y propia, como ciudadanos con todos sus derechos, los mismos derechos constitucionales y básicos que disfrutamos quienes formamos parte de una generación para ellos hoy privilegiada. Como digo, es la hora de los actos y no solo de las palabras. Ítaca siempre los espera.

ÍNDICE

A MODO DE PRESENTACIÓN, o guía con los puntos cardinales . . . 9	
ÉRASE UN LUGAR EN EL MAPA DE ANDALUCÍA (sobre una ciudad llamada Jaén).	11
El granadino de Jaén.	13
Europeos de Jaén.	13
San Antón y los corredores	14
El tranvía y los gallos	15
El mejor regalo de reyes.	15
El olivar sumergido.	16
Los niños de los Prados (hoy Residencia López Barneo)	16
Inseguridad ciudadana	17
La abuela de Jaén	18
Las andalucías	18
Pateras en el olivar	19
Precampaña rectoral	20
Jaén, una ciudad destripada	20
Urbanismoacrónico	21
Baños árabes	21
En segunda clase.	22
Una isla en la noche	23
El rostro de los fantasmas	24
Jaén (o cualquier ciudad), viernes, 4:30 horas.	24
Las entrañas de la ciudad	25
Alergia a la primavera (Jaén, cualquier mes de mayo)	26
Tras cuatro años.	26

ALGUNOS SENTIMIENTOS PERDIDOS EN LAS CALLES DE LA
CIUDAD (o quizás simplemente la vida en algo más que prosa) . . . 29

Amor otoñal	31
Año nuevo en septiembre	32
Año Nuevo	32
Catarsis colectiva	33
Cerrado por vacaciones	33
Chismología	34
Cuarenta y tantos	35
Democracia en zapatillas	35
Desamor	36
Régimen hospitalario	36
Disfraces y caretas	37
Extraños en el paraíso	38
Divino tesoro	38
Dos iglesias	39
El curso político de la vida	40
El santo folklore patrio	40
Graduación	41
En Babel	41
Humanidad en vaqueros	42
Juegos de niños	43
La bandera de los vándalos	43
Nuestro sur	44
(En cierto modo) Espejos de nosotros mismos	45
País en colores	45
Paisajes de ciudad	46
Peter Pan	46
Red de secretos	47
Renuncias libertarias	48
Ropa vieja	48
Sentimientos de Navidad	49
Sobredosis de basura	49
Supervivientes de la maldad (después de los atentados de las Torres Gemelas)	50
Hinchada talibán	51
Tempus fugit	51
Terapia contra el estrés	52
Traidores	52
Un día mágico (6 de enero)	53
Un futuro no muy lejano	54

Velos en el parque (Hyde Park, Londres, julio 1981)	54
Mi yo femenino	55
Boulevard Pasteur	55

PERSONAS Y PERSONAJES QUE DEAMBULAN EN LA VIDA

COTIDIANA	57
Abuelas	59
Amadú	60
Ángeles de la guarda	60
La niña que vino de lejos	61
Marta y las sirenas	61
Muerte entre las flores	62
Mujeres de tierra	63
Náufragos	63
Niña mora	64
Niños mayas	64
Un buen juez	65
Vendedores de negro	66
Mujeres para la historia	66
Viaje de estudios	67
El buen funcionario	68
El mejor amigo	68
Fauna urbana (los abandonados)	69
Viejos en el limbo	69
Los independientes	70
Los informáticos	71
Muñecas (y muñecos) de plástico	71
Voluntarios	72
En la memoria	72
LA RAZÓN Y LA POLÍTICA	75
Etiquetado constitucional	77
A pie de obra	77
Abortistas, fariseos y cobardes	78
Aire puro	79
Banderitas	79
Clase de idiomas	80
Curso político	80
De tripulaciones y barcos	81
Delincuentes anónimos	82

Democracia municipal	82
Derecho de opinión.	83
Derechos en rebajas (2011).	83
Desafección política	84
Declaración de intenciones	85
Después de ayer	85
División de opiniones	86
Dulce derrota	86
El dedo de Dios	87
El huevo de la serpiente	88
El rostro de Fuenteovejuna	88
Electos	89
Espacios para la democracia	89
Fobias territoriales.	90
Golfismo	91
Guerra de niños (Irak y la inocencia).	91
Hacer los deberes	92
La bola de cristal	93
La crisis y el síndrome	93
La hora de los predicadores (campaña electoral, 2011).	94
La otra mitad (fronteras nacionalistas)	94
Las cigarras y las crisis	95
Las otras víctimas	96
Lealtad institucional	97
Mareas negras	97
Mercado electoral	98
Tontos plebeyos (no somos tontos).	98
Pacto de caballeros	99
Palabras necias.	100
Palabras y hechos	100
Pistoleros	101
Razón y política.	101
Razones de penúltima hora	102
Reformas estatutarias	103
Sin vergüenza	103
Talibanes.	104
Tambores de guerra	105
Tierra prometida	105
Torturadores de la dignidad	106
Travesía del desierto	106
Una libertad necesaria	107

Vértigo colectivo	108
El final del túnel	108
El lobo que viene (a propósito de Podemos)	109
El salacot del gobierno	109
Fronteras interiores	110
Ilusiones colectivas	110
La otra inquisición	111
Republicanos	112
UN POSIBLE MANUAL CON LECCIONES DE CIUDADANÍA. 113	
Adolescentes	115
Amistad on line	116
Barricadas de mayo	116
Buenos ciudadanos	117
Campos contaminados	117
Carbón de reyes	118
Charanga y pandereta	119
Civismo saludable	119
Consenso generacional	120
Cromañon al volante	120
Crónica deportiva (antes de un sueño hecho realidad)	121
Cueva de macacos	122
Custodia compartida	123
De bobos y cacos	123
Derechos de fumador	124
Detritus	124
Diferencia de género	125
Doble moral	126
Educación política	126
El peaton que llevamos	127
Elecciones en la universidad	128
Elogio de mediocridad	128
Evocar el pasado (o érase una huelga general)	129
Excomuniones vergonzosas	129
Simple felicidad constitucional	130
Hombre lobo	131
Intransigentes y trogloditas	131
La ciudad al otro lado del espejo	132
La máscara de los fascistas	132
La otra igualdad	133
Los pastores del rebaño	134

Madres del miedo	134
Matrimonios sin nombre	135
Memoria y recuerdos	136
Recíproca solidaridad	136
Reinas y princesas	137
Sueños en las barricadas	137
Tótem constitucional	138
Tricornios y flores	138
Un deber fundamental	139
Universidad de provincias.	140
Vendimia en Alemania	140
Vida perra.	141
Burla necesaria (tras el atentado contra Charlie Hebdo).	141
El género y los espacios	142
El muro (Cualquier madrugada en la ciudad de Melilla).	142
Entrevista de trabajo	143
Filantropías	144
Instinto de supervivencia.	144
Ítaca.	145

La presente obra recoge las colaboraciones que se han publicado de manera periódica en el Diario Jaén durante los últimos años. En forma de breves columnas de la página final del periódico, incluyen reflexiones personales con el sello biográfico de una ciudad concreta de Andalucía (Jaén). Transcurre por sus páginas la historia de una geografía humana o microcosmos existencial, a veces con nombres propios, otras con el anonimato indirecto que trasluce personajes y acontecimientos que se podrían producir, o de hecho tienen lugar en cualquier otro lugar. Se dibuja, en definitiva, el mapa del tiempo y del espacio de una geografía humana que configura nuestra cotidianeidad más inmediata.



Servicio de Publicaciones